

3/19
STRAND PRICE
\$2.00

ISABEL
muñozmaras
LA CULTURA DE LA VIOLENCIA

Isabel Muñoz (Barcelona, 1951) es una de las más prestigiosas fotógrafas actuales. Con sus series dedicadas al flamenco, los toros, el tango, las danzas orientales o la prostitución infantil en Camboya ha obtenido un amplio reconocimiento internacional, manifestado en decenas de exposiciones en los más importantes museos y centros de arte del mundo. Tras varios años de ejercicio apasionado de la fotografía, ha llegado a dominar como nadie la recia artesanía de su oficio, convirtiéndose en una verdadera virtuosa de la platinotipia, una técnica arriesgada y difícil, sólo apta para aquellos que tienen su perseverancia y su talento. Así ha llegado a crear algunas de las imágenes más bellas de la actual fotografía, de las más delicadas y dignas de contemplación. Y, además, ha sabido construir un universo estético personal y perfectamente reconocible; algo a lo que sólo acceden unos pocos privilegiados.

Se diría que, como Pessoa, a falta de otras certidumbres y esperanzas, Isabel Muñoz ha encontrado el sentido de la vida en la búsqueda obsesiva de la belleza, en contraposición a los estragos creados por los funcionarios de la desdicha. De ahí, quizás, esas fotografías suyas, desconcertantes en su propia perfección, escorzos de pieles, de cuerpos y miradas, que coexisten en plena armonía con otras más próximas al vértigo del reportaje, como las estremecedoras imágenes de la víctimas de las minas antipersona en Camboya, los habitantes despojados de sus casas en la ciudad huérfana de Bam, o en este trabajo admirable realizado entre los delincuentes de la Mara-13 y la Mara-18, en el infierno carcelario de El Salvador.

ISABEL
muñoz



maras

LA CULTURA DE LA VIOLENCIA

EDICIÓN DE PUBLIO LÓPEZ MONDÉJAR

Salvatrucha C





La Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior tiene como objetivos tanto la difusión de la realidad histórica y actual de nuestro país como el apoyo al conocimiento de otras realidades de especial interés para España. Ese es el caso, muy particularmente, de la comunidad iberoamericana, cuya trayectoria pasada y presente resulta inseparable de la nuestra en tantos aspectos. De ahí el interés de una exposición como la que ahora presentamos en la Casa de América, que pretende servir de estímulo al diálogo cultural entre ambas orillas de un océano cada vez más compartido. Se trata de una iniciativa más dentro del conjunto de actividades culturales que la Sociedad Estatal quiere extender al más amplio abanico de géneros y materias posible, desde la memoria de España en Europa, en América, en el ámbito islámico y el resto del mundo, hasta las más recientes aportaciones de nuestros creadores.

En este caso concreto, el proyecto *Maras* de la fotógrafa Isabel Muñoz es el resultado de un nuevo esfuerzo de cooperación entre diversas instituciones y el fruto de un trabajo riguroso dentro de un programa abierto. A través de la mirada sugerente e innovadora de una artista tan refinada como comprometida se ofrece un panorama social y estético de las ya famosas bandas salvadoreñas que despliega ante el espectador un cúmulo de imágenes cuya fuerza refleja las angustias, las contradicciones y, también, la vitalidad de un pueblo en la difícil encrucijada de nuestro tiempo. A partir de la propia belleza de las fotografías seleccionadas, esta muestra nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre la realidad y los problemas de una sociedad en acelerada evolución, donde la marginación es un problema de todos.

Desentrañar la realidad con rigor, superar tópicos y prejuicios, colmar lagunas de la investigación y la difusión del arte y el conocimiento, son retos imprescindibles para impulsar el progreso de todos los pueblos. En esa ruta de instrucción, de libertad y de servicio a la sociedad, basada en el diálogo y la colaboración con todas las personas e instancias públicas y privadas que pueden aportar una contribución meritoria, nos proponemos explicar, a través de realizaciones como las fotografías seleccionadas en esta muestra, los diversos aspectos de una realidad cultural cada vez menos reducible a las convencionales barreras nacionales. De esa forma, adquiere mayor sentido aún profundizar en la apertura a todas las influencias, en la capacidad de asimilación de las experiencias de otros pueblos y en el carácter cosmopolita, en suma, de una civilización global, donde la denuncia y la conciencia social son inseparables de una creación en permanente renovación.

CARMEN CERDEIRA

Presidenta de la Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior

Abramos los ojos Colaborar en este proyecto con Isabel Muñoz (Barcelona, 1951), una de las más prestigiosas fotógrafas actuales, constituye todo un orgullo para Caja Duero. Su cámara ha captado memorables series dedicadas al flamenco, al tango, a las danzas orientales o a la tauromaquia..., pero también ha plasmado el lado oscuro de la realidad, acercándose a la prostitución infantil en Camboya o, como en esta ocasión, al peligroso mundo de las Maras.

Sus trabajos han obtenido siempre un amplio y justificado reconocimiento internacional. No es para menos.

Las fotografías de Isabel Muñoz supondrán para muchos un despertar a una realidad que, por lejana, nos parecía hasta este momento difusa. Pero ahí radica el compromiso de Caja Duero, hacer que nuestras salas de exposiciones se abran al mundo. Se abran a la belleza plástica, como en tantas ocasiones, pero también a las duras condiciones de vida de millones de personas, en esta ocasión en Hispanoamérica.

En la frontera de los siglos XX y XXI, más de diez años después del final de las guerras civiles de Centroamérica, una nueva clase de violencia recorre Honduras, El Salvador, Guatemala y amenaza con extenderse a otros países vecinos, como México, e incluso al suroeste de los EEUU de América. Según los expertos, buena parte de esta violencia sería responsabilidad de las pandillas de adolescentes conocidas como Maras, consecuencia de la miseria y la marginación social, de la desvertebración familiar y de la violencia que ha asolado a los países centroamericanos a lo largo de su historia.

Caja Duero, entidad solidaria y con un verdadero compromiso social, ha llevado a cabo diversos proyectos en Hispanoamérica, orientados a mejorar las condiciones de vida de su población. Éste es un paso más en la creación de esta conciencia social. Les invitamos a que abran los ojos al difícil día a día de millones de personas.

No podemos olvidar expresar nuestro agradecimiento a Seacex, Casa de América y al resto de instituciones y personas, -especialmente al sacerdote Pepe Moratalla, volcado en la rehabilitación de “mareros” en El Salvador-, que han hecho posible este gran proyecto.

CAJA DUERO

SEACEX

Presidenta / *President*

Carmen Cerdeira Morterero

Directora General / *Director General*

M^a Isabel Serrano Sánchez

Proyectos / *Projects*

Pilar Gómez Gutiérrez

Gerencia / *Administrative Manager*

Pilar González Sarabia

Comunicación y Relaciones Institucionales /

Communication and Institutional Relations

Alicia Piquer Sancho

Exposiciones / *Exhibitions*

Belén Bartolomé Francia

Arte Contemporáneo / *Contemporary Art*

Marta Rincón Areitio

Económico-Financiero / *Accounts Manager*

Julio Andrés Gonzalo

Jurídico / *Legal Advisor*

Adriana Moscoso del Prado Hernández

CAJA DUERO

Presidente / *President*

Julio Fermoso García

Director General / *Director General*

Lucas Hernández Pérez

Director Obra Social / *Director of Obra Social*

Antonio Sánchez Puerto

EXPOSICIÓN / EXHIBITION

Produce / *Produced by*

Sociedad Estatal para la
Acción Cultural Exterior, SEACEX
Obra Social CAJA DUERO

Organiza / *Organised by*

Sociedad Estatal para la
Acción Cultural Exterior, SEACEX
Obra Social CAJA DUERO
Casa de América
Ministerio de Asuntos Exteriores y de
Cooperación de España. Dirección General
de Relaciones Culturales y Científicas

Colabora / *Collaborator*

Ministerio de Cultura de España

Comisario / *Curator*

Publio López Mondéjar

Coordinación / *Coordination*

SEACEX

Esther Suárez Monreal

OBRA SOCIAL CAJA DUERO

Andrés Martín Mata

Cristina Niño Pérez

Esperanza Pérez Fonseca

ESTUDIO ISABEL MUÑOZ

Laurine Malengreau

Diseño y dirección de montaje /

Exhibition Design and Direction

Roberto Turégano

Positivado en blanco y negro / *Developing and B&W Print*

Jean Cristophe Roux, para/for Picto

Retoque e impresión en color / *Retouching and Colour Print*

David López Espada, para/for

Estudio Isabel Muñoz

Enmarcado / *Framing*

Magallarte

Montaje / *Mounting*

Grupo Feltro y Horche

Seguros / *Insurance*

Duero Correduría

índice

15 maras la cultura de la violencia PABLO L. MONASOR

36 isabel Muñoz en el corazón de la mara PUBLIO LÓPEZ MONDÉJAR

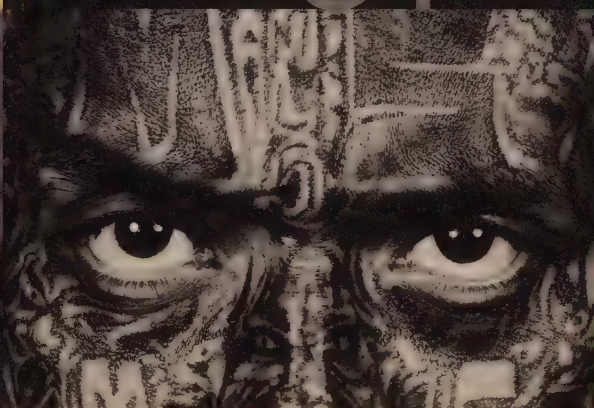
maras en las cárceles

41



retratos

57



maras con la familia

121



132 origen y evolución de las maras en centroamérica JOSÉ MIGUEL CRUZ

142 delincuencia juvenil, una deuda con el salvador ROSA MARÍA FORTÍN

146 las maras, el nuevo rostro de la violencia
juvenil en el salvador JOSÉ MORATALLA

155 el rap de i.m. en las cárceles de el salvador LOLA HUETE MACHADO

165 english texts

CATÁLOGO

Edita / *Published by*
Obra Social CAJA DUERO

Edición a cargo de / *Editor*
Publio López Mondéjar

Coordinación editorial / *Editorial Coordination*

OBRA SOCIAL CAJA DUERO
Andrés Martín Mata
Cristina Niño Pérez
Esperanza Pérez Fonseca

SEACEX
Esther Suárez Monreal

Textos / *Texts*
Pablo L. Monasor
Publio López Mondejar
José Miguel Cruz
M^a Rosa Fortín
Pepe Moratalla
Lola Huete Machado

Traducción / *Translation*
Lambe & Nieto

Diseño gráfico y maquetación / *Graphic design and layout*

Roberto Turégano

Fotomecánica / *Typesetting*
Lucam

Impresión / *Printing*
Brizzolis

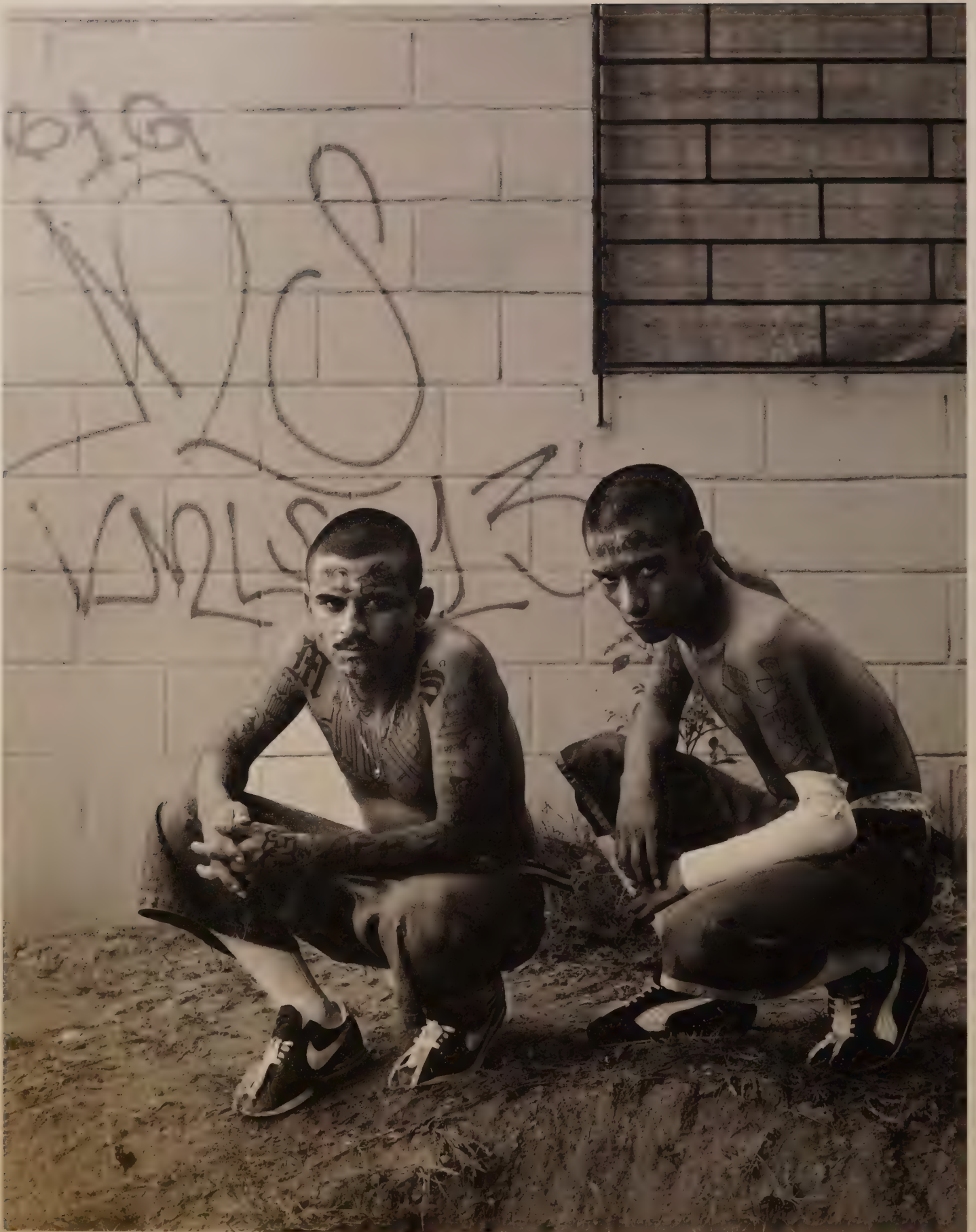
Encuadernación / *Binding*
Ramos

© Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, SEACEX, 2007
© De los textos, sus autores / *of texts, their authors*
© De las fotografías, sus autores / *of photographs, their authors*

Reservados todos los derechos / *All rights reserved*
Prohibida la reproducción total o parcial sin la debida autorización /
Reproduction, total or partial, is prohibited without express
previous authorization

ISBN: 978-84-95610-90-4
Depósito legal / *Legal Deposit*: M-17910-2007
Impreso en España / *Printed in Spain*





Jóvenes mareros en el barrio Mariona de San Salvador, uno de los territorios controlados por la Mara Salvatrucha.

maras la cultura de la violencia

PABLO L. MONASOR

En la frontera de los siglos, más de diez años después del final de las guerras civiles de Centroamérica, una nueva clase de violencia recorre las ciudades de Honduras, El Salvador, Guatemala y amenaza con extenderse a otros países vecinos como México. Según los expertos, buena parte de esta violencia sería imputable a las pandillas de adolescentes conocidas como Maras, que no son sino una excrecencia natural de la miseria y la marginación social, la desvertebración familiar y la extorsión de la fuerza que han asolado a los países centroamericanos a lo largo de su desdichada historia. Para entender la actual ola de violencia –reencarnada en hambre, analfabetismo, sometimiento, desigualdad y pobreza– es preciso conocer la infortunada herencia de represión institucional padecida por la mayoría de los países de América Central. Sólo en el período comprendido entre 1930 y 1982, El Salvador fue gobernado por seis generales, cuatro coroneles y siete juntas militares, y sufrió la desdicha de siete golpes de Estado. Nunca seremos dichosos, había profetizado Simón Bolívar, y parece claro que la historia se ha obstinado en darle la razón en este continente desgraciado, de esperanzas mil veces muertas y resurrectas.

Según datos de Naciones Unidas, en 1967 seis millones de privilegiados acaparaban en Latinoamérica los mismos ingresos que los obtenidos por ciento cuarenta millones de menesterosos, y una exigua minoría acumulaba cinco mil millones de dólares en sus cuentas privadas de Suiza y Estados Unidos. Casi 91 millones de personas se han convertido en pobres de solemnidad en los últimos 20 años, con lo que se ha elevado hasta 102 millones el número de ciudadanos que no alcanzan los ingresos mínimos para sobrevivir con dignidad. En el umbral del milenio, 23 millones de latinoamericanos descendieron desde la clase media hasta la pobreza, lo que ha hecho de Centroamérica la región más desigualitaria del planeta. En El Salvador, los datos son escandalosos. Según las diversas asociaciones agrupadas en Control Ciudadano El Salvador, en 1992 el 20% de las familias más ricas percibían más de la mitad de los ingresos nacionales, mientras que el 20% más pobre, sólo alcanzaba el 3,2%. Y diez años más tarde, las diferencias habían aumentado. En 2003, el desempleo en América Latina alcanzó su más alto nivel histórico. Uno de

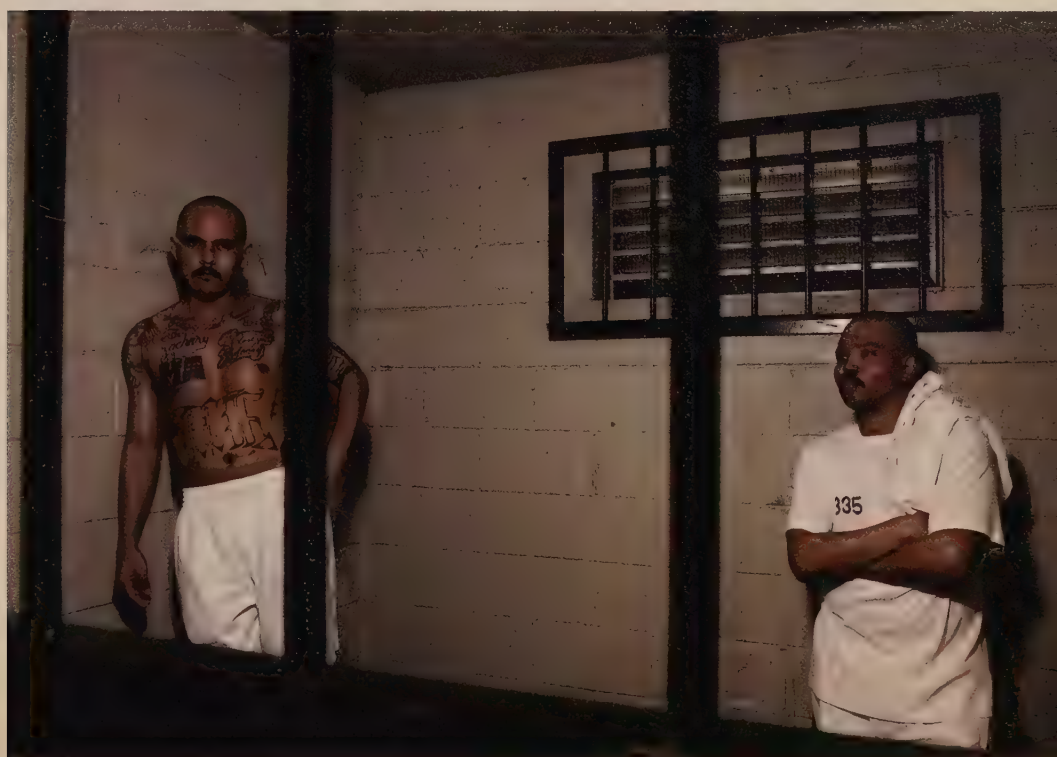
cada tres niños pasa hambre, cerca de dos millones y medio se ven forzados a buscar trabajo en las calles y la brecha entre ricos y pobres se ha ido haciendo cada día más insalvable. Según David Ferranti, vicepresidente del Banco Mundial, el más equitativo país latinoamericano es menos justo en la distribución de sus bienes que la nación más desigual de Europa. En el programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que mide el desarrollo humano de 177 países de todo el mundo, en 2006 El Salvador ocupaba el lugar 104. Tampoco son alentadores los datos de mortalidad infantil, una verdadera epidemia que afecta a 32 niños de cada 1.000, ni el hecho de que más del 6% de los 6.822.378 habitantes de El Salvador no hayan tenido aún oportunidad de aprender a leer y a escribir. Sólo en este país, 2.500.00 personas se vieron forzadas a emigrar a los Estados Unidos, donde hoy residen unos dos millones. Según el Banco Central de Reserva, en 2003 llegaron a El Salvador más de dos mil millones de dólares en concepto de divisas. Un año después se incrementaron las remesas, hasta alcanzar los 2.547 millones de dólares, un 20% del PIB nacional. Si se interrumpieran estos envíos, 360.000 familias quedarían en una situación de extrema pobreza, condenando a sus miembros a la marginación y a la violencia. Josué de Castro lo expresó hace ya medio siglo: “El subdesarrollo no significa ausencia de desarrollo, sino la consecuencia de un desarrollo equivocado. Infelizmente, no le dejan otra salida a América Latina que la violencia. Ciento veinte millones de niños se agitan en el centro de esta tormenta. Cada minuto se muere un niño de enfermedad o de hambre. En el año 2000 habrá 650 millones de latinoamericanos y la mitad tendrá menos de 15 años de edad: una verdadera bomba de relojería”. Cuando Josué de Castro escribió su ya clásica *Geografía de la pobreza*, hace más de medio siglo, de los 280 millones de latinoamericanos, 50 carecían de un trabajo estable, la mitad habitaba en chozas insalubres y 100 estaban aún condenados a la desdicha del analfabetismo.

Ya entonces se habían iniciado en El Salvador las tormentas políticas que arrasaron el país conduciéndole al vendaval de la guerra civil, que dejó un saldo de 75.000 muertos y miles de desaparecidos, la mayoría civiles. Pero lo peor es que la guerra sólo fue la punta del iceberg de ese huracán de violencia que, como una inabarcable pústula, se ha instalado ya en el cuerpo social de los países centroamericanos. “Ustedes los estadounidenses –afirmaba un miembro de las comunidades cristianas de base a Charles Clemens, ex piloto norteamericano que trabajaba en 1982 en El Salvador–, están muy preocupados por la violencia de los fusiles y los machetes. Pero existe una violencia peor: la de ver morir con impotencia a tus hijos, víctimas del hambre y de la enfermedad que nosotros hemos sufrido en silencio durante demasiados años. ¿Por qué ustedes no se preocupan por esta clase de violencia?”. Como reconoció la propia Jeane Kirkpatrick, responsable para Centroamérica de la Administración Reagan, una cuarta parte de la población se había visto obligada a huir o fue expulsada por la fuerza de sus hogares. En aquel tremedal de crueldad, la peor parte se la llevó, probablemente, El Salvador. Durante el año 1980, la Oficina de Derechos Humanos de la archidiócesis de San

“En Latinoamérica, cada minuto se muere un niño de enfermedad o de hambre. En el año 2000 habrá 600 millones de latinoamericanos y la mitad tendrá menos de 15 años: una verdadera bomba de relojería”.

(Josué de Castro, 1955)

Salvador contabilizó más de 8.000 muertes de personas “de sectores progresistas y populares, asesinadas por razones políticas, como resultado de las operaciones llevadas a cabo por el ejército, las fuerzas de seguridad y las organizaciones paramilitares coordinadas por el mando supremo de las mismísimas fuerzas armadas”. En aquellas infamantes técnicas de exterminio y de tortura, minuciosamente descritas en un informe de la delegación del Congreso de los Estados Unidos que visitó El Salvador en enero de 1981, hay que buscar la semilla de la violencia que hoy asola el país. El Servicio de Ayuda Legal Eclesiástico (Church Legal Aid Service) tiene constancia de 12.501 asesinatos durante 1981, más otros casos indeterminados atribuibles a los propios servicios policiales y militares, mientras que los grupos pro Derechos Humanos no han dejado de denunciar torturas, castraciones, desmembramientos, apaleamientos y violaciones sexuales.



Penal de máxima seguridad de Zacatecoluca, más conocida en El Salvador como Zacatraz.

Pero aquella devastación no fue casual. Los militares salvadoreños habían sido cuidadosamente adiestrados por los norteamericanos, mientras que la instrucción de las fuerzas de seguridad corrió a cargo de expertos en tortura argentinos reclutados para la ocasión. John Loftus, que investigó a los criminales de guerra nazis por encargo del Departamento de Justicia norteamericano, escribió estas palabras terribles: “En el año 2025, cuando los documentos concernientes a los batallones de la muerte en América Central sean hechos públicos en los Archivos Nacionales, junto a los testimonios del genocidio nazi, llevaré a mis nietos de visita para que aprendan que aquellos que ignoran los errores de la historia, que vuelven la cara ante las horribles atrocidades mientras éstas se están cometiendo, están condenados a repetirlas”. La represión gubernamental se extendió a toda

la población opositora y encontró uno de sus emblemas más infamantes en el arzobispo Romero, asesinado en marzo de 1980, quien en enero había suplicado al presidente Carter que retirase su apoyo a la Junta Cívico-Militar instaurada violentamente un año antes. “Sería totalmente erróneo y deplorable —escribió el arzobispo—, que los salvadoreños fuesen frustrados, reprimidos, o que se les impidiese, mediante la intervención de alguna potencia extranjera, decidir por ellos mismos el futuro económico y político de nuestro país”. De nada sirvió aquella súplica desesperada. La represión contra los campesinos salvadoreños continuó con obstinada virulencia en los meses siguientes. El terror dirigido por la Administración norteamericana había logrado su objetivo. A través de sus sicarios salvadoreños fueron eliminados sindicatos y organizaciones populares, catedráticos, maestros, sacerdotes, medios de comunicación y más de 10.000 civiles. En octubre de 1980, el sucesor de monseñor Romero, el obispo Rivera y Damas, condenó a las fuerzas armadas “por su guerra de exterminio y genocidio contra la indefensa población civil”, mientras el presidente José Napoleón Duarte felicitaba a esas mismas fuerzas por sus “valientes servicios contra la subversión”.

El terror institucional condujo a muchos jóvenes a sumarse a las organizaciones guerrilleras: de los 2.000 que lo hicieron en 1979 se pasó a 5.000 en 1984. Pero este fracaso de la represión sólo lo es en apariencia, ya que el propósito de los EEUU y sus vicarios salvadoreños no era otro que el de llevar el conflicto a su terreno, que siempre fue el de la imposición y la fuerza. Tras la llegada a la Casa Blanca del presidente Reagan, en 1980, la Iglesia Católica salvadoreña hizo públicos unos datos estremecedores, según los cuales habían sido asesinados en el país 30.000 civiles, mientras que 600.000 personas —un 13% de la población salvadoreña— se habían visto obligados a abandonar sus casas y sus pueblos para buscar amparo en las montañas. El terrorismo de Estado, la pobreza y la desigualdad, no han cesado de crecer, acabando por socavar gravemente el tejido social del país. “La fuerza como recurso —ha escrito Joaquín Villalobos, ex comandante de la guerrilla y catedrático de la universidad de Oxford— está profundamente arraigada en nuestra cultura. Por haber sido siempre el instrumento de los gobernantes se convirtió también en el de los gobernados, y ahora domina en la izquierda y en la derecha, en civiles, militares, pobres y ricos”. Una de las manifestaciones de esta continua apelación a la fuerza es el fenómeno social y político que se está desarrollando alrededor de las pandillas Maras que, nacidas en los Estados Unidos, llegaron luego a El Salvador, Guatemala, Honduras y se extienden ya, como una incontenible metástasis, por los países mesoamericanos. Y lo peor es que la violencia se retroalimenta a través de una propaganda espúrea, que los gobiernos utilizan para atemorizar a la población, tratando así de obtener réditos electorales. En El Salvador, el presidente Elías Antonio Saca no tenía pudor en advertir que su aliado George Bush expulsaría a más de 6.000 miembros de las pandillas Mara si su partido, el ultraderechista ARENA, no triunfaba en las elecciones. “El peligro de la violencia Mara es grave —explica Gustavo Zelaya, de la ONG Casa Alianza—, pero hay que tener mucho cuidado: las Maras son el nuevo enemigo que las autoridades agitan para distraer de los verdaderos problemas que padece la juventud de América Latina”.

“La fuerza como recurso está profundamente arraigada en nuestra cultura. Por haber sido siempre instrumento de los gobernantes se convirtió también en el de los gobernados, y ahora domina en la izquierda y en la derecha, en pobres y ricos, civiles y militares”.

(Joaquín Villalobos)

La cultura de la violencia

Desde los años sesenta se extiende por Centroamérica el fenómeno de las bandas urbanas, de las pandillas organizadas, como las conocidas como Mau Mau, Sacaojos, Comemuertos, Piojo, Morazán, Babybang, Gallo y Vatos Locos, que se convierten luego en grupos de Maras, Galladas, Marras, Parches, según el país. Sus miembros se llaman a sí mismos, chavos, vatos, pandilleros, cholos, mareros, chapulines, según sean de México, Honduras, Guatemala o El Salvador. Pandillas de adolescentes que se armaron en Los Ángeles y fueron ramificándose como una epidemia de muerte por otras ciudades norteamericanas y centroamericanas. Ya en los años cincuenta, las bandas juveniles de California se fueron agrupando para disputarse el control de las ciudades. La más famosa es, quizás, la *Crips and Bloods*. Aún se no cono-



Pintadas de la Mara Salvatrucha en las paredes del módulo 3 de la prisión de Ciudad Barrios.

cían las drogas, ni las metralletas AK-47, ni las pistolas de 9 mm. Cuando el racismo generado por la inmigración descontrolada llevó a estas bandas a atacar a los mexicanos, éstos se organizaron para defenderse siguiendo sus mismos esquemas. El centro de aquellas pandillas incipientes se localizó en South-Central de la ciudad de Los Ángeles, y ya en los años sesenta cada esquina entre las calles 10 y 20 contaba con la suya propia, con sus "clicas" organizadas, una especie de células cuya misión es la de reclutar nuevos miembros, programar acciones contra las bandas rivales y la distribución de la droga, las armas y el cobro del llamado impuesto revolucionario. Los efectos de la crisis económica generada por el fin de la prosperidad y la consiguiente ofensiva gubernamental contra las organizaciones democráticas y sindicales,

la drástica reducción de los programas sociales, la llegada de refugiados de las sucesivas guerras centroamericanas provocó un incremento incontrolado de las bandas. En Los Ángeles, mientras las fábricas y talleres eran clausuradas en las zonas Central Sur y Oeste y miles de obreros eran desposeídos de sus empleos, las calles comenzaron a poblarse de jóvenes ceñudos, sin trabajo y sin esperanza. Hasta 1992, año en que los acuerdos de Chapultepec pusieron fin a la larga guerra civil de El Salvador, la policía de la ciudad parecía no haberse enterado aún de la existencia de la poderosa Mara Salvatrucha, cuando algunos de sus miembros se pusieron a la cabeza de los disturbios que asolaron el centro de la capital. Otros jóvenes de origen hispano llegados en los años ochenta fueron agrupándose en la Mara 18, una antigua agrupación de mexicanos, conocida así por haber nacido en la calle 18 del sector Rampart de Los Ángeles. Pronto se contabilizaron en Los Ángeles 1.350 pandillas integradas por unos 150.000 jóvenes de entre 11 y 18 años, reclutados en los patios de las escuelas. Una verdadera plaga que se fue instalando en la cotidianeidad de las ciudades norteamericanas y condujo a las autoridades a concebir planes especiales para transplantar a los jóvenes violentos a sus países de origen. En 1996, el Congreso norteamericano aprobó una Ley mediante la cual los extranjeros que cumplían condenas superiores a un año debían ser deportados. Así, entre 2000 y 2004 fueron expulsados de Estados Unidos 20.000 delincuentes. “Nos los devolvieron –asegura Óscar Álvarez. Ministro de la Seguridad de Honduras– sin decirnos siquiera cuáles eran sus antecedentes. Llegaban a nuestros países con libertad plena para hacer lo que quisieran. Y lo mejor que sabían hacer era delinquir”.

¿Y qué encontraron aquellos jóvenes al retornar a sus países? Más de lo mismo: miseria, desempleo, marginación, hambre, violencia institucional, familias rotas, desnutrición y un analfabetismo que alcanzaba la cifra estremecedora del 30%. Según un informe del Consejo Nacional de Seguridad Pública de El Salvador, en aquel momento existían 39.000 miembros activos de las Maras: 22.000 de la Mara Salvatrucha (M13); 12.000 en la Mara-18; y 5.000 en el resto. No obstante, hay que tomar con suma precaución estas cifras, dada la dificultad para cuantificar los miembros de las pandillas y los intereses evidentes que tratan de influir en este proceso de recuento y valoración. Peter Peetz cita cuatro fuentes diferentes, cuyos cálculos oscilan entre 70.000 y 500.000 mareros para toda Centroamérica. Una de ellas es la del conocido analista Thomas Bruneau, profesor de la National Security Affaire de la Naval Postgraduate School en EEUU, que en 2005 calculaba el número de mareros en 69.145. Sólo en El Salvador, según los registros oficiales, existían unos 30.000 en el año 2000, el doble de los miembros de la guerrilla durante la guerra civil. En Honduras se estimaba el número de mareros en 60.000, en 1998; y 28.000 en Guatemala, siendo en Costa Rica donde los chapulines tenían una presencia menor. Las primeras bandas se establecieron en El Salvador a partir de 1988, con la llegada de los miembros deportados desde Los Ángeles. La denominación de las tres primeras clicas –*Teening Locos*, *Shatow Park Locos*, *Bunny Dream Locos*– nos hablan elocuentemente

Entre 2000 y 2004, Estados Unidos expulsó a 20.000 delincuentes. “Llegaban a nuestros países –afirmó Óscar Álvarez, ministro de Seguridad de Honduras–, con libertad para hacer lo que quisieran. Y lo mejor que sabían hacer era delinquir”.

de su origen. La pandilla más importante es, sin duda la M-13 o Salvatrucha, contracción de salva (salvadoreño) y trucha (espabilado, astuto), aunque la raíz más probable sería la de “xatrachos”, que unida a “salvadoreños” conformaría la denominación *Salvatrucho*. Hoy, las maras salvadoreñas tienen una presencia mayor en el área metropolitana de San Salvador y en los municipios de Soyapango, Apopa, Ciudad Delgado, San Martín y Custtancingo.

Según los informes internos del propio Consejo Nacional de Seguridad Pública de El Salvador, las causas que conducen hasta las pandillas a los niños y adolescentes son “la procedencia de hogares desintegrados, maltrato o abandono, por parte de sus padres, consumo de alcohol y drogas, alta participación en actos violentos y estancia en centros penitenciarios”. Frente al delincuente habitual, que quiebra la ley para enriquecerse, el marero no llega al delito por

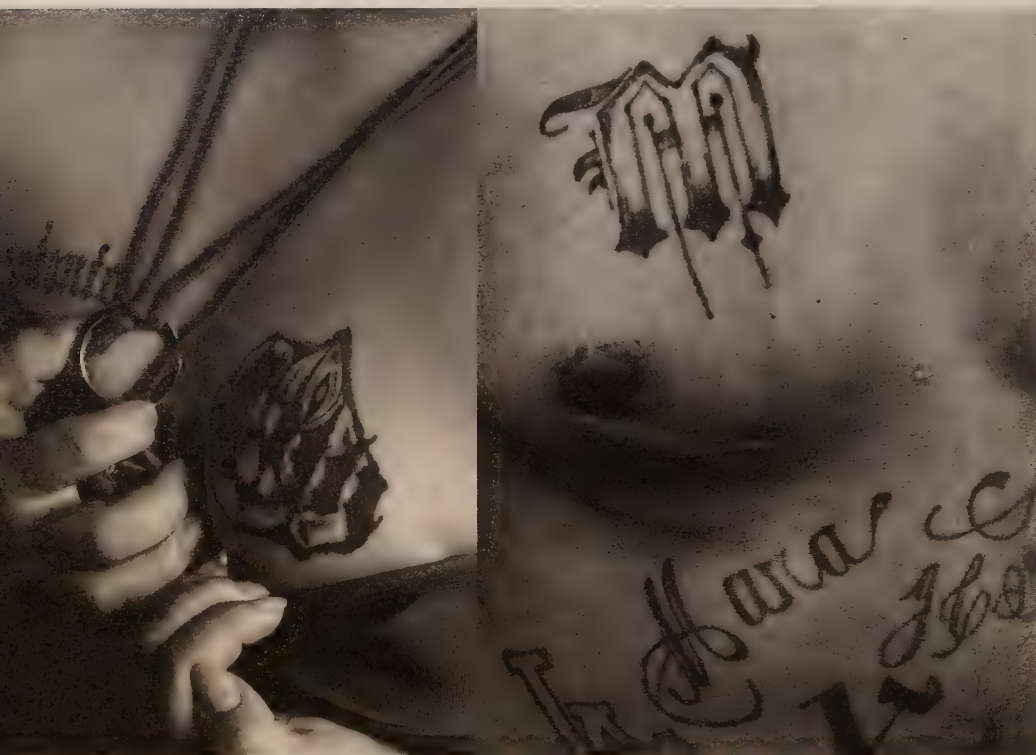


Tumbas enramadas, diablos de ojos refulgentes, signos cabalísticos, forman parte de la oscura iconografía de las Maras.

dinero. Su perfil sería el de un joven sin trabajo, miembro de familias rotas y menesterosas, de una sociedad arrasada, analfabeto funcional en muchos casos, víctima de la exclusión social, de padres violentos, vencidos por el alcohol. En la Mara busca, quizás, la casa que no tiene, la familia cuyo calor nunca sintió. No son criminales de oficio, como los que integran los cárteles de la droga, las mafias de la emigración o el tráfico de armas de fuego. “Estas mafias –ha escrito Frédéric Faux, autor del libro *Les maras, gang d’enfant*– se mueven por dinero; los mareros, no. Ninguno de ellos es rico, exceptuando quizás a sus jefes ocultos, pero todos los que yo he conocido no tienen ni para zapatos, viven en casas miserables, piden cinco dólares para comprar leche para sus niños, no tienen nada. Son pobres, muy pobres”. “Buscan las reglas

de otras reglas –ha escrito Rafael Ramírez Heredia, en su novela “La mara”–, que no se asemejan a ninguna de las conocidas abajo, en el sur, donde antes ellos eran sólo bazofia de prisión, gato de los patrones, sobada de gringo apesadumado, de los putos capos que todo tienen y nomás la basura reparten”.

Para los expertos del Consejo Nacional de Seguridad Pública de El Salvador, la difusa ideología de los miembros de la Mara 13 (Salvatrucha) se basa en el compañerismo, la lealtad a la pandilla por encima de su propia persona, la obediencia al líder, la intuición de que el poder de la banda se basa en lo oculto, y que su origen y fortaleza radica en la Bestia o el Maligno. Para los expertos de seguridad salvadoreños la estructura organizativa de la Mara parte de un mando central radicado en Estados Unidos y Canadá y se ramifica en los mandos nacionales –uno en libertad y otro en prisión–, responsables departamen-



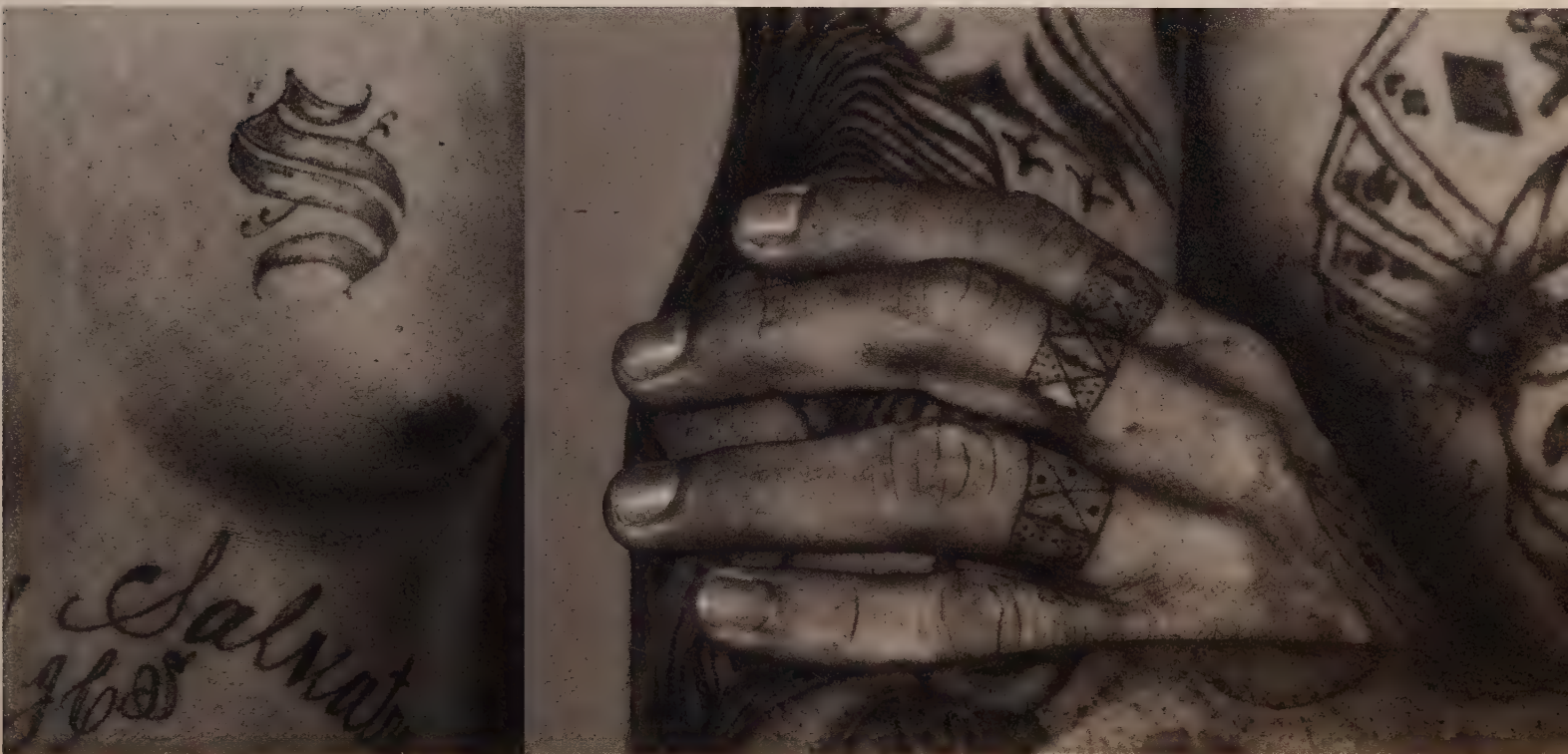
Senos tatuados de una interna en la cárcel de mujeres de Sensuntepeque.

Como verdaderas flores del mal enraizadas en la carne, los tatuajes constituyen el currículo violento de los miembros de La Mara, su fe de vida criminal, el inventario de su insania.

tales, municipales y los líderes de las diversas clicas. En la actualidad, algunos de sus líderes más reconocidos se encuentran reclusos en las penitenciarías de Chalatenango y Cojutepeque. Cada uno de los ellos dispone de dos personas incondicionales, los llamados chuchos, que les sirven de guardaespaldas. En la mayoría de los casos los chuchos son también “misioneros”, que ejercen misiones de sicariato criminal. Según datos del Banco Mundial, América Latina y El Caribe sufren tasas de homicidio que rondan las 20 muertes por cada 100.000 habitantes y las estadísticas elevan esta cifra hasta los 100 homicidios por cada 100.000 habitantes, en Colombia, El Salvador y Guatemala. Si hacemos caso de los que nos dicen las estadísticas del FBI y las policías centroamericanas, un 50% de los delitos cometidos en estos países serían impu-

tables a las Maras, aunque este porcentaje descendiendo hasta un 8% según fuentes universitarias y eclesiales. En Guatemala, en los años ochenta, el 80% de los mareros tenía entre 15 y 19 años, no siendo ninguno mayor de 25, y cada año sus miembros tendían a ser más jóvenes. En la década de los noventa, en El Salvador la edad del 72% de los mareros era similar a los de Guatemala diez años antes; en el año 2000, la media de edad de ingreso en la mara era de unos 15 años los varones y algo más las chicas. Hoy, los que ingresan en la Mara tienen una edad que oscila entre los 11 y los 14 años.

Los mareros pasan buena parte de su tiempo en las calles, aunque la mayoría dispone de cobijo, por precario e insalubre que sea. “La calle le enseña a uno a vivir y a morir –afirma un marero–. Yo vivo en la calle desde los nueve años y es mejor andar con la Mara que solo”. La pertenencia a la Mara les pro-



porciona un sentimiento de identidad. De ahí sus continuas peleas por marcar su territorio, su barrio. Y es aquí, en el corazón de la Mara, donde radica lo que sus miembros llaman “La Vida Loca”, esos tres puntos tatuados en los nudillos (Uno:la; Dos:vida; Tres:loca), esa sensación agria que reseca la boca en el estrépito de la lucha contra las bandas rivales, en ese placer inefable del riesgo de una conducta que la sociedad considera escandalosa y que está, no sólo prohibida, sino duramente reprimida; lo que ellos llaman vaciles, que puede significar cualquier cosa. Según los resultados de una reciente encuesta entre mareros, los vaciles, junto a la hermandad con los bróderes (los colegas), la autoestima, la solidaridad, es lo que más les atrae de la Mara. Y lo que menos les gusta es la discriminación, el constante hostigamiento de la policía y el ries-

go de ser atrapados, encarcelados y asesinados. La mayoría roba y consume droga, marihuana, alcohol, piedras de crack y otras más peligrosas. La droga convive con el marero, pero no es la causa de su conducta, sino una consecuencia de su propia exclusión social. Pero en la droga y el delito que les conduce a ella es donde comienza el meritoriaje del crimen, ese punto de no retorno desde el que un adolescente va descendiendo por los escalones de su propia degradación hasta convertirse en un delincuente, en un asesino.

Con el tiempo, los mareros han ido creando un lenguaje específico, una jerga propia, mezcla inquietante entre el español y el inglés, los modismos de la zona o la versión arcaizante del español que llaman "malespín". Emplean también graffitis y "placazos", utilizados casi siempre para marcar su territorio o transmitir en clave determinados mensajes o instrucciones de los jefes, la mayoría



ocultos en lugares incógnitos –se dice que en Estados Unidos–, que ni los propios mareros conocen. Se comunican mayormente por señas, gestos, slam –una mezcla de inglés, español y chicano–, además del propio lenguaje cabalístico de sus espectaculares tatuajes, los signos de las manos, de los dedos, de las paredes consteladas de referencias a lo penumbroso, de apelaciones al Maligno; de los graffitis con los que marcan su territorio, en la creencia de que en cada muro señalado por ellos con su iconografía siniestra permanece un espíritu satánico que les vigila y les protege. Estos signos van conformando la *performance* criminal del pandillero, junto a otros códigos propios como la música punk, el rap/hiphop, el break-dance y el heavy metal, los brutales rituales de iniciación y los espeluznantes ritos satánicos, cuya sola descripción espanta.

Las infinitas punzadas negras de la piel van componiendo una constelación de signos que se extienden por las paredes, los techos, la superficie toda del universo-pandillero.

“El rito –ha narrado en *La Prensa* a Serapio Umanzor, un antiguo jefe de la M-13 en proceso de reinserción– consistía en entregarle al barrio la vida de otra persona. Para cada viernes habíamos convenido hacer un rito satánico y siempre escogíamos como víctimas a borrachos, prostitutas y homosexuales. Pero después decidimos que para ser más fuerte el barrio, debíamos entregar los cuerpos de muchachas que no eran mareras pero simpatizaban con nuestro grupo (...) Aquellos ritos nunca los he apartado de mi mente. Participábamos hasta 50 de la Mara, que debían tomar por la fuerza a la persona escogida, mientras yo le metía 13 puñaladas en su cuerpo, en señal del número de la Mara. Los muchachos luego le cortaban el cuello y yo debía tomar tres tragos de sangre, mientras el “Litleone” se encargaba de hacer la oración satánica”.

Los hechos han demostrado que los planes represivos de Mano Dura, no sólo han constituido un estruendoso fracaso, sino que han llegado a conculcar gravemente la propia legalidad constitucional.

Entre la represión y la reinserción

A partir de 1997 fueron conociéndose los primeros estudios sobre la violencia, aportados por el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI) y la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), ante el aparente desconcierto del gobierno salvadoreño presidido entonces por Armando Calderón Sol. Con ellos se desmoronaba el discurso oficial, según el cual la violencia de los años que siguieron a los Acuerdos de Paz de 1992 era casi exclusivamente responsabilidad de las pandillas juveniles, en especial de las Maras. Una interpretación defendida después por los sucesivos gobiernos de ARENA, cuando los informes académicos no dejan de insistir en que dicha violencia tiene múltiples aristas, diversas causas y agentes, que revelan la existencia de un mundo del crimen –contrabando, trata de blancas, blanqueo de dinero, secuestros, asesinatos, narcotráfico, violencia de género, tráfico de armas, inmigración ilegal–, cuyos responsables no son los miembros de las Maras, sino delincuentes de gran influencia política, muy bien relacionados con una Administración corrupta. Nada de esto impidió al gobierno salvadoreño lanzar sus planes Mano Dura y Super Mano Dura, orientados a reprimir a las Maras, partiendo del supuesto de que, al menguar la violencia pandillera por la vía del encarcelamiento, la ira social disminuiría en igual medida. Los hechos han demostrado que estos planes represivos, no sólo han constituido un estruendoso fracaso, sino que han llegado a conculcar gravemente la propia legalidad constitucional.

Los programas de Mano Dura no son excepcionales; se inscriben en la política represiva de toda la zona, como los Programas Acero, en México; el Plan Escoba, en Guatemala; o el Plan Libertad Azul, en Honduras. Quizás lo peor de las políticas represivas es que, al concentrar a los pandilleros en las cárceles del país, los ha ido poniendo en contacto directo con el crimen organizado. Las políticas de Mano Dura habrían tendido así su propia trampa. Según Vicente Rodríguez, coordinador administrativo del IIDH, lo que se ha conseguido con las políticas de Mano Dura es trasladar el problema a las cárceles y

agravarlo, ya que en ellas los mareros aprenden nuevas formas de delito y fortalecen su infraestructura en las calles. “De hecho –afirma– se está apagando el fuego con gasolina”. Según los responsables del Centro para la Justicia y el Derecho Internacional de El Salvador, los aparentes éxitos policiales no dejan de ser un espejismo, pese a los 4.300 pandilleros que, según el ministerio de Gobernación, han sido ya encarcelados. Frente al triunfalismo gubernamental, los expertos de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) ofrecen un dato estremecedor: antes del *manodurismo*, la tasa de homicidios era de 35 por cada 100.000 habitantes; en la actualidad, ronda ya los 45. Para Bernardo Kliksberg, responsable de la Iniciativa Interamericana de Capital Social, el enfoque únicamente represivo de Mano Dura se ha mostrado ineficaz y contraproducente, “porque elude la reinserción y sólo refuerza y amplía el sistema policial, penaliza las formas más primarias del delito, dis-



minuye la edad penal para poder meter presos a niños y adolescentes, y hay incluso quien reclama encarcelar a los propios padres de los niños delincuentes”. Una opinión que comparten la Comisión Iberoamericana de Derechos Humanos (CIDH) y UNICEF de El Salvador, Guatemala y Honduras, que desde 1990 sostienen diversos planes de reinserción como los Programas de Libertad Asistida. “No desconocemos –afirman sus responsables–, la situación de extrema violencia e inseguridad que provocan las Maras, y queremos expresar nuestra profunda solidaridad con sus víctimas. Pero debemos señalar que muchos niños y niñas de los sectores más pobres de la población no tienen acceso a la educación, alimentación, habitación, salud, seguridad y protección personal y oportunidades de trabajo”.

La boda de un marero rompe el tedio de la cárcel. Las calaveras, las serpientes, las cruces, las líneas cabalísticas conviven con la camiseta del Real Madrid que luce el novio.

Frente al discurso represivo oficial, Naciones Unidas sostiene que los factores principales que deberían ser erradicados para acabar con esta lepra social son el constante deterioro de la situación socioeconómica, el dramático desequilibrio de las familias y la tendencia indiscriminada a portar armas, tanto por particulares como por los miembros de las numerosas empresas privadas de seguridad. Algo que trata de ignorarse por parte de las autoridades, que ocultan así la magnitud del negocio de las armas, que mueve millones de dólares y en el que están involucrados algunos mandos policiales y funcionarios públicos. Según datos de la propia Policía Nacional Civil (PNC), en 2003 existían en El Salvador más de 170 empresas privadas de seguridad, que daban empleo a 23.000 vigilantes, 3.000 más que la propia policía. En un Estado desestructurado, muchos temen que los delincuentes de todo pelaje, el crimen organizado, las empresas de seguridad, las pro-

El padre y la hermana del novio posan después de la boda en el patio de la prisión.

Visita de la familia de un marero en la cárcel de Ciudad Barrios.



pias Maras, estén creando su propio Estado paralelo. “El Salvador –declaraba recientemente el economista, William Pleitez– es uno de los países latinoamericanos que invierte más en seguridad y, paradójicamente, es uno de los que menos seguridad tiene”. El Estado salvadoreño gasta más del 11% de su PIB en este capítulo, una cifra impresionante que duplica el presupuesto nacional en salud y seguridad pública. No faltan los que opinan que el propio Estado podría acabar con la violencia Mara con sólo la mitad de su presupuesto de seguridad, articulando un plan preventivo de formación y trabajo para integrar a los jóvenes marginados. “Pero el Estado –afirma Santo Alberto Fernández, director del programa Fe y Alegría, que trabaja en la reinserción de unos 700 pandilleros de la Colonia Zacamil– no tiene el más míni-

mo interés en acabar con las Maras, ya que si lo hace termina el negocio de la seguridad, que hoy es el primero del país”. Aunque organizaciones como ITAM, BIB y el Consorcio Universitario de Centroamérica difieren en su diagnóstico a la hora de medir la gravedad de la violencia Mara, todas coinciden en recomendar a las fuerzas políticas y policiales atender mucho más la prevención y la atención a las familias que sufren diariamente la violencia. Según UNICEF, los medios de comunicación han acabado por convertir a los jóvenes mareros en un espectáculo mediático, cuando no serían ellos los responsables de toda la ola criminal que sufren los países de la región, sino de una cantidad de delitos ciertamente terribles, que alcanzarían entre un 5 y un 10% por ciento del total.

El mensaje que se envía desde los Estados Unidos es exactamente el contrario, como indica el incremento de su población carcelaria y de las sentencias condenatorias, que han conducido a una verdadera inflación del gasto público dedicado a represión: un 154% en los últimos veinte años. Esta parece ser la directriz oficial del gran vecino del norte, que ha decidido incluir las bandas juveniles en su famoso Eje del Mal, lo que le ha llevado a incrementar la represión internacional que constituye un verdadero negocio para las empresas dedicadas a la fabricación y venta de armas, que cuentan con buenos apoyos en el seno de la propia Administración. En febrero de 2005, el diario *Boston Herald* ya se encargó de difundir el rumor del acercamiento de la Mara Salvatrucha a la red Al Qaeda; y un año después el presidente Saca no dudó en afirmar que los mareros serán los terroristas del futuro, durante la Convención Antipandillas de San Salvador, en la que estuvo acompañado por expertos del FBI, la DEA y de la policía de México y los países centroamericanos. Frente a estos argumentos y los de quienes, como el responsable de la policía salvadoreña Rodrigo Ávila, sostienen que las pandillas se acabarían en dos meses “si se aplicaran los conceptos de guerra”, la represión no sólo se ha mostrado ineficaz, sino que ha incrementado dramáticamente el mal que trataba de combatir. Basta echar un vistazo a Irak, un país torturado en el que en tres años de una guerra a todas luces inhumana e ilegítima, han muerto 650.000 personas (la mayoría civiles) y tres millones se han visto forzadas a abandonar sus casas y sus pertenencias. En El Salvador, a pesar de la política represiva del gobierno –o, quizás, a causa de ella–, la cifra de homicidios anuales se situó en 1999 en torno a los 2.500, creció hasta los 3.800 en 2005 y los expertos anuncian que crecerá aún más. Las leyes de Mano Dura han generado una escalada armamentista motivada, tanto por la autodefensa como por la venganza. Exactamente igual que en Irak. Ya lo había anunciado el senador Robert Kennedy, unos días antes de ser asesinado: “La violencia sólo genera violencia y la violencia extrema únicamente provoca venganza”. Sólo así podría explicarse el incremento de la violencia criminal que se observa hoy en El Salvador. “Hasta que se aplicó en Plan Mano Dura –ha escrito José Miguel Cruz, psicólogo, experto en Maras de la UCA– la tendencia criminal era estable. Desde entonces, el número de homicidios se ha disparado significativamente. Es algo realmente impresionante”.

“La violencia –afirmó Robert Kennedy– únicamente genera violencia, y la violencia extrema sólo genera venganza”. Sólo así podría explicarse el incremento de la violencia criminal que asola hoy a El Salvador.

A pesar de la implacable evidencia de las cifras, los políticos, analistas y expertos policiales cercanos a la Administración Bush, del FBI y del Comando Sur de los Estados Unidos, siguen alentando la versión que presenta a las Maras como una especie de macroorganizaciones de carácter transnacional, con inagotables recursos financieros y armamento sofisticado, como se ha encargado de recordarnos Sebastian Huhn, Anika Oettler y Meter Peezt, del German Institute of Global and Area Studies de Hamburgo. “El combate de nivel transnacional liderado por los Estados Unidos, indica que este discurso es muy poderoso. Un discurso de miedo y amenaza generado sobre todo por los medios de comunicación, los círculos políticos, militares y científicos, que se basa en conocimientos insuficientes y poco fiables”. Según los analistas alemanes, en el mes de diciembre de 2005 se publicaron en *La Prensa Gráfica*, el periódico de mayor tirada de El Salvador, un total de 312 artículos relacio-



Goofi, miembro de la M-18, posando en su casa, en un barrio suburbial de San Salvador.

nados con la delincuencia. Y casi la mitad –exactamente, 110– se referían a los mareros como victimarios. Se está creando así en Centroamérica una violencia estatal y paraestatal, en el marco de lo que Amnistía Internacional ha denominado como Corporated Mafia State (Estado de Mafia Corporativa).

Para José Miguel Cruz, la estrategia policial que ha llevado a cabo el gobierno ultraderechista de El Salvador, animado política y económicamente por Estados Unidos, se asemeja mucho a una verdadera guerra. Según John Carlin, periodista especializado en conflictos internacionales, la respuesta de las pandillas ha sido la de incrementar su arsenal de manera masiva, con lo que El Salvador se ha convertido en el séptimo importador de armas cortas

desde los Estados Unidos. Los expertos salvadoreños señalan que en esta guerra declarada por el gobierno a las Maras, además de una gran arbitrariedad en política de detenciones, se han ido creando numerosos grupos especiales de asalto, como se advierte desde Naciones Unidas y UNICEF hasta las diferentes Iglesias, la prensa y la Universidad. “La organización hondureña Casa Alianza –afirma Faux– ha registrado la muerte de 2.600 jóvenes entre 1998 y 2005, y existe en este país el célebre batallón 316 del ejército al que se adjudican muchos asesinatos, y un grupo conocido como “Los Magníficos”, que alardean de no dejar rastro de sus acciones”. “Si la estrategia para enfrentar la violencia es errada –advierte Villalobos–, la premonición de Walter Béneke (ministro de educación en 1970, asesinado por los Escuadrones de la Muerte salvadoreños) podría hacerse realidad: el país terminará mal”.



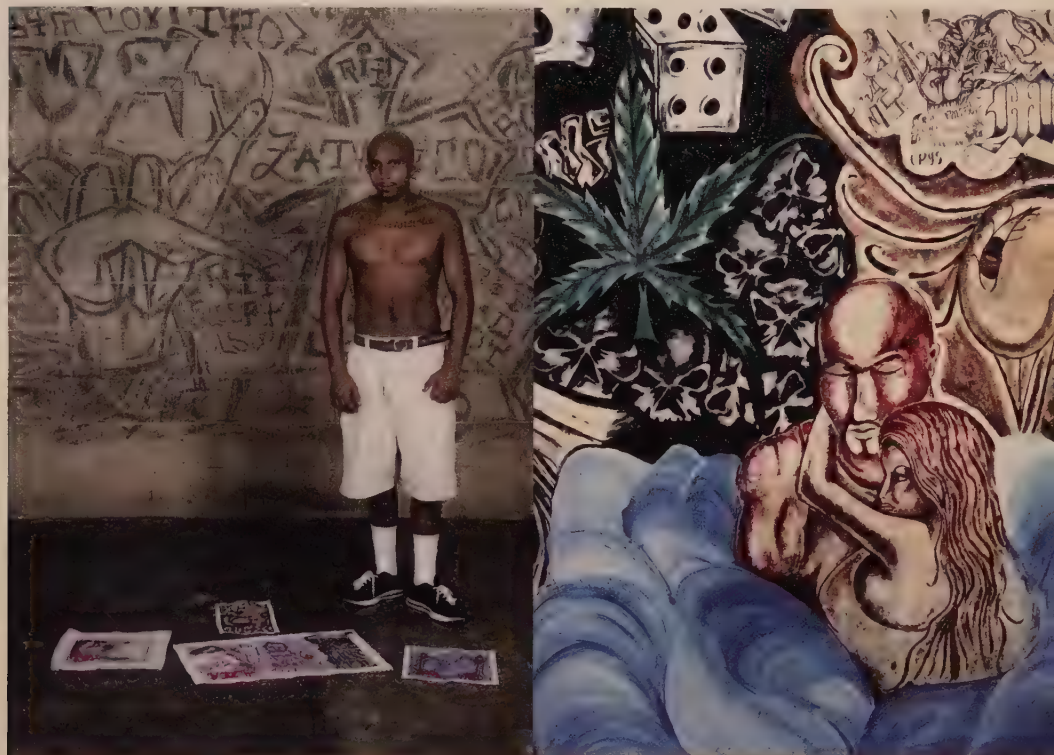
*Prisión de Ciudad Barrios.
La madre del pandillero le visita con
motivo de El Día de las Madres.*

Para la mayoría de las instituciones académicas que estudian el problema de la violencia Mara, para las Iglesias, Naciones Unidas, la OEA, y no pocos responsables de los propios gobiernos centroamericanos, la solución pasa por la integración de sus miembros en la sociedad y la prevención social del delito. Para José Moratalla, religioso salesiano, responsable del Polígono Industrial Don Bosco, en el que se trabaja eficazmente en la integración social y laboral de cientos de pandilleros, el problema es muy grave. “A esta epidemia de la violencia pandillera –afirma–, no se le ha dedicado la debida atención por parte de los poderes públicos. Lo único que hemos visto hasta el momento es un alarde mediático, más sensacionalista y obsceno que reflexivo. Y estamos hablando de miles de jóvenes, de la mitad de la población cen-

troamericana, precisamente la que tiene que crear el futuro de estos países”. Una opinión que comparte la mismísima Vilma Morales, presidenta de la Corte Suprema de Justicia, para la que los Estados centroamericanos “han ido dejando muy a un lado el análisis de la profundidad de las Maras, de las pandillas y de su génesis”. Creado en 1985, el ya mentado Polígono Don Bosco, en el barrio de la Iberia de San Salvador, lleva a cabo una importante labor de formación a través de 10 cooperativas industriales, de la que ya se han beneficiado cientos de niños y adolescentes con problemas de prisión y “alto riesgo”, muy singularmente los miembros de las pandillas Maras que buscan una oportunidad para abandonar el delito. Programas similares son llevados a cabo por organizaciones como *Adiós tatuajes*, promovido por la Pastoral de la Vicaría Luis Chávez; *Fe y Alegría*, creada en 1969 por el jesuita Joaquín López, asesinado por el ejército salvadoreño en 1989; *Pro*

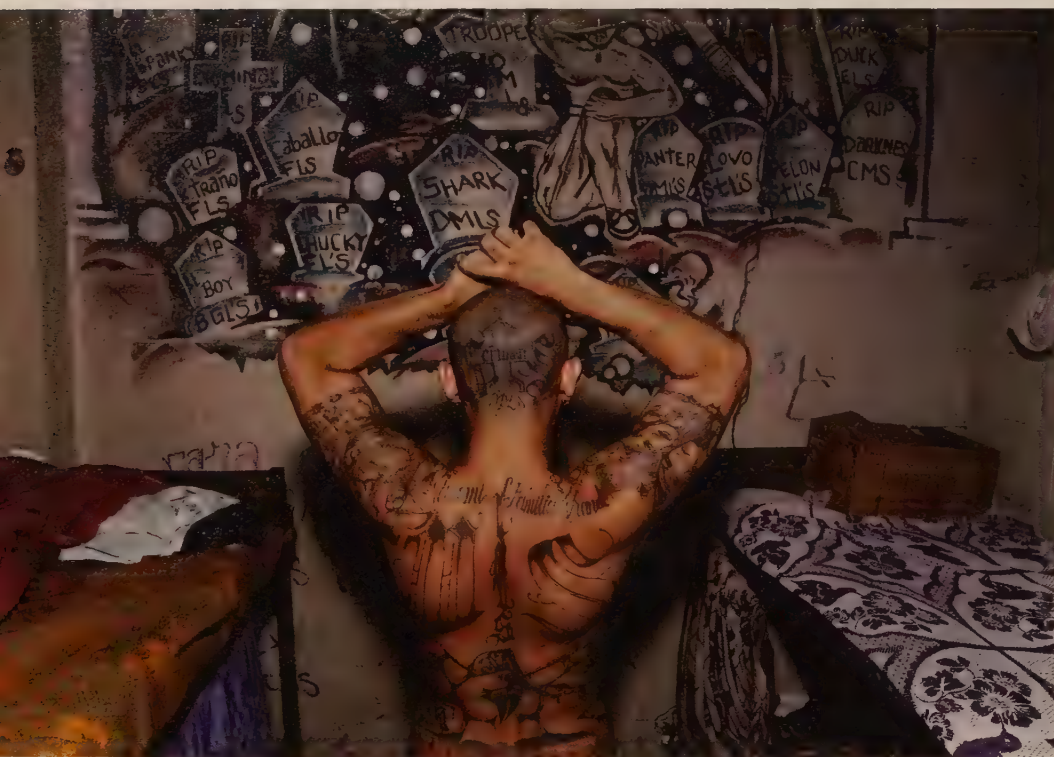
El marero pintor extiende sus dibujos en el suelo de la cárcel de Ciudad Barrios.

Los graffitis se extienden por toda la zona habitada de la prisión. Con ellos se va conformando la performance criminal de los miembros de la Maras.



Jóvenes, que lleva adelante diversos proyectos en varios municipios de El Salvador, y la Asociación de Capacitación, Atención y Prevención del Maltrato Infantil y Juvenil (ACAP), que realiza una ejemplar labor de reinserción de unos 200 miembros de la Mara-18. La propia Administración salvadoreña ha puesto en marcha diversos programas de reinserción en las prisiones, que afectan a unos 300 reclusos de las cárceles de mujeres de Ilopango (unas 50 internas), Ciudad Barrios (250 internos) y Quezaltepeque (300 internos). Intentos a todas luces insuficientes, como ha señalado Gema Santamaría, del Instituto Autónomo de México. Quizás por ello, la violencia ya no tenga vuelta atrás en este país torturado en el que uno de cada ciento cincuenta jóvenes pertenece a alguna pandilla criminal. “Los mareros —afirma la psicóloga

Coralia Cruz, de ACAP–, tienen muy difícil el dejar de delinquir. Deben abandonar la seguridad que les proporciona el clan, arriesgándose además a que les capture la policía, a que les asesinen sus antiguos compañeros”. Es éste, quizás, uno de los mayores problemas que deben afrontar los diversos sectores interesados en el fin de las pandillas. “La Mara –confiesa Edwin, expandillero, actualmente en el Polígono Don Bosco–, es un laberinto sin salida. Yo salí porque quería ver crecer a mis hijos. A mí me mataron a mi chava (mi pareja) hace apenas dos meses, balearon a mi bebé y a mí me destruyeron por haber abandonado la pandilla. Ahora, ni siquiera puedo acercarme a mi hija, por su propia seguridad”. Existen miles de casos como el de Edwin. Qué hacer. La solución no es fácil, y su dificultad crece cuando se observa el escaso o casi nulo apoyo gubernamental a los programas de reinserción. “El Estado –se afirma desde el Control Ciudadano El Salvador– debe consolidar una cultura de



Los miles de pandilleros que componen las Maras se debaten en una existencia penumbrosa, confinados entre las rejas de las prisiones y las de su propia insania criminal, en esa trémula frontera que divide la vida de la muerte.

Los tatuajes conforman la performance criminal de los miembros de la Mara, junto a otros códigos propios como el rap, el hiphop, los rituales de iniciación y los espeluznantes ritos satánicos.

paz impulsando medidas preventivas, aplicando eficazmente la justicia y reparando a las víctimas de la violencia. Sin embargo, no existe una política estatal al respecto y las acciones han sido represivas y no preventivas. Prueba de ello es la Ley de Armas, que permite a la ciudadanía armarse para defenderse de la delincuencia ante la incapacidad policial, y que ha sido defendida, tanto por el Poder Ejecutivo como por los principales partidos de derecha en la Asamblea Legislativa”.

Nadie ignora que, pese a que las políticas de integración social aportan soluciones más sostenibles, en el corto plazo la represión complace más a una población amedrentada. De ahí el discurso oficial que, sin apenas fisuras,

esgrime el peligro de las pandillas como un espantajo para torcer el sentido del voto de los ciudadanos. Algo que podría resultar electoralmente rentable, aunque política y moralmente sea obsceno. Para José Miguel Cruz, el mayor riesgo no procede “de que los militares y los funcionarios del Departamento de Estado estadounidenses puedan eventualmente apoyar opciones decididamente autoritarias, sino que los propios ciudadanos podrían ver con buenos ojos ese regreso al autoritarismo”. Opiniones similares son mantenidas por el Instituto de Estudios Locales y Globales de Hamburgo, y por otros observadores internacionales. También parece tenerlo muy claro el diplomático norteamericano Douglas Barclay, para el que “hay que poner fin a la violencia criminal, ahora”, una receta que ciertamente no le va a generar muchos derechos de autor, ya que es la que viene preconizando obstinadamente su gobierno en todo el mundo. Y que no parece convencer a los propios centroamericanos, que no acaban de entender cómo los que les han creado el problema, se sienten moralmente autorizados para ofrecer remedios. “La ironía que se le escapó al embajador Barclay –ha escrito John Carlin– fue que, lejos de tener la solución a los problemas de El Salvador, Washington ha contribuido, y sigue contribuyendo en gran medida a la crisis que vive ahora el país. Porque tiene mucho que ver con las condiciones de violencia extrema en la que se engendró la actual generación de pandilleros. En la guerra civil salvadoreña, Estados Unidos apoyó a los escuadrones de la muerte responsables de 30.000 asesinatos. No deberíamos olvidarlo”.

Quizás por esa forma torcida de entender la solución, las propias autoridades represivas habrían acabado por echar a los jóvenes mareros en brazos del crimen organizado y los cárteles de la droga. El narcotráfico se habría convertido ya en la actual fuente de ingresos de las pandillas, junto a los peajes y al chantaje de la violencia del que son víctimas pequeños industriales, simples vecinos y viandantes desavisados que se aventuran en sus territorios. El problema ha cobrado ya tales dimensiones, que los cancilleres de la zona se han comprometido recientemente a luchar contra lo que han calificado como una verdadera plaga criminal. En la orilla opuesta, en la reciente cumbre de Cochabamba, también se reflejó el tema de las Maras y la estrategia de “verdadera guerra civil” alentada por Estados Unidos y sus vicarios, dispuestos a incluir a las pandillas en el Eje Mundial del Mal. Éste sería el verdadero dilema, el que más preocupa a los observadores más atentos e informados, que se preguntan cuál sería la respuesta más acertada e inteligente: ¿las políticas represivas, el exterminio que se anuncia, o los programas de reinserción e integración de los niños y adolescentes en el arrasado tejido social de Centroamérica? Mientras tanto, los jóvenes delincuentes que integran las Maras, esos miles de pandilleros criminales cuya violencia inquieta y perturba por incomprensible y atroz, se debaten en una existencia penumbrosa, sin sentido ni futuro, confinados entre las rejas de las prisiones y las de su propia insania criminal, en esa trémula frontera que divide la vida de la muerte.■



Goofi y su hija miran a la cámara.
La fotógrafa ya ha instalado sus trebejos
en el mínimo habitáculo.



isabel muñoz en el corazón de la mara

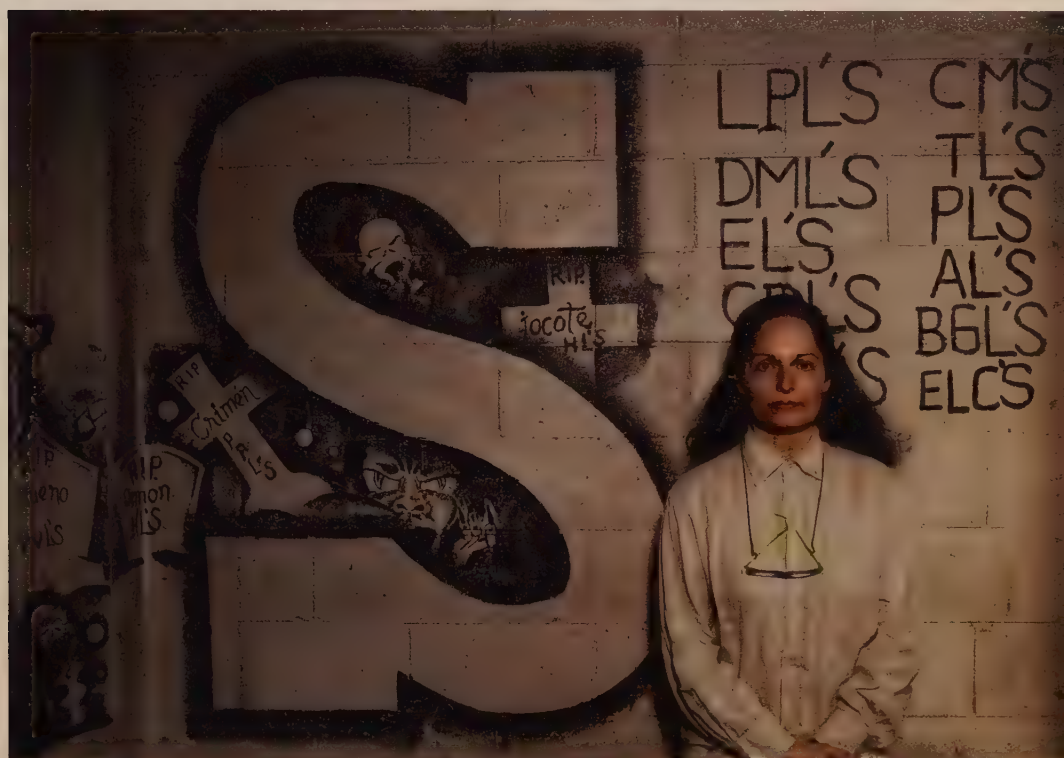
PUBLIO LÓPEZ MONDÉJAR

Hay veces en que un artista no elige sus temas, sino que son ellos los que le eligen a él. Y es éste el caso del arriesgado ensayo fotográfico con el que Isabel Muñoz culmina el camino emprendido, hace ya unos años, en su largo peregrinaje profesional por los desdichados países de África y Asia. No ha llegado por casualidad a estas cárceles del cuerpo y del alma, en las que se hacían centenares de delincuentes Maras de El Salvador. Ya nos había dejado un testimonio conmovedor de la lepra moral de la sociedad en la que vivimos en trabajos anteriores, como los dedicados a las niñas prostituidas de Camboya o la devastación producida por los terremotos de Bam. En un tiempo en que la intrascendencia ha conducido al arte a la suntuosa espuma de la banalidad, Isabel Muñoz no ha dudado en adentrarse en la tinieblas más penumbrosas de la conciencia, para extraer de ellas lo más verdadero y perdurable, como en esta sobrecogedora galería de retratos obtenidos en las penitenciarías de El Salvador, que bien podría haber sido hecha por Dostoieiski en las sórdidas mazmorras de Siberia. En ellos nos transmite su acongojada perplejidad, su fascinación también, la angustia de su mirada, que trata de hallar un vislumbre de luz en el secreto lacerante de estos seres condenados.

La vida, como la fotografía, nos ofrece a menudo extraños, desconcertantes encuentros, como los que han llevado a Isabel Muñoz a la cercanía de los delincuentes cautivos de la Mara, cuyas vidas penden en la orilla misma del abismo. Y ha tenido la determinación precisa para afrontar los riesgos de ese mundo deforme y mostrarlo ante nuestros ojos horrorizados: ojos de ciudadanos apacibles, felices en su ignorancia, sanitariamente apartados del detritus que la sociedad va supurando. Cuando un creador se dispone a afrontar los desafíos que su obra le plantea, sabe que se interna en un camino plagado de espinas, precipicios y galernas. El día en que Isabel Muñoz se decidió a realizar este trabajo supo, o quizás sólo intuyó, que se internaba en los sumideros de la marginación y la violencia. Una vez allí, frente a esos hombres y mujeres agrestes que le observaban amenazantes, desvalidos también, sintió que ya no era posible la vuelta atrás, que debía entregarse impetuosa y apasionadamente a su tarea. En realidad, no hubiese sabido hacerla de otro modo. Quizás no conocía entonces,

cegada por su propia vehemencia, la dimensión real de su propósito, pero ~~en~~ tuvo la certeza de que iba a ser capaz de atrapar en el cristal de sus cámaras, todo el espanto al que se enfrentaba. Es éste un momento en el que el verdadero artista no titubea. “El pintor y el escritor —ha escrito Antonio Saura, y hubiese dicho también, el fotógrafo—, parecen condenados a convertirse, cada vez más, en cómplices frente a la invasión del silencio, clamando unidos en idéntico y fascinante naufragio”. Isabel Muñoz no zozobró en la extensión desolada de ese naufragio social y moral; al contrario, fue penetrando en él con una obstinada determinación, hasta adentrarse en el corazón mismo de las sombras.

Se le podría reprochar que haya elegido este espejo deforme del género humano, de nosotros mismos, ese arrasamiento moral que impregna las pieles, las miradas de estos jóvenes delincuentes en el centro de sus vidas torturadas. Pero la oscu-



Isabel Muñoz en uno de los corredores de la prisión de Ciudad Barrios.

ridad ha sido siempre compañera de las artes, la de los propios artistas y la de los asuntos trazados por la paleta, el cincel o la cámara. En la geografía del mal que se va espesando en estos retratos perturbadores de los miembros de la Mara, creemos percibir todo lo que de monstruoso y nauseabundo nos habita. Quizás por eso nos estremece la contemplación de estas miradas, porque sentimos su amenaza, su acusación y su súplica. El retrato es un género en el que se bordea, más que en ningún otro, el riesgo del albur y la imprevisión. Porque nada hay más tornadizo que un retrato, en el que fotógrafo, si es honesto, se deja siempre algo de sí mismo, de lo que conoce e ignora de sí mismo. ¿Cómo retratar a estos delincuentes sin arriesgarse a zozobrar, a precipitarse por las pendientes de la complacencia? Al fin y al cabo, ¿debe el fotógrafo detenerse ante las puertas de las peniten-

ciarías, de los pudrideros sociales, de la locura y del crimen? Es éste, probablemente, uno de sus riesgos mayores. Entre la crueldad del que se siente observado y la piedad del que observa, atrincherado tras las cámaras, se extiende un territorio de inabarcable vastedad. Con los elementos hallados en esa inquietante extensión de lo oculto, puede el fotógrafo ir trazando una suerte de azarosa belleza, por más que ésta se encuentre en las simas más atroces de la realidad, en su orilla más oscura y sepulta. Sería éste, a mi juicio, uno de los méritos mayores de Isabel Muñoz, que ha conseguido atrapar el mundo contrahecho y espeluznante de la violencia⁷, sin hacer de él ni apología ni vituperio. No debe buscarse en sus retratos la huella de una militancia, de un compromiso que no sea con la propia fotografía, con la realidad que las imágenes nos desvelan, con la necesidad de trasladar esa verdad y entregarla como un legado moral y artístico a la sociedad.

Isabel Muñoz ha realizado su trabajo con la humildad de los maestros, desde un impulso fieramente humano, con curiosidad y respeto, con piedad, con cierta fascinación también, tan propia del hombre, de ese animal obstinadamente empeñado en demostrarse a sí mismo que es el más dañino de los que ha puesto Dios sobre la tierra. El infierno está ahí, nos advirtió Giacometti; el infierno son los otros, nos aseguró Sartre. Sólo habría que escudriñar en los rostros perpetuados por Van Gogh, Picasso, Freud, Bacon, el propio Saura, en el sobrecogimiento que nos transmiten las pinturas negras de Goya, en la crispación de las miradas coleccionadas por Diane Arbus, en la mórbida obscenidad de las creaciones neopictorialistas de Joel-Peter Witkin, para advertir que es cierto. En los rostros tatuados que nos enseñan los retratos de Isabel Muñoz, cruzados por las líneas de la muerte, percibimos también la cercanía del infierno. Isabel Muñoz nos lo ha sabido mostrar. Con delicadeza, con pasión, pero también con compasión.

“No existe criatura tan pequeña y tan vil –nos dijo hace más de medio siglo, Tomás de Kempis–, que no nos muestre la imagen de la bondad de Dios”. No he traído aquí por casualidad estas palabras, que no sólo anunciaron un sentido del cristianismo más misericordioso, sino que abrieron de par en par las puertas a la valoración de lo humano, tan decisiva en el arte de nuestro tiempo. Desde el Renacimiento, los grandes artistas han sido deudores de este elogio del individuo, incluso de aquél más cruel, de los victimarios más feroces, como los que nos muestran los retratos de Isabel Muñoz. “Ya no voy a detenerme –ha afirmado la fotógrafa–. Cada día mi fotografía se va a teñir más con lo social”. Los que conocemos bien el trabajo de esta peregrina de la belleza que ha ido dejando la huella de su exquisita mirada en todas las geografías de la tierra, sabemos que es cierto. Basta con sentir el latigazo visual de estas imágenes, la perturbación que nos provocan, la alarma de nuestra propia mirada al contemplarlos. Lo visible, en ellas, deja de estar al servicio de lo inteligible. En pocos trabajos como en éste se hace tan verdadera la afirmación de Berger, según la cual lo aparente nos recuerda que el arte nos introduce a menudo en un universo en el que corremos el riesgo de naufragar. Contemplamos estos rostros inquietantes, de alimañas heridas, la telaraña tatuada de los cuerpos, los miles de puntos sellados en la piel que van armando una siniestra iconografía de calaveras, cruces

No debe buscarse en sus retratos la huella de una militancia, de un compromiso que no sea con la propia fotografía, con la realidad que las imágenes nos desvelan, con la necesidad de trasladar esa verdad y entregarla como un legado moral y artístico a la sociedad.

gamadas, ojos refulgentes, vírgenes violadas por el Maligno, pero difícilmente alcanzamos a entender lo que están tratando de decirnos, al margen del escalofrío que nos transmiten. Y es éste, si bien se mira, uno de los componentes más inquietantes de estos retratos, que nos conducen a una sensación de desconcierto, cuando lo que deseáramos sería comprenderlo todo, controlarlo todo. Porque si algo necesita el hombre son certezas; las busca obsesivamente, se hunde en la aflicción si, como en estos retratos turbadores, no las encuentra.

Isabel Muñoz no sólo nos ha mostrado la tiniebla siniestra de los rostros, sino el mismísimo currículum violento de los miembros de la Mara, su fe de vida criminal, el inventario de su insania que certifican los espantables tatuajes que se extienden, enramados, por la geografía de su piel, como flores del mal enraizadas en la carne: celdas, dragones de flamígeras fauces, lágrimas de sangre, el rostro de un cristo inmisericorde, pájaros de ojos penetrantes, las infinitas punzadas negras que componen una siniestra constelación de signos mimetizados en los muros y paredes de los patios, celdas y corredores. Sus fotografías nos enseñan también las calaveras, las serpientes, los arcángeles heridos, las cruces, las tumbas entrelazadas, las líneas cabalísticas trazadas por la aguja de un Luzbel pandillero, fronteras a la burla del Maligno, que invaden las manos, los brazos, la espalda, los párpados, el cráneo, la nariz, el cuerpo todo de los miembros de la Mara, hasta construir la oscura telaraña de sus vidas. Y nos ha mostrado también la muerte que adivinamos en sus ojos huidizos y desafiantes: la suya y la de sus adversarios, camaradas en el infortunio y en el crimen. Ahí, al otro lado de la vida, en las sórdidas mazmorras de El Salvador, la fotógrafa se ha acercado al corazón de la Mara. Su trabajo es mucho más que un excelente ensayo fotográfico, uno de los mejores de su autora. Es también un reportaje edificante, un gran fresco carcelario, crónica social, retrato moral y herramienta de incalculable valor antropológico.

Isabel Muñoz ha tenido el coraje moral de acercarse a estos delincuentes tatuados, víctimas y victimarios, que son ya percibidos por una sociedad amedrentada como los mismísimos hijos de Lucifer. Y lo ha hecho con extremada generosidad y misericordia. Tras largos años de apasionado ejercicio de su oficio, sabe ya que en la realidad está todo, que sólo es preciso creer en ella, armarse de atenta perseverancia para que se manifieste ante los ojos de los que buscan su secreto. Y sabe también que, cuando un fragmento, por pequeño que sea, de la realidad más enigmática nos es revelado, hay que atraparlo. Sin vacilaciones. Y es esto, precisamente, lo que ha hecho en las penitenciarías de El Salvador. Por eso nunca es grata la verdad a los poderosos, que tratan obstinadamente de ocultarla. Porque intuyen que su lado más oscuro, más siniestro y tenebroso, ha sido obra en buena parte de las fuerzas ocultas que rigen la vida de los hombres: de las que ellos mismos detentan y de aquellas, inaccesibles, de las que son simples vicarios. Sólo por esto habría que agradecerle a Isabel Muñoz su trabajo, habernos permitido penetrar con ella en el infierno, acercarnos al universo insoñable de la Mara y ponerlo ante nuestros ojos incrédulos y horrorizados. Porque ahora ya sabemos, nosotros también, que todo aquello que se oculta, que se encubre, acaba convirtiéndose en olvido.■

maras en las cárceles













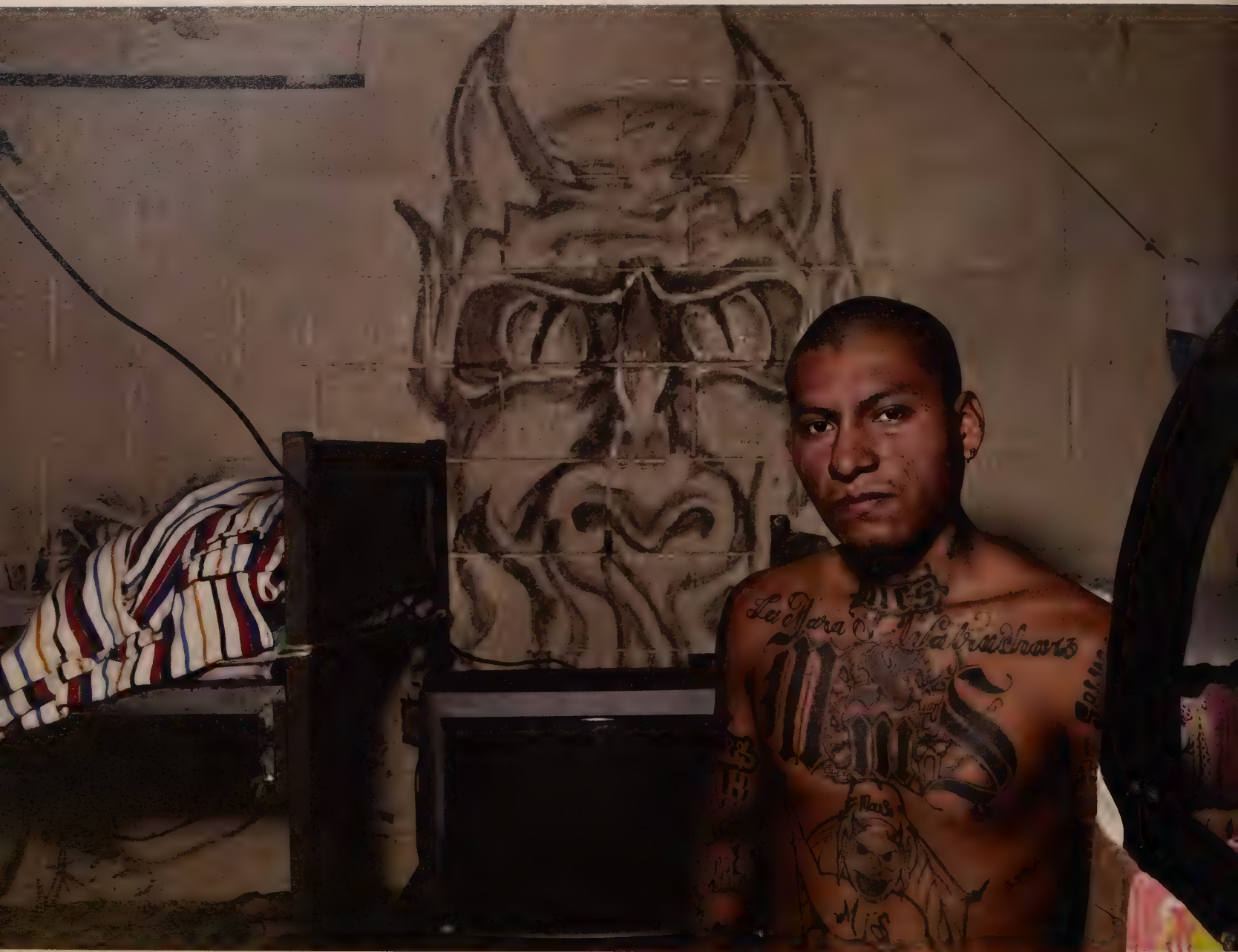












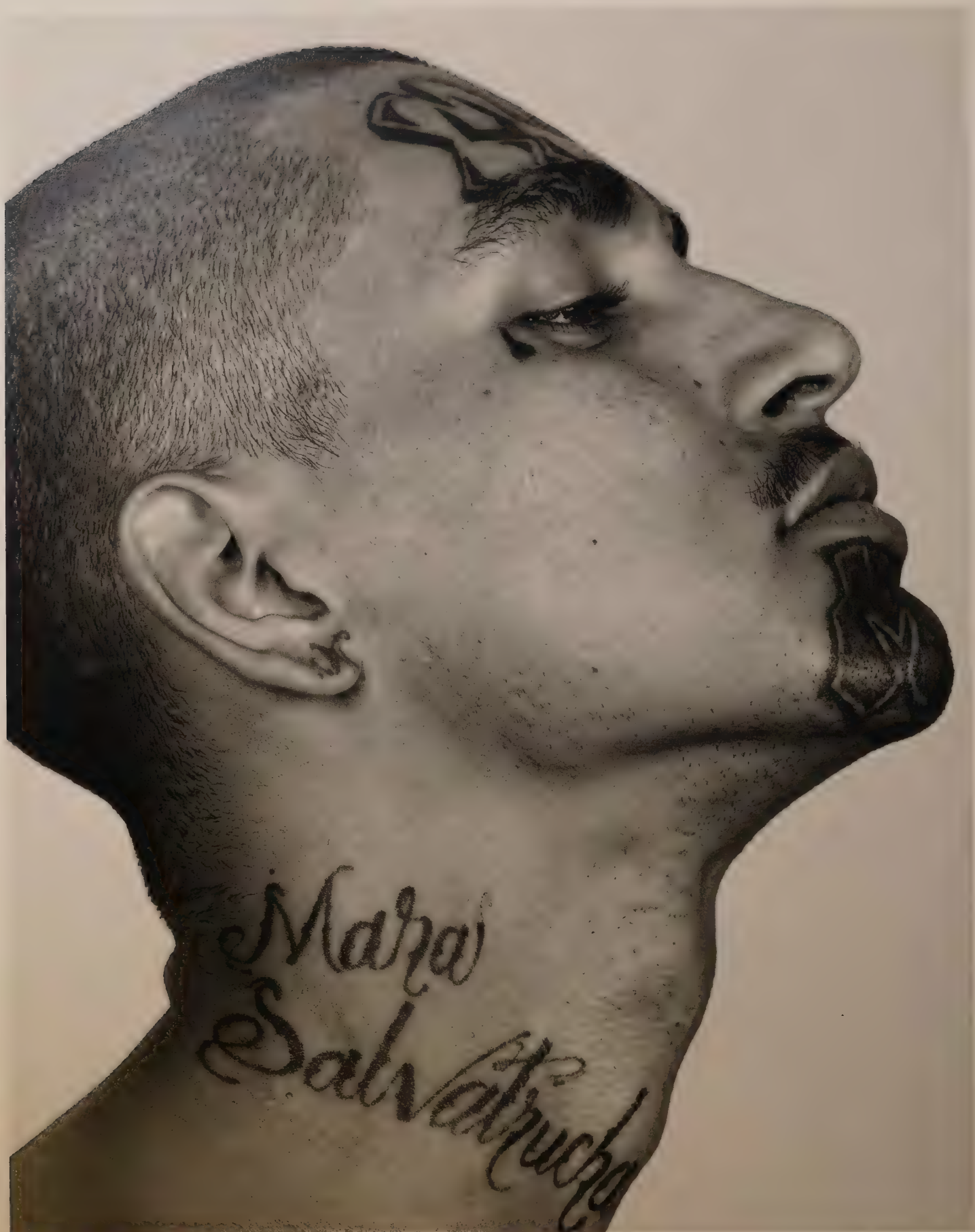


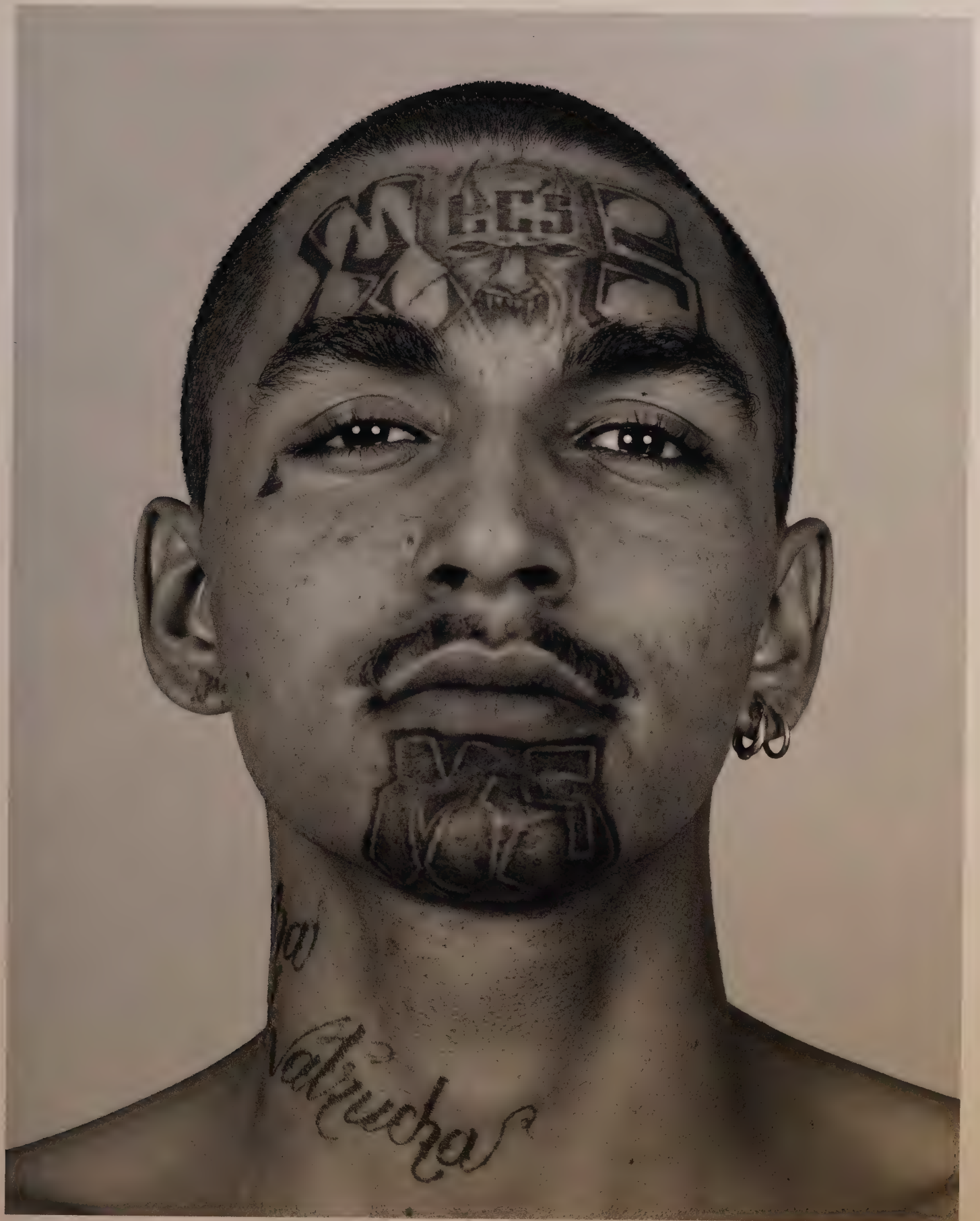
retratos

Estos retratos han sido realizados por Isabel Muñoz en las prisiones de Ciudad Barrios, Sensuntepeque y Zacatecoluca, durante las dos últimas semanas de febrero, la primera de marzo y las tres primeras de mayo de 2006.





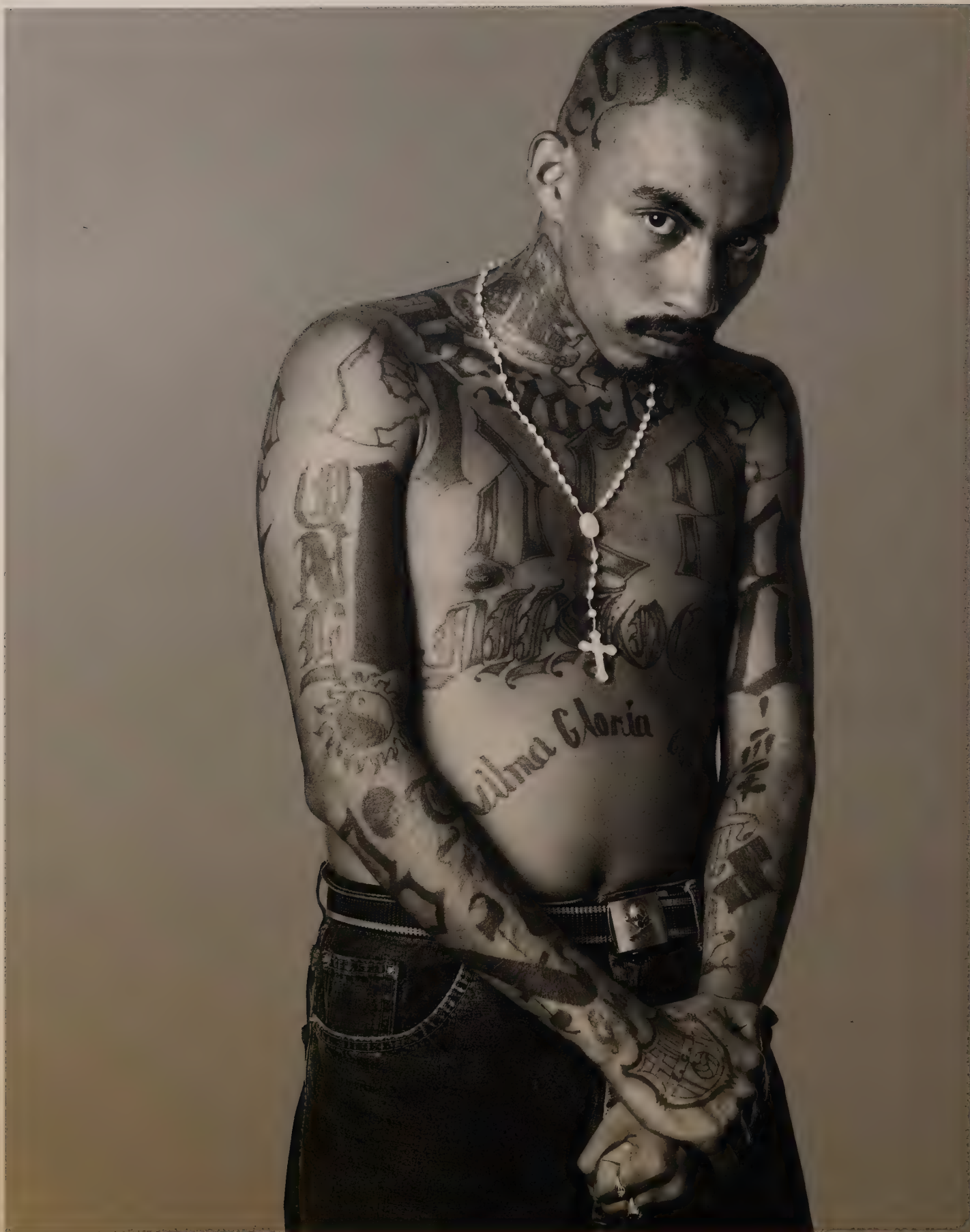












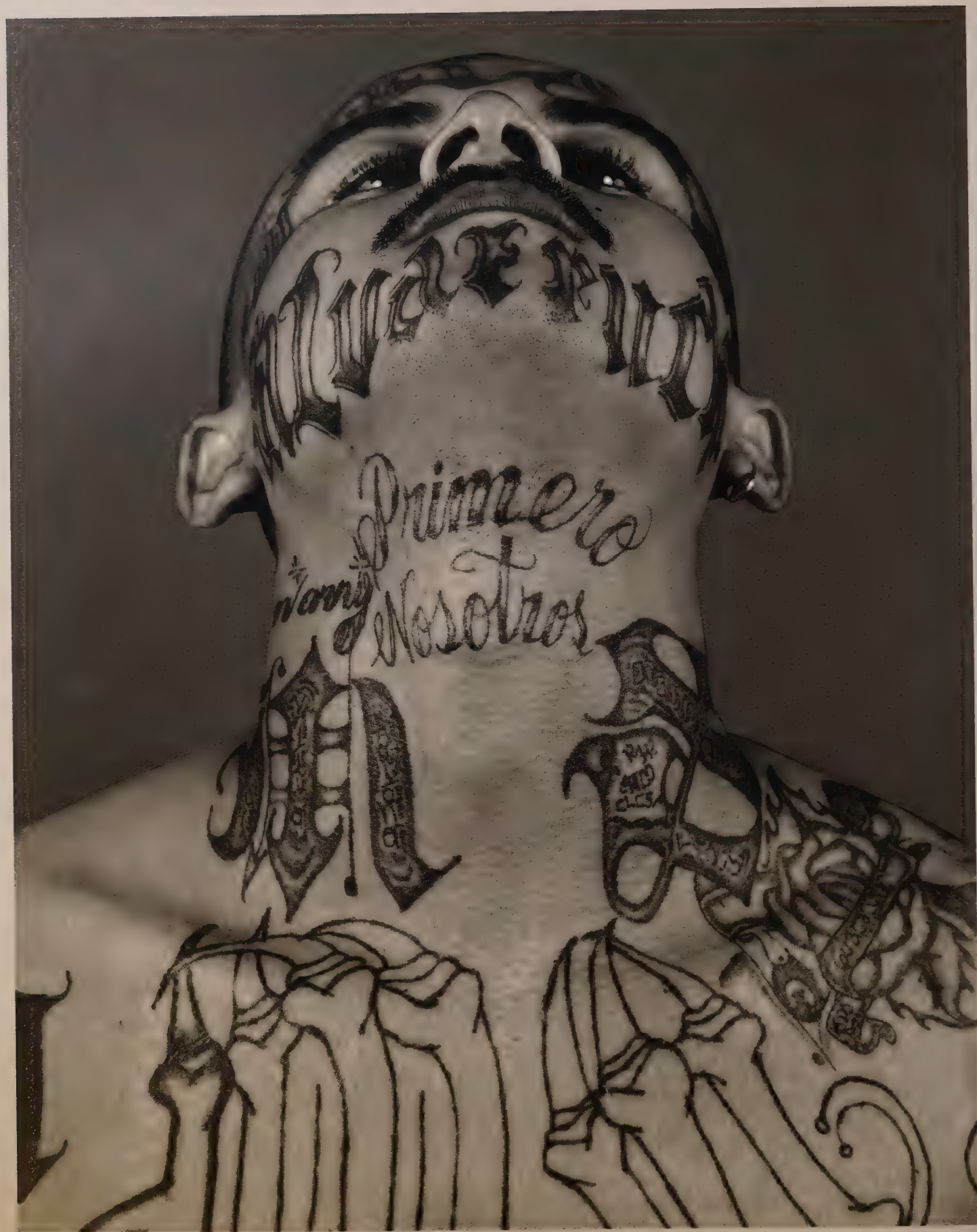














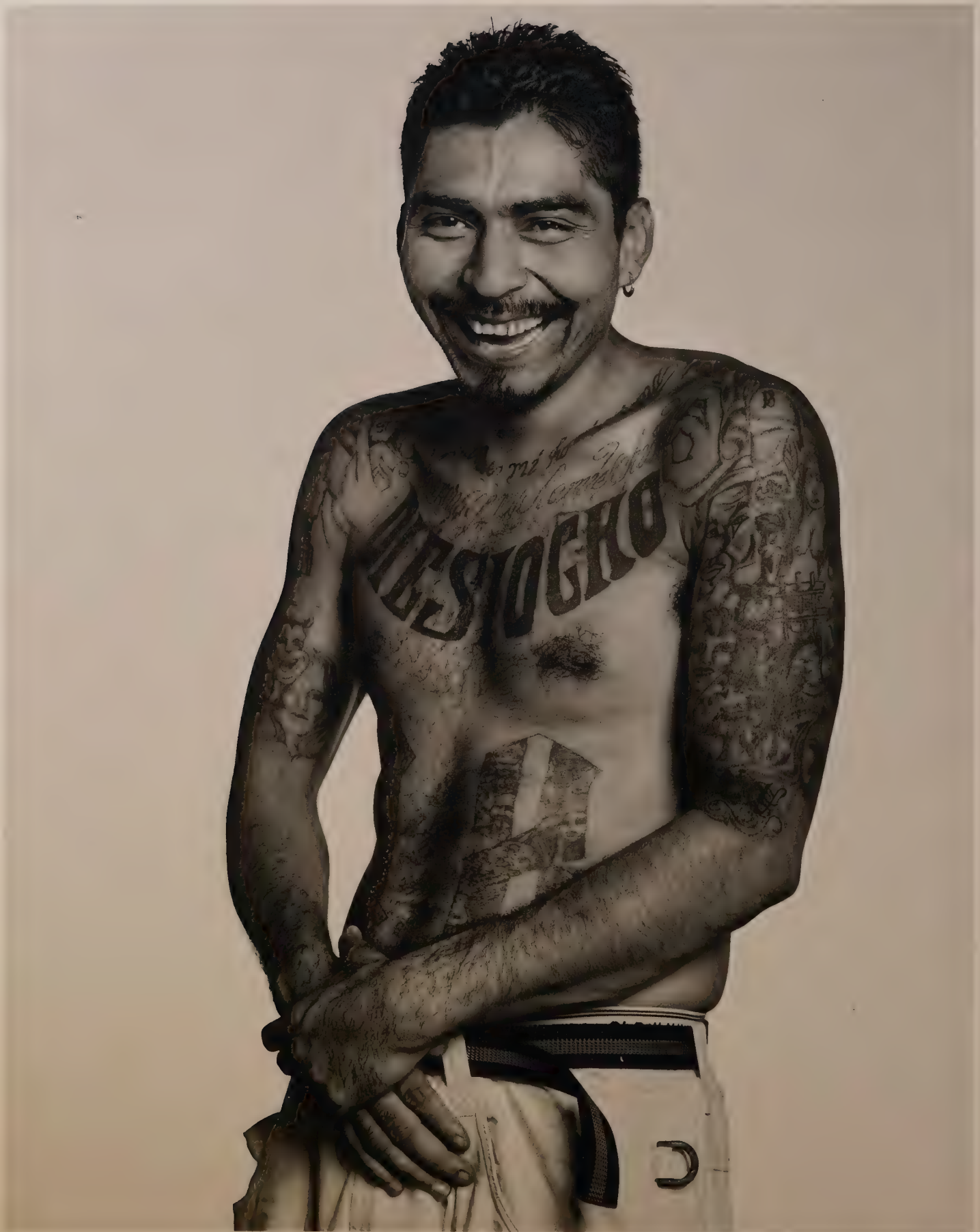


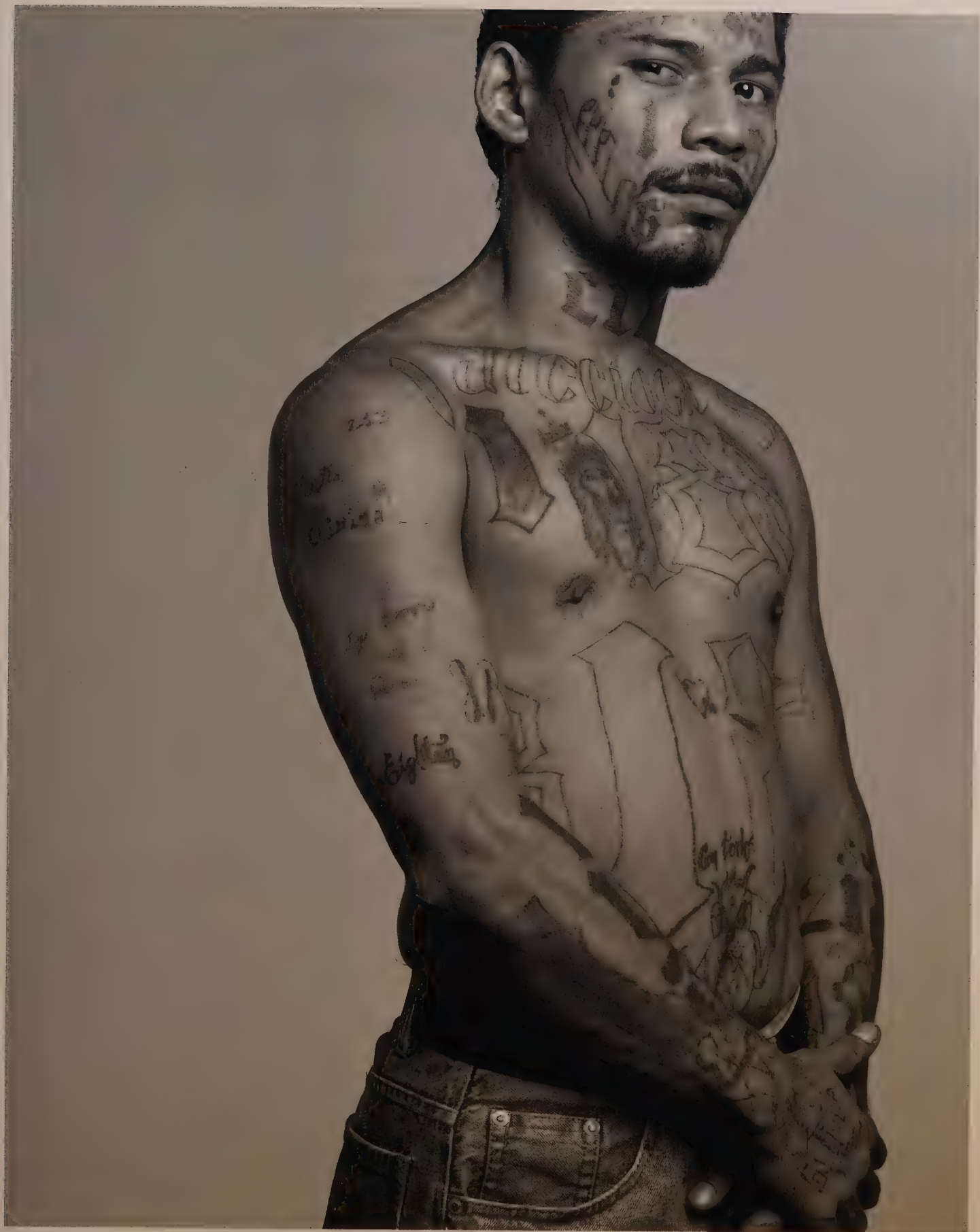


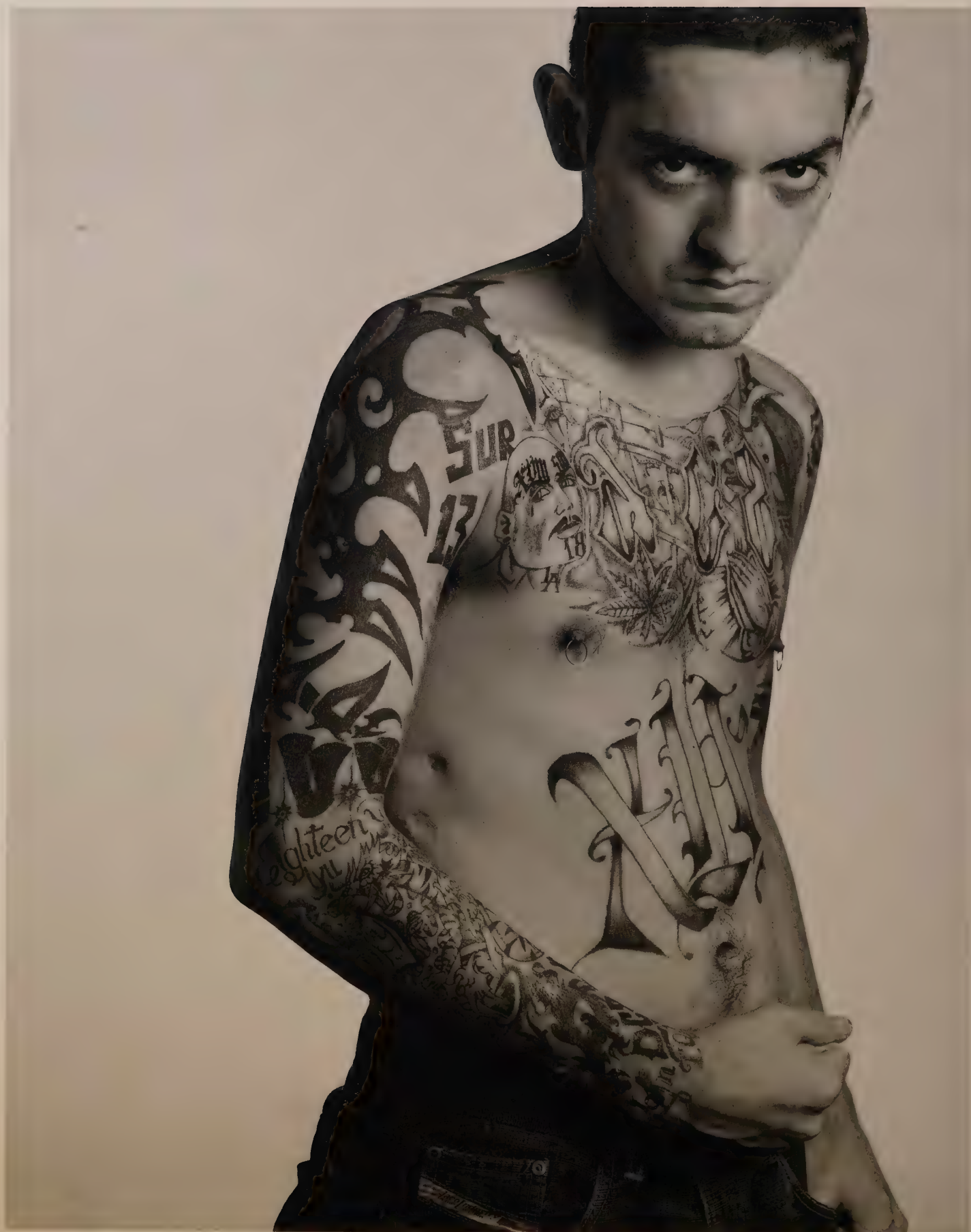


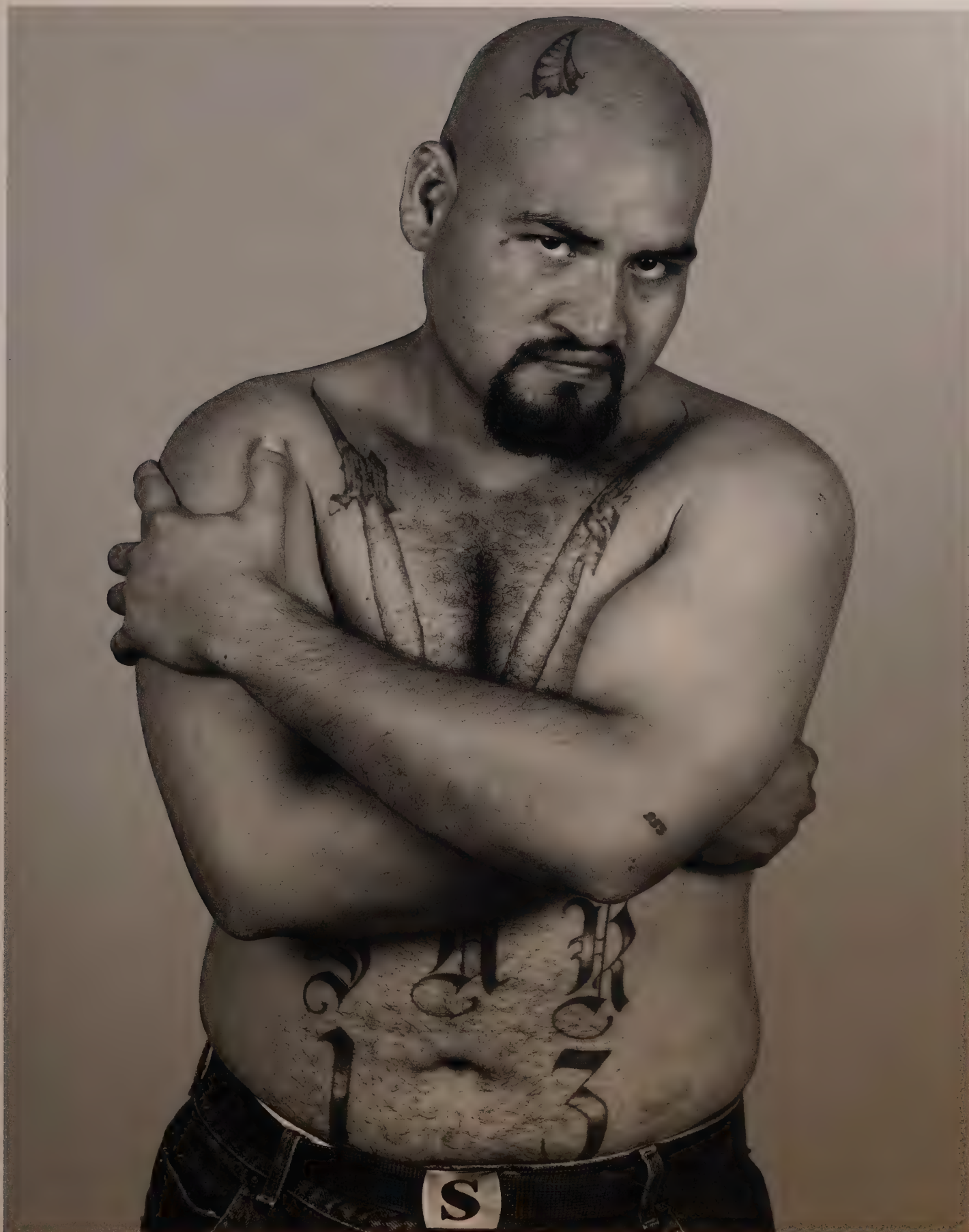






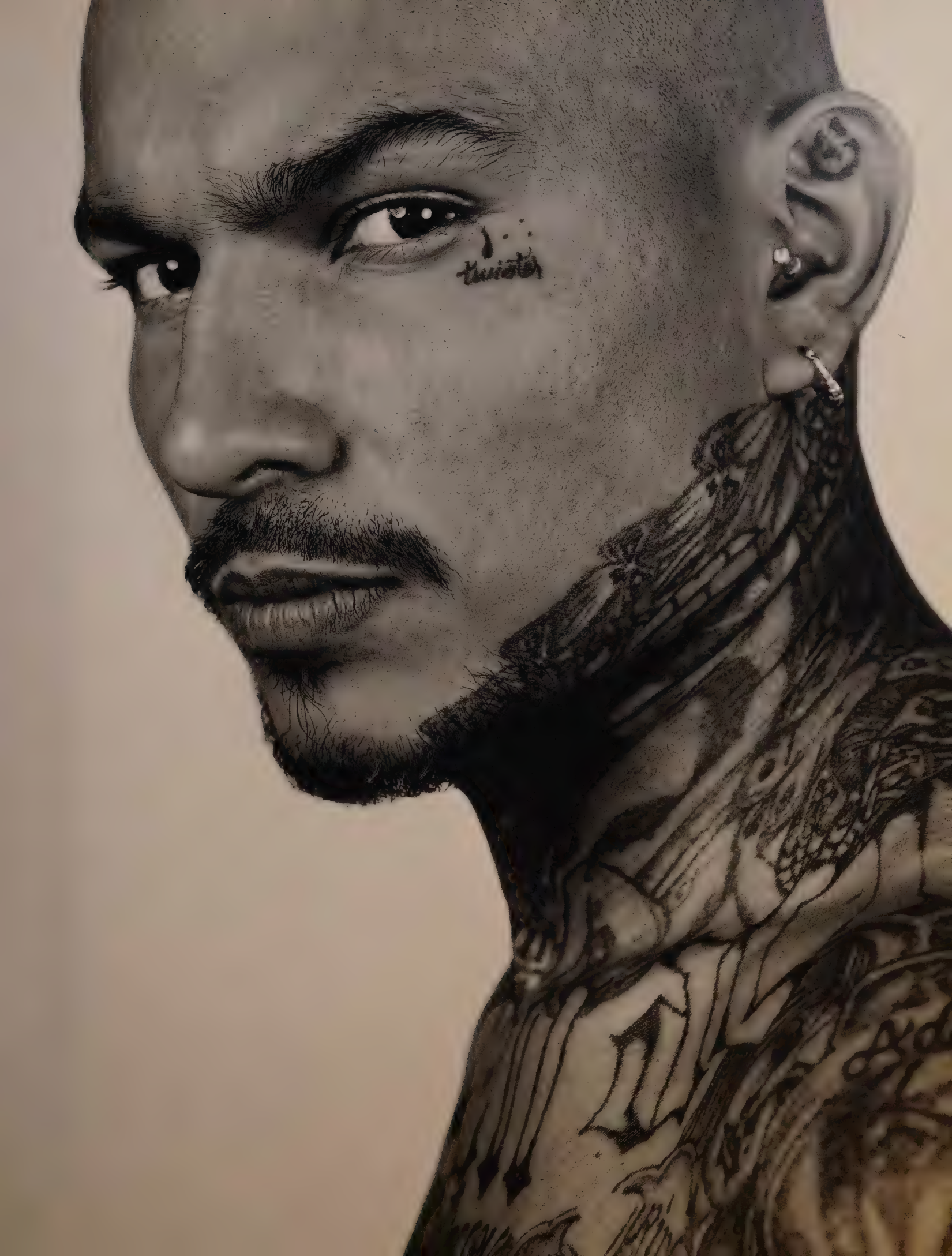








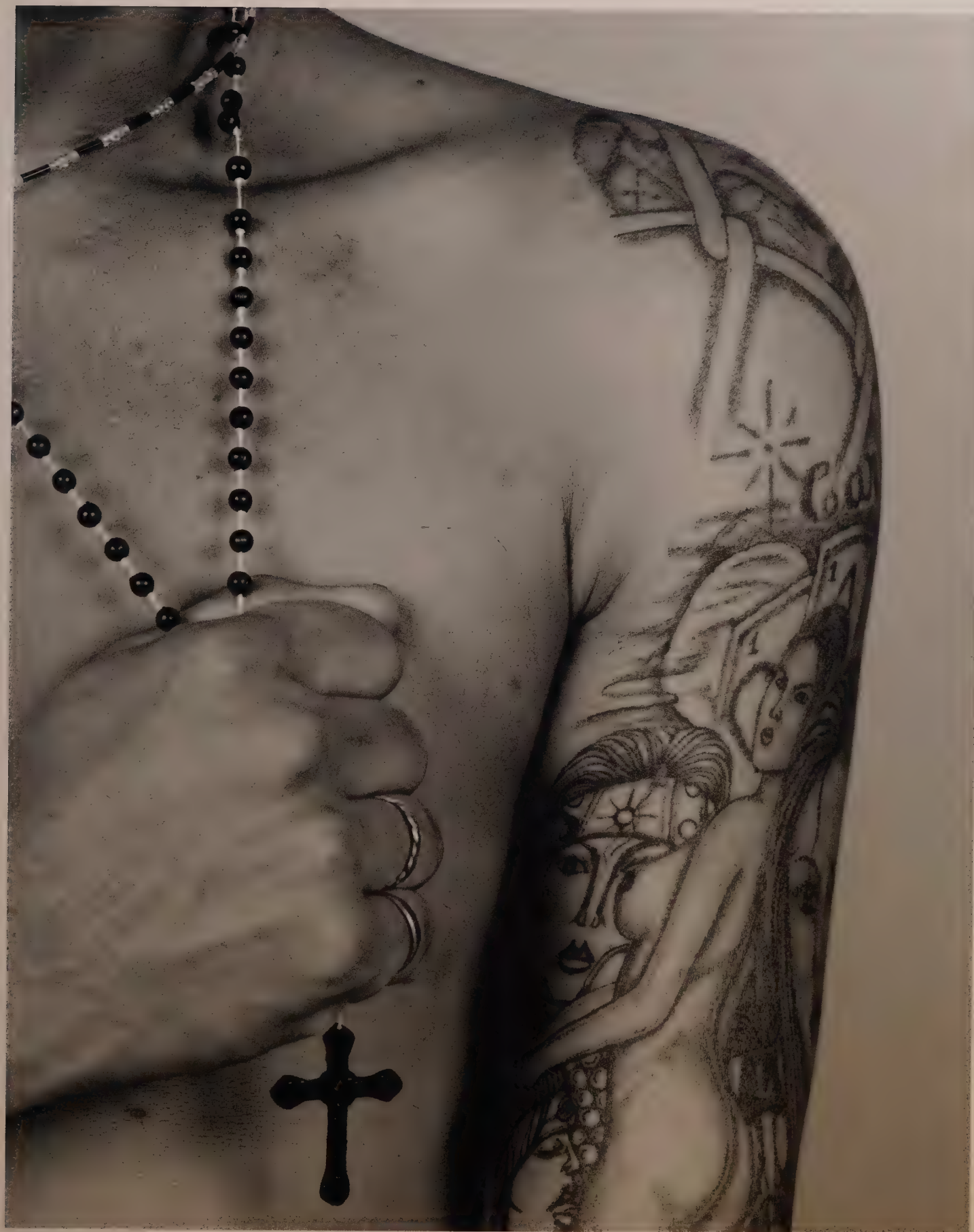














RTP
MANHCO
22'S

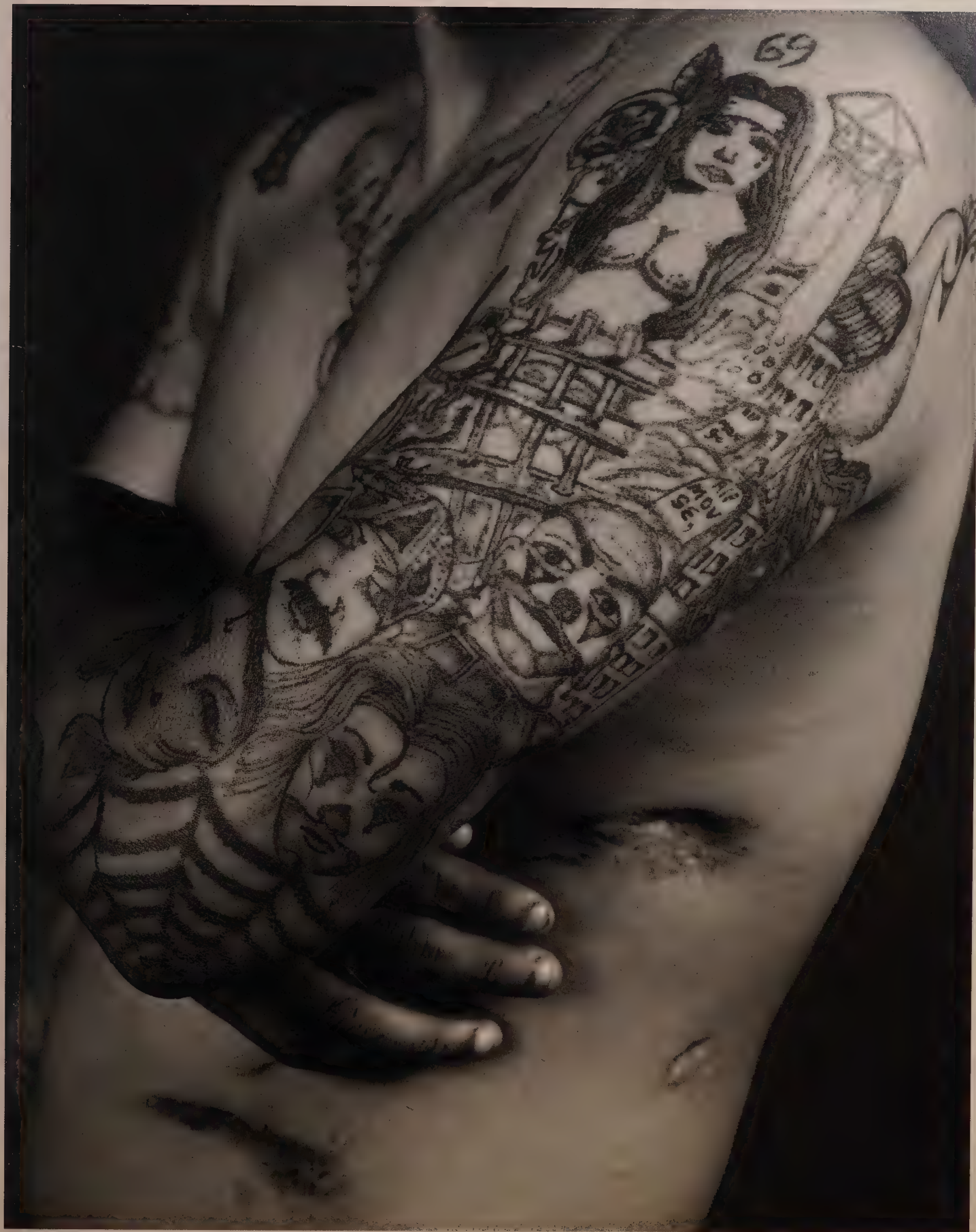
RIP
LEONARD

RIP
LEONARD



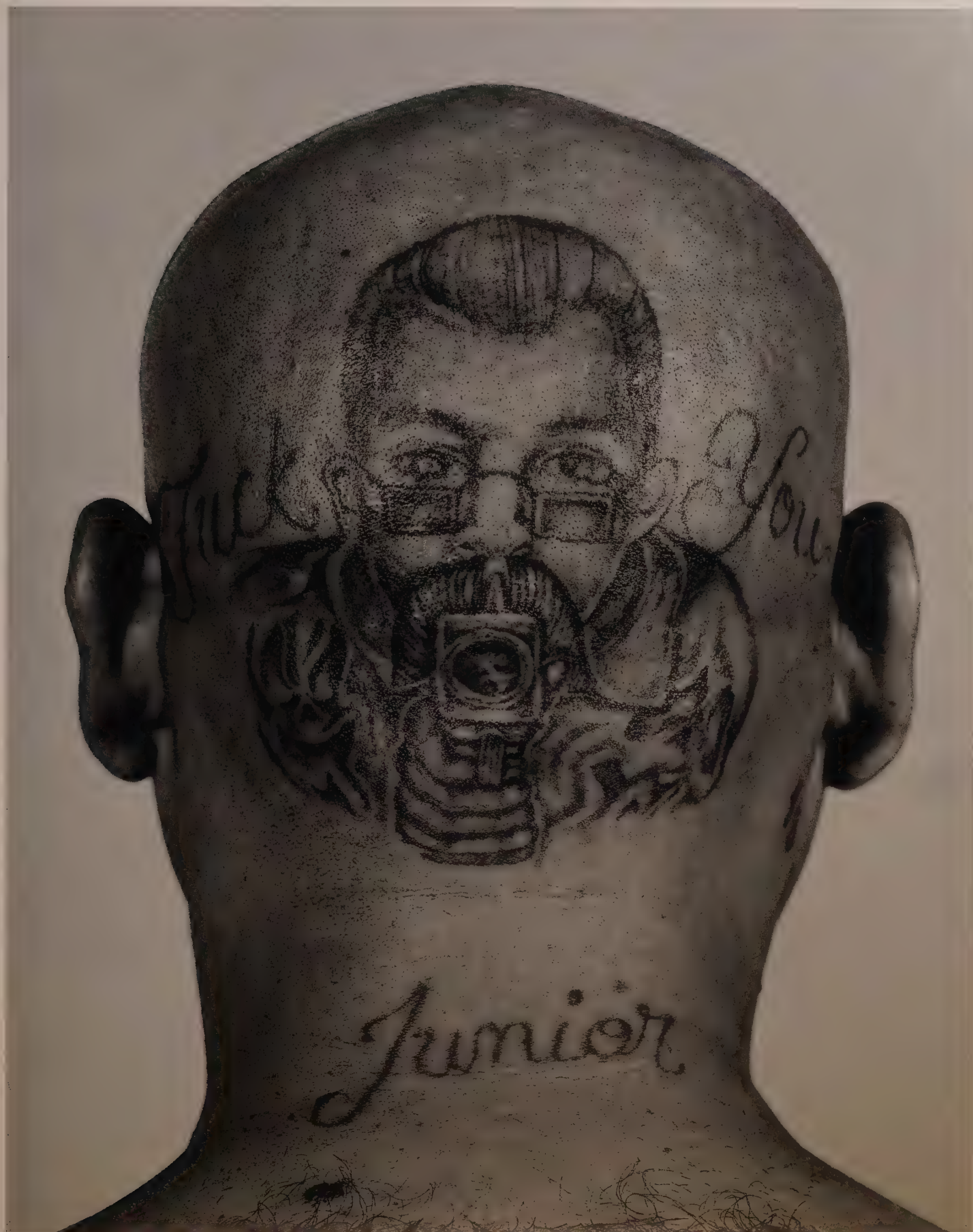


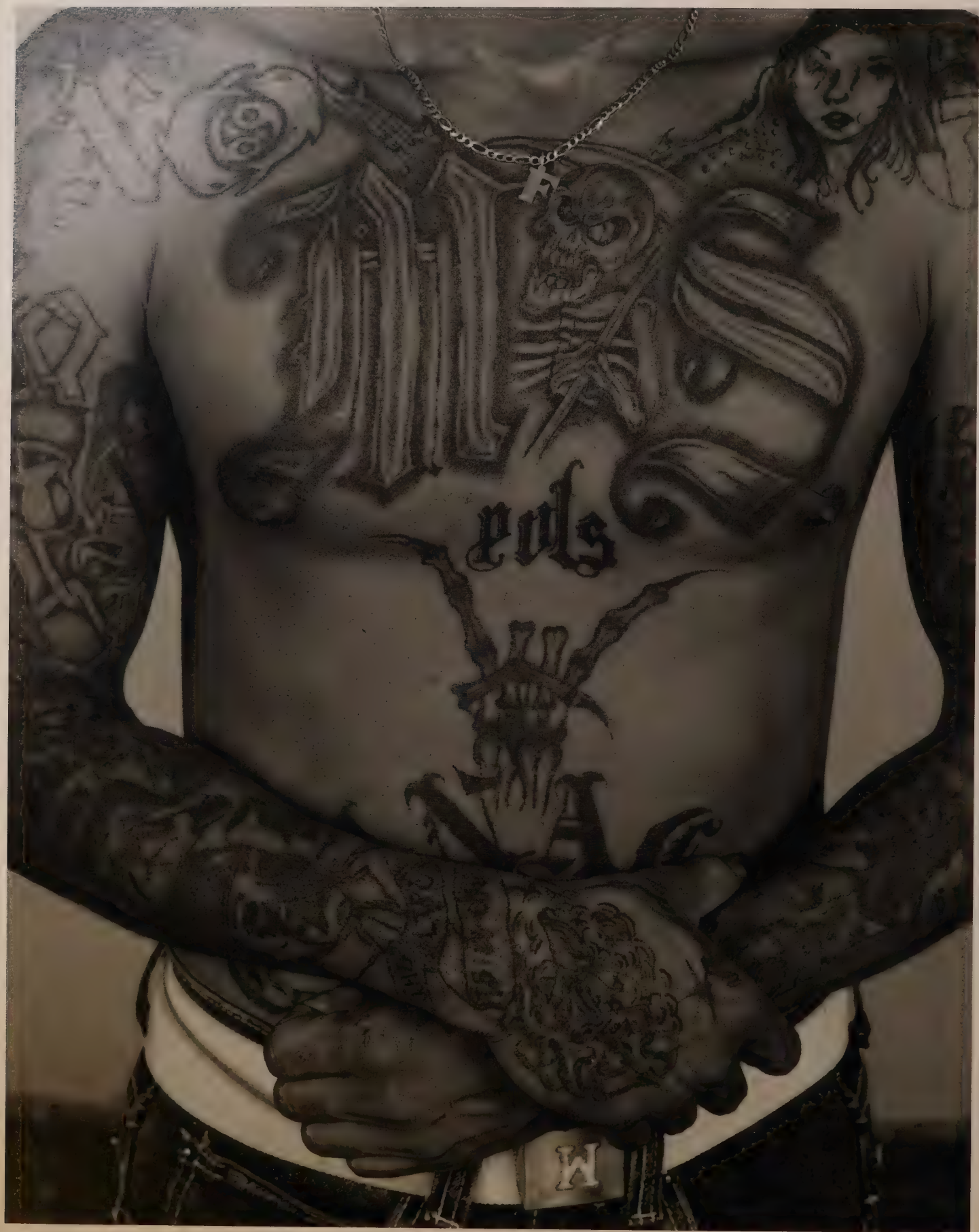


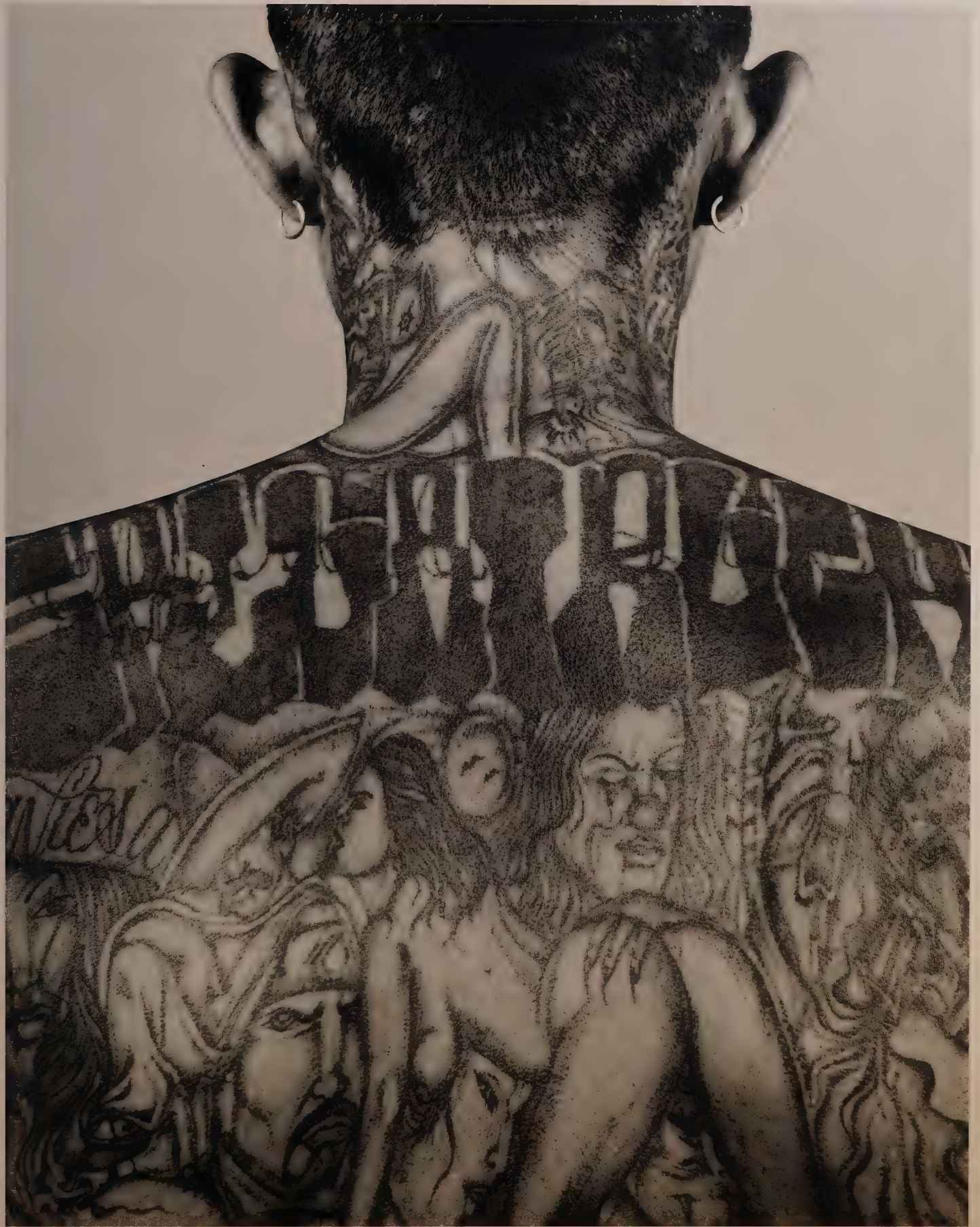




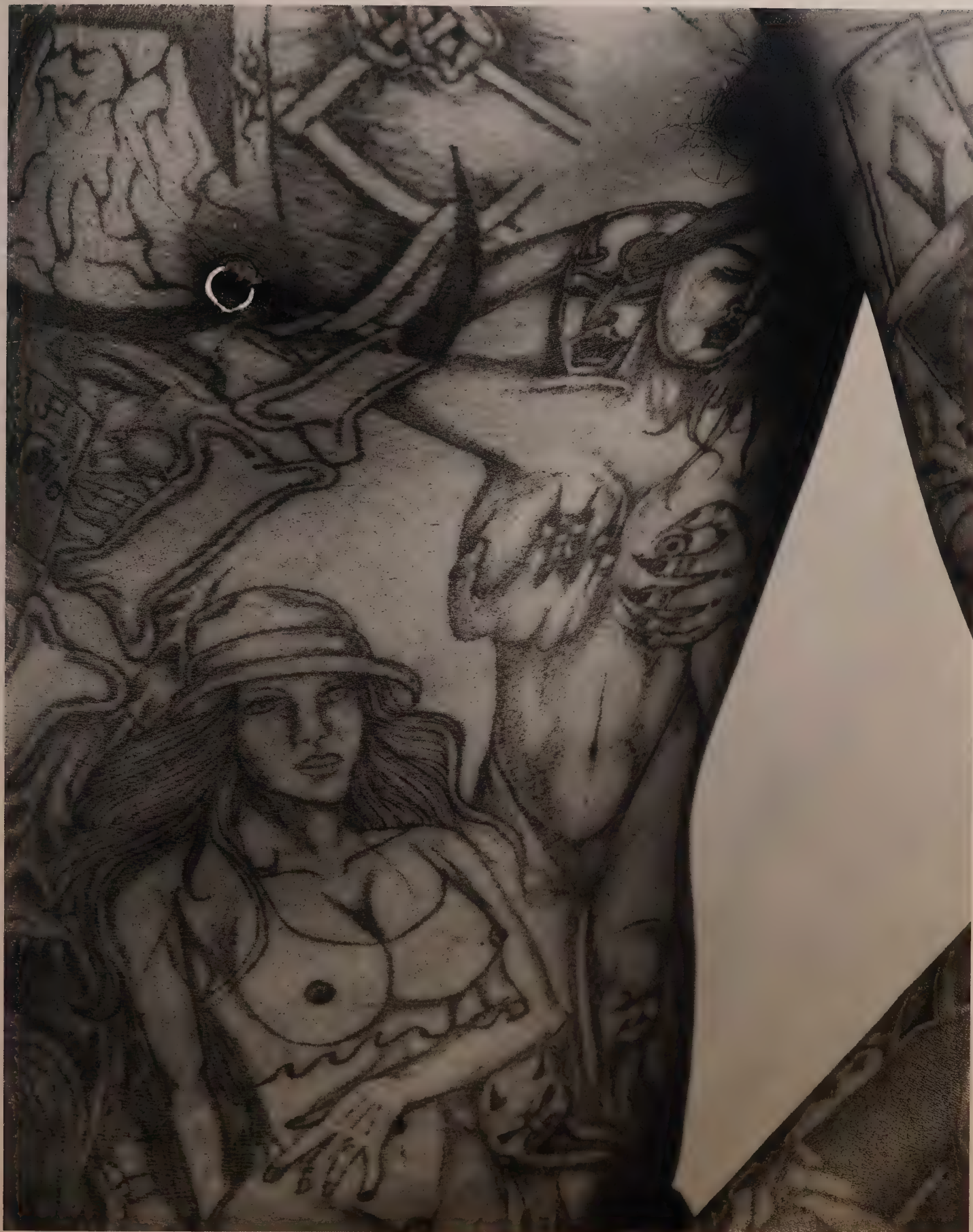




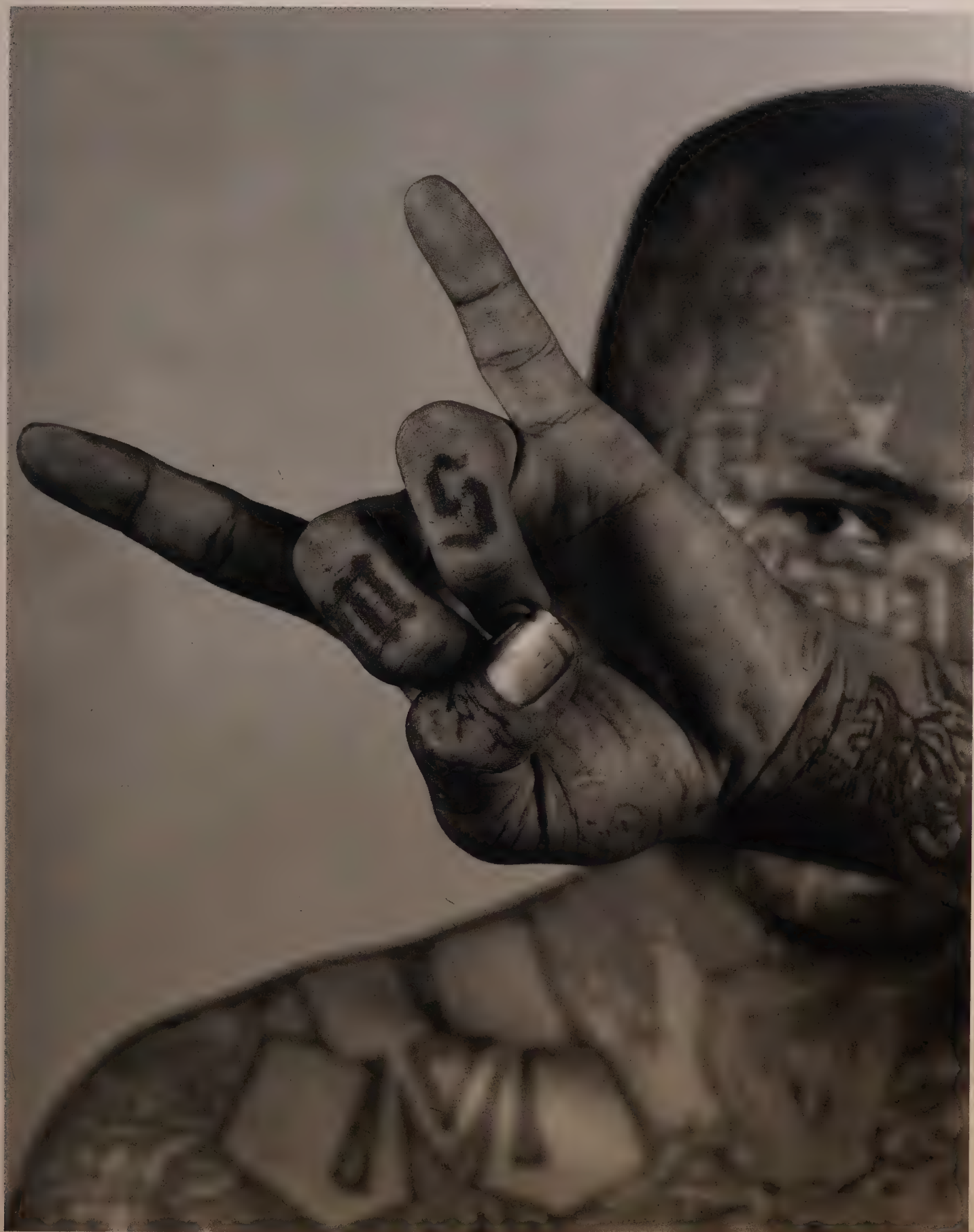




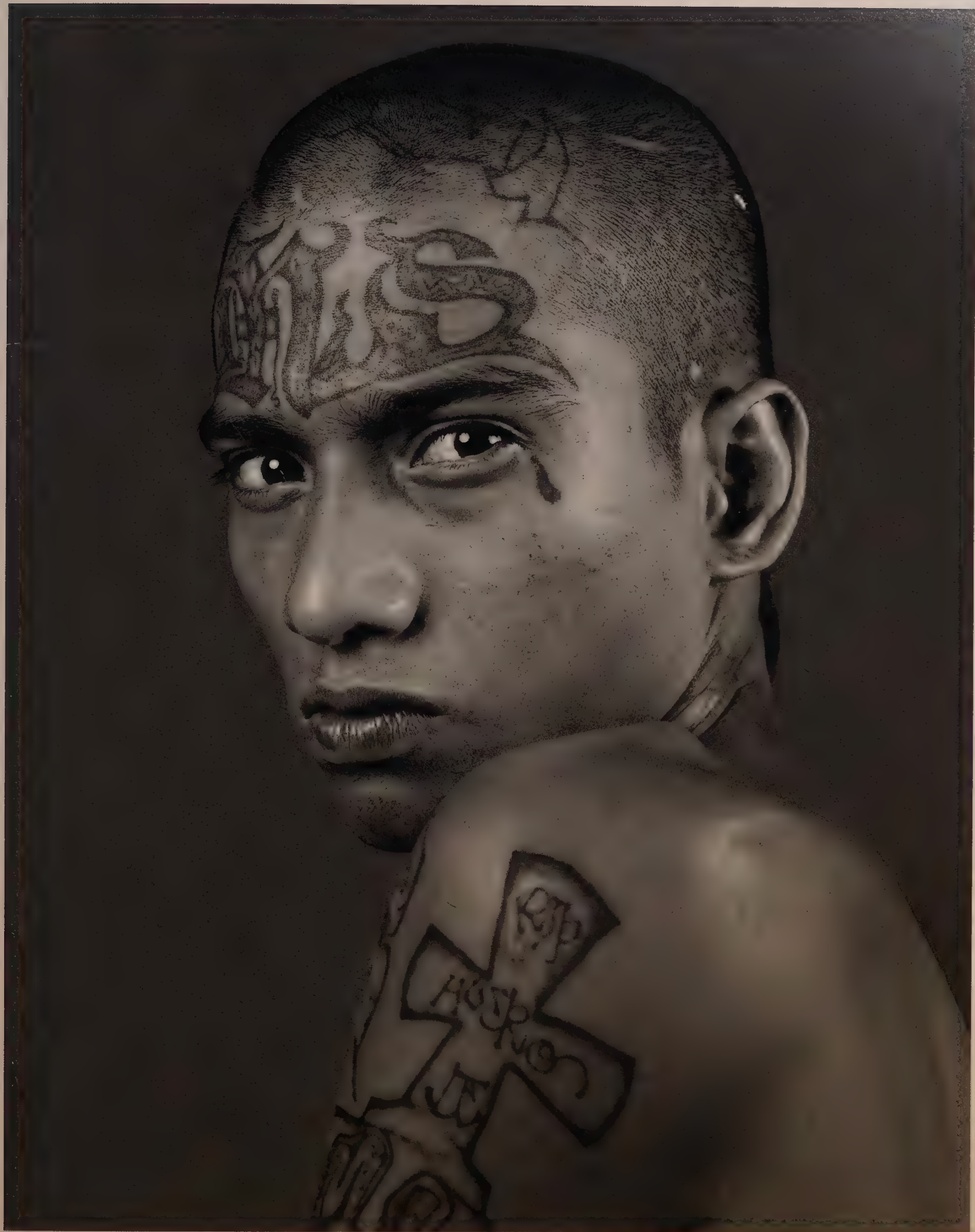


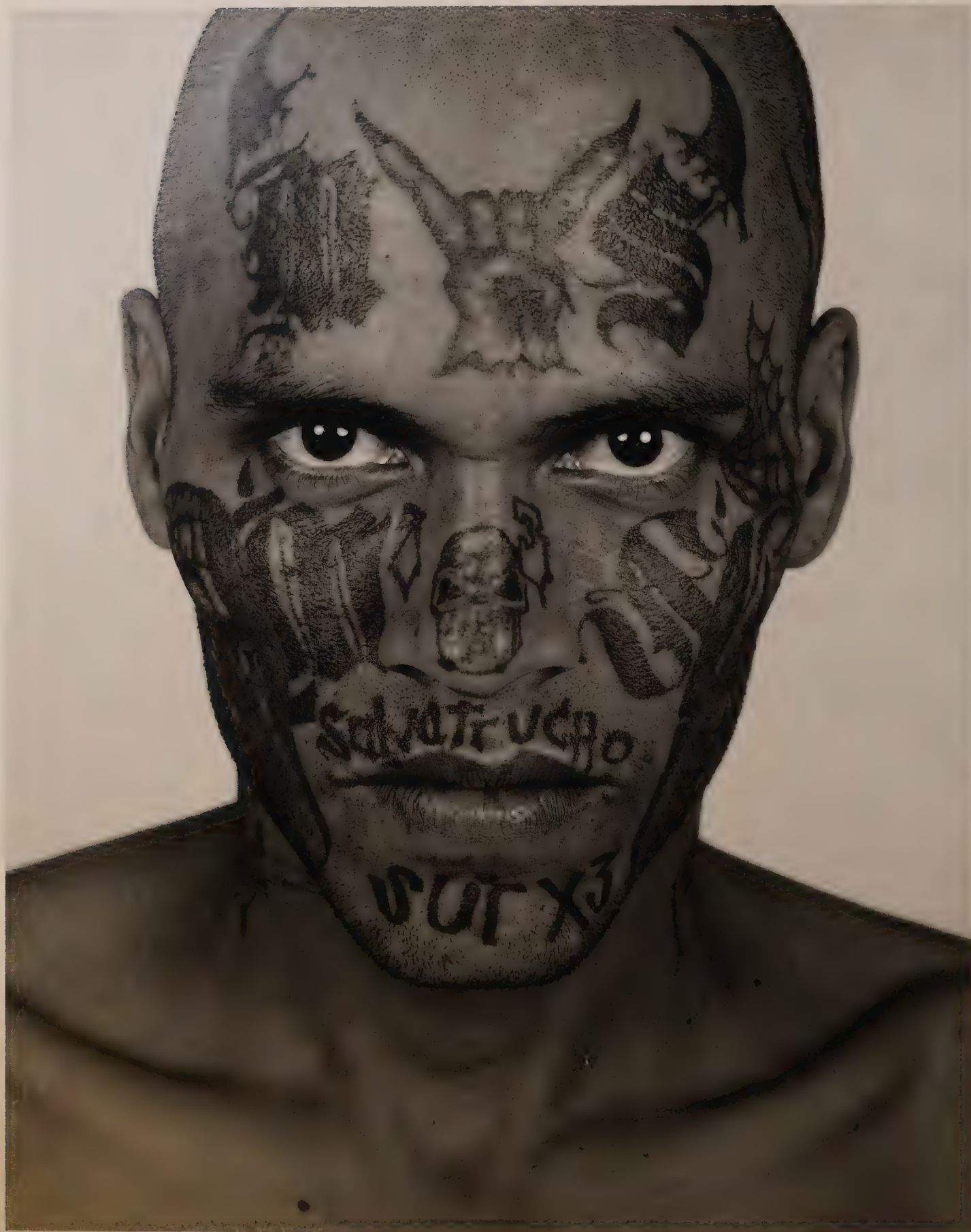


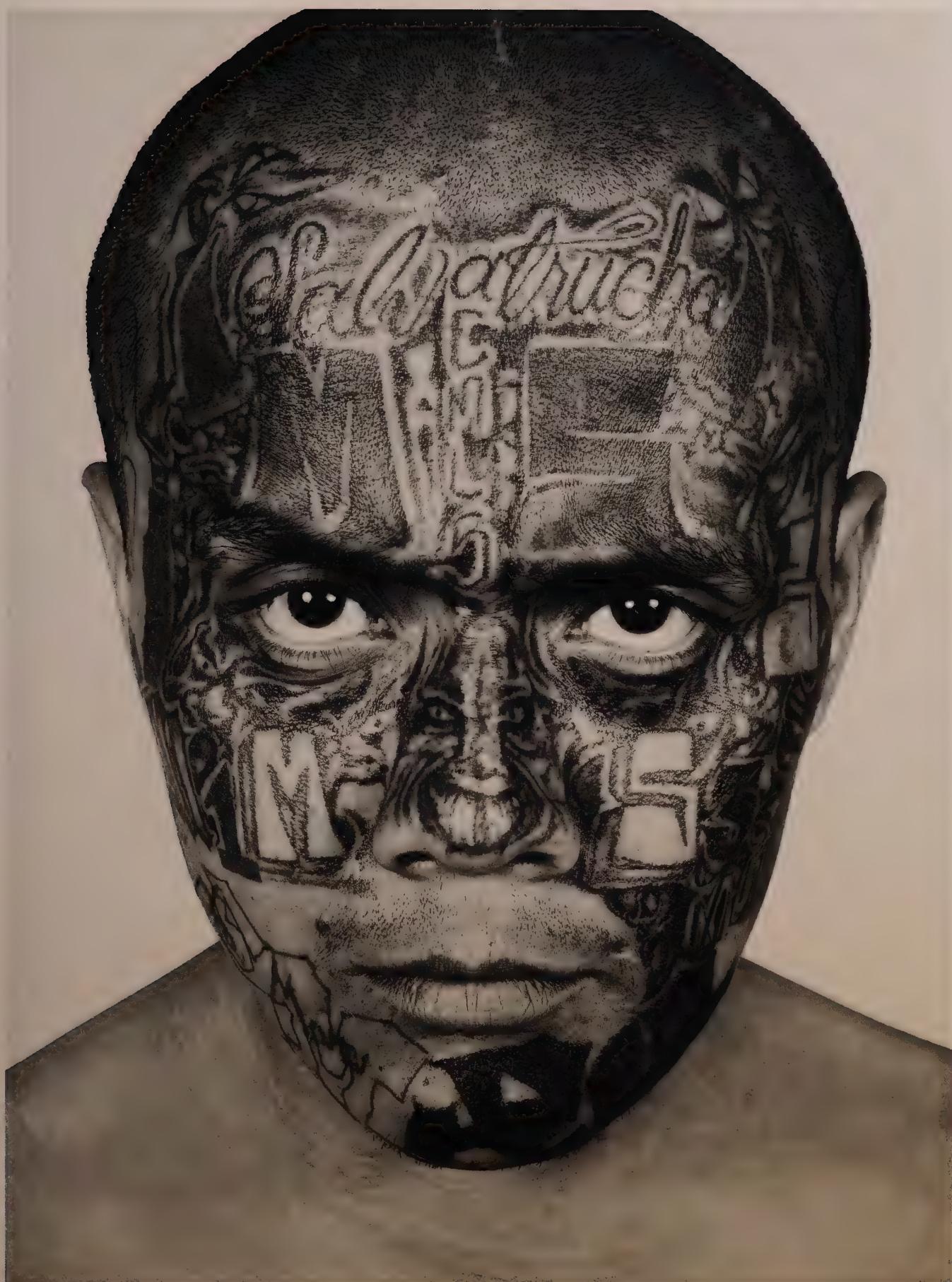


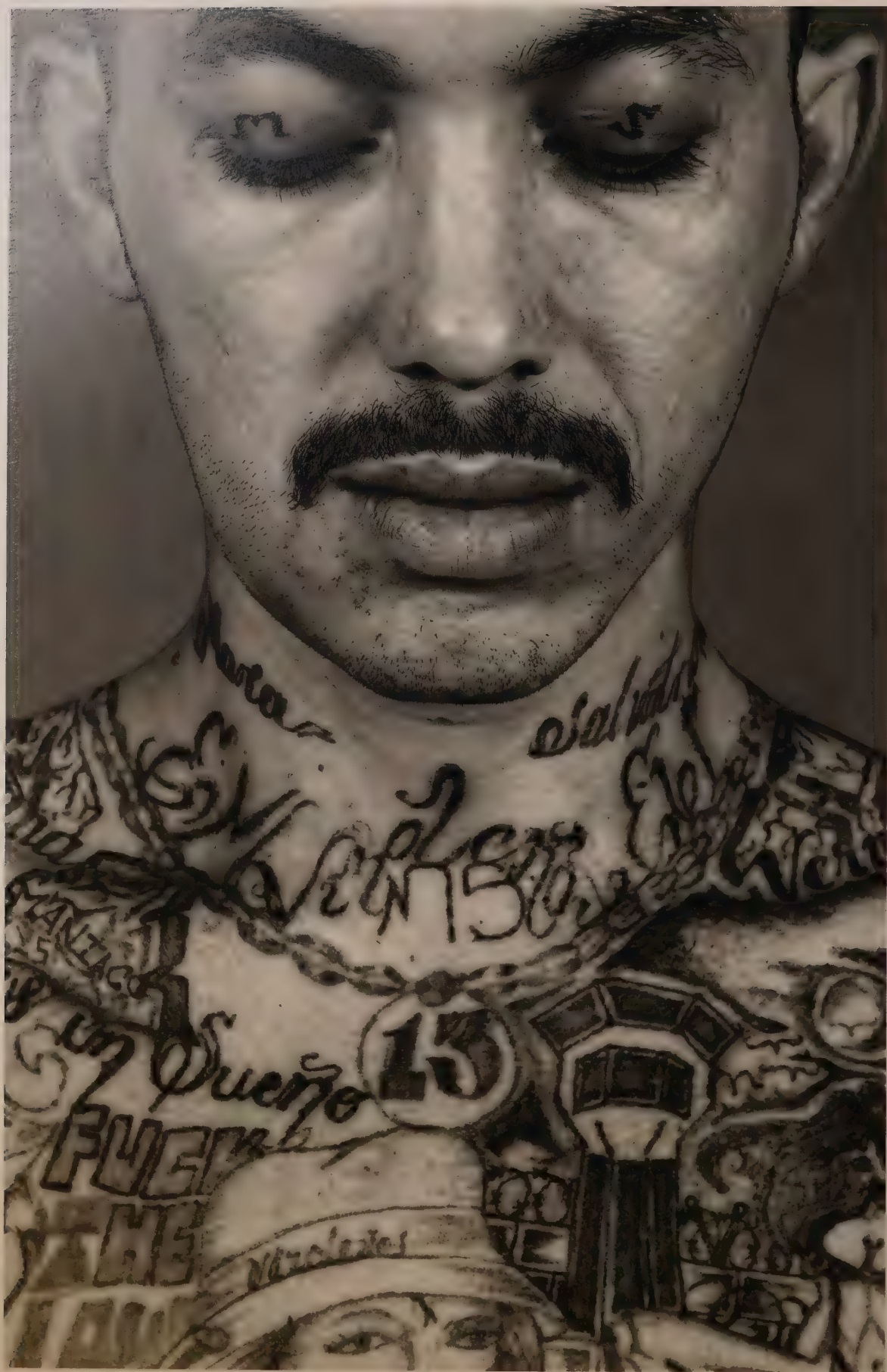


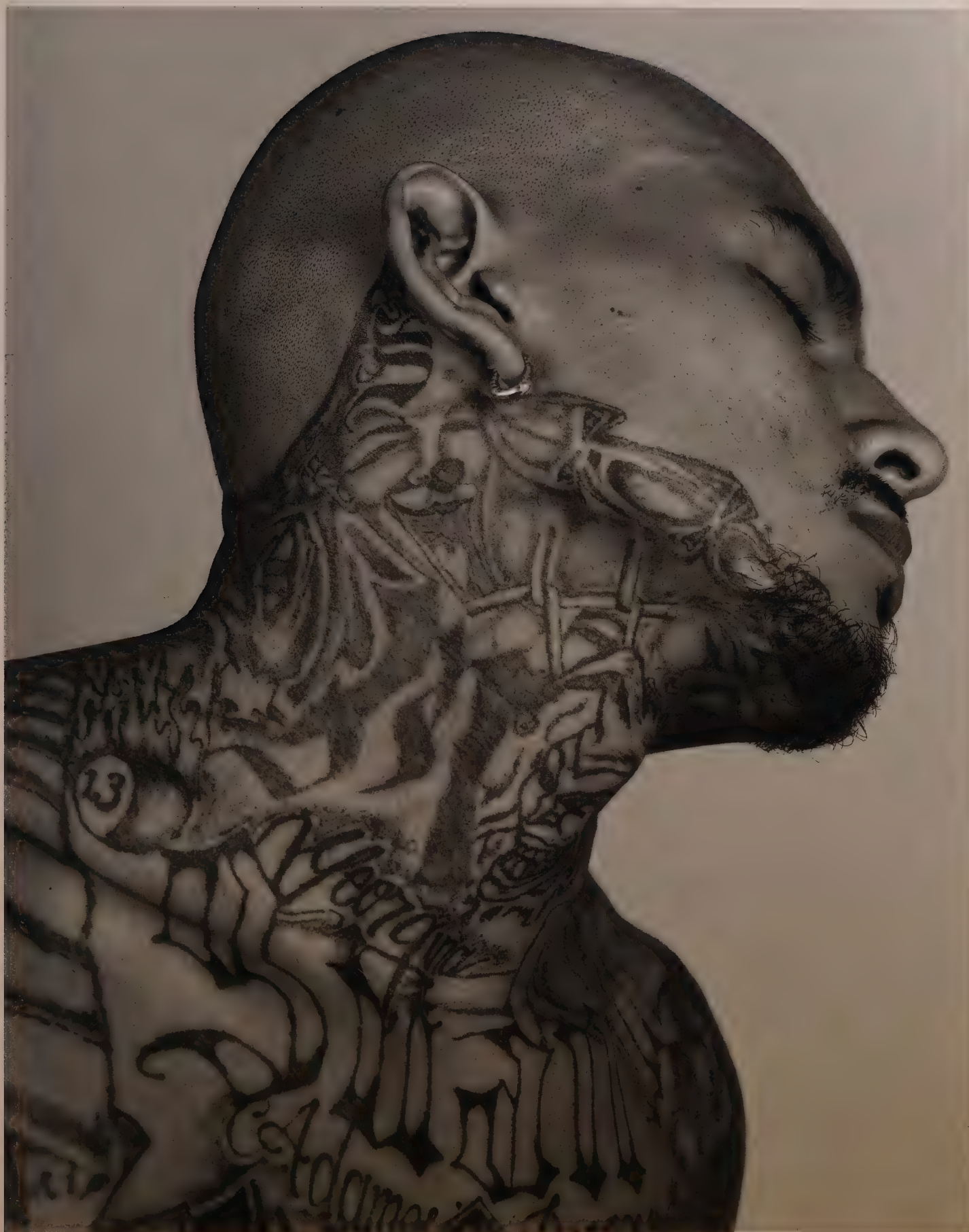


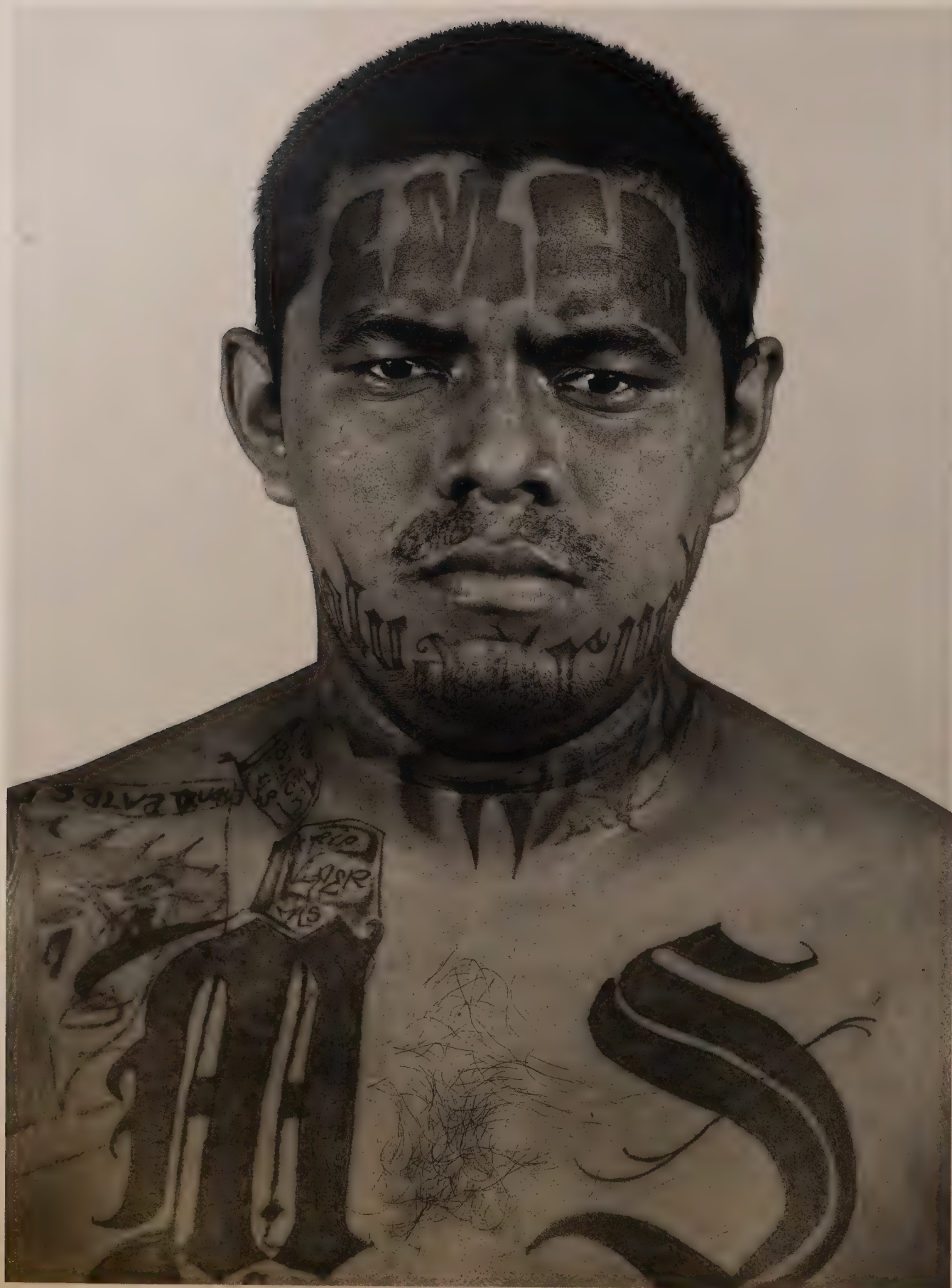


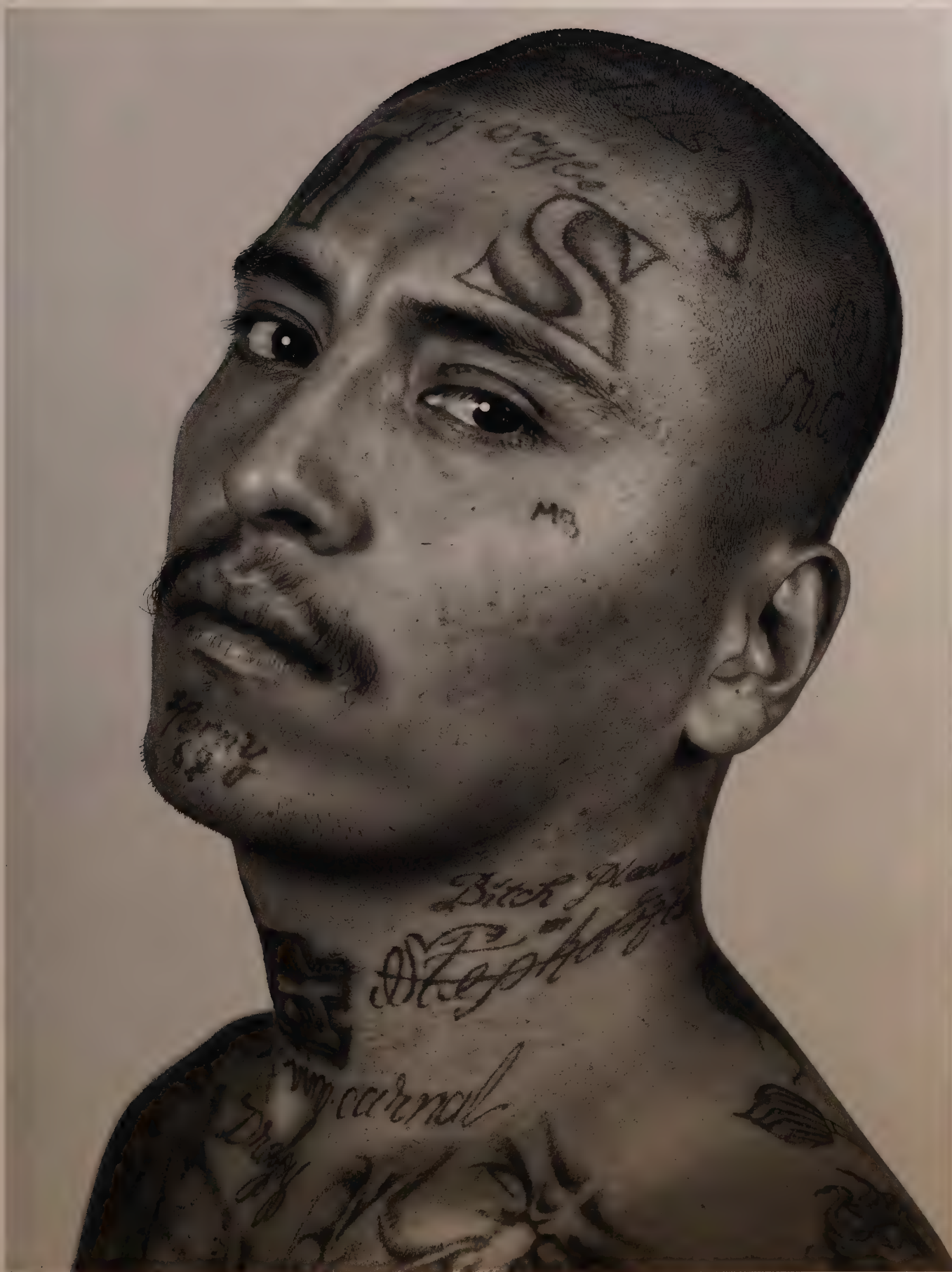






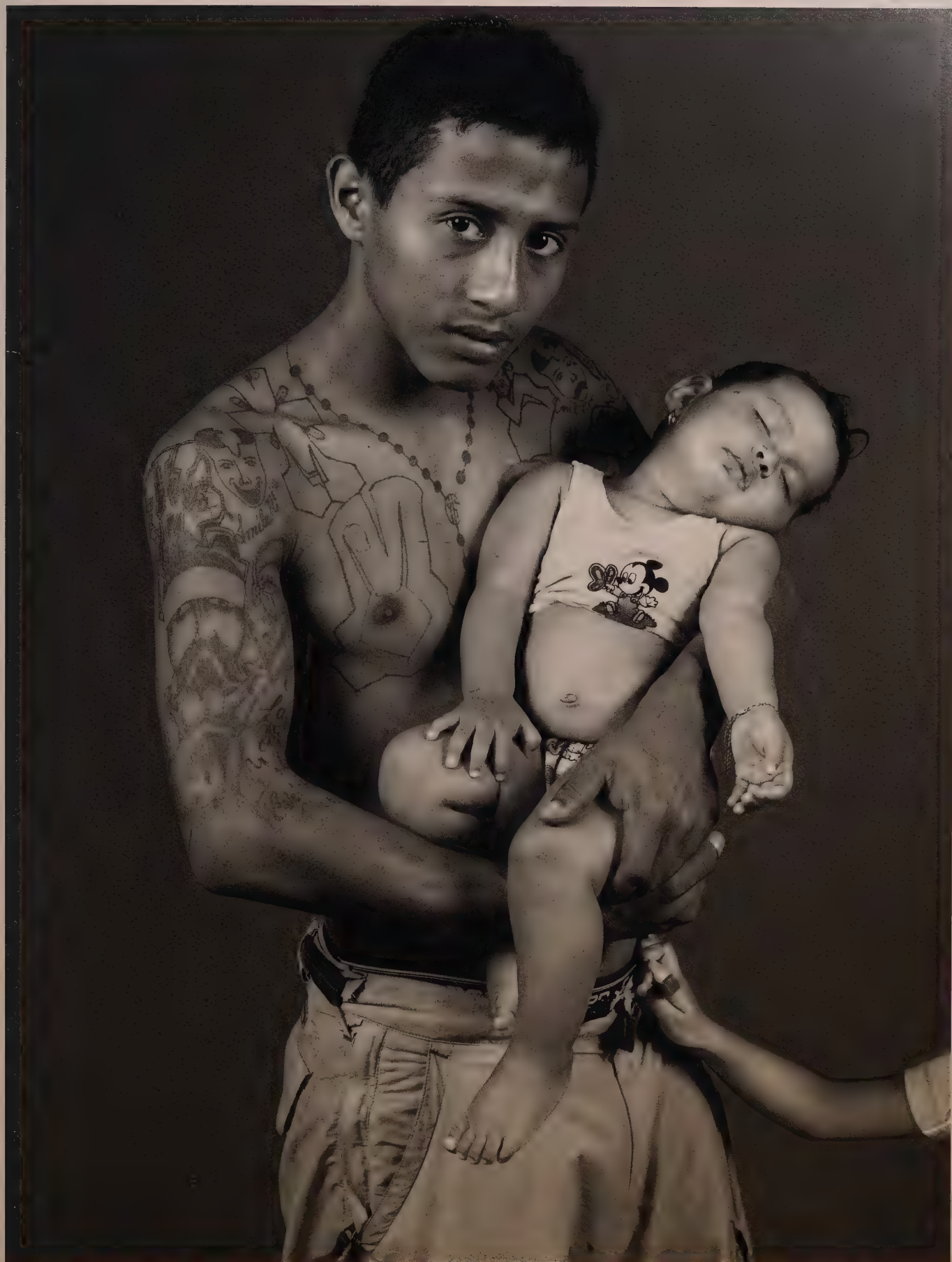












maras **con la familia**

El presente reportaje lo realizó
Isabel Muñoz en los patios de la cárcel
de Ciudad Barrios, durante la visita de
los familiares de los presos maras,
con ocasión del Día de las Madres,
el 13 de mayo de 2006.





















TEXTOS DE

JOSÉ MIGUEL CRUZ

Psicólogo experto en maras.
Director del Instituto Universitario de
Opinión Pública de la UCA

ROSA MARÍA FORTÍN

Magistrada de la Corte Suprema de Justicia
de El Salvador

JOSÉ MORATALLA

Salesiano, Director y fundador del
Polígono Don Bosco de San Salvador

origen y evolución de las maras en centroamérica

JOSÉ MIGUEL CRUZ

El fenómeno de las pandillas juveniles en Centroamérica, conocidas popularmente como “maras”, se ha convertido en un problema grave para los países del norte de la región centroamericana. De diversa forma y con distintos grados de magnitud, las maras son responsables de un buen porcentaje de los delitos de homicidios, robos, secuestros, tráfico de drogas y armas en Guatemala, El Salvador, Honduras y el sur de México. Por ejemplo, datos de la policía salvadoreña le atribuyen a las pandillas más del 30 por ciento de los asesinatos cometidos en ese país, lo cual significa más de 850 homicidios anualmente. Las maras centroamericanas constituyen en esencia pandillas callejeras urbanas formadas por jóvenes marginados socialmente, cuyas edades oscilan entre 12 y 30 años de edad que se reconocen a sí mismos como parte de una de las agrupaciones conocidas como Mara Salvatrucha (la MS-13) y Pandilla de la calle 18 (la 18) y cuyos orígenes se remontan a las calles de Los Ángeles; estas pandillas se han caracterizado por un fuerte sentido de identidad, por el uso intenso de la violencia y por un profundo sentimiento de solidaridad interna. No hay certeza del número exacto de jóvenes que integran las maras en Centroamérica. Las agencias de seguridad en la región, INTERPOL, el FBI y las policías nacionales, hablan del alrededor de 70 mil jóvenes enrolados en estos grupos en Centroamérica con una buena parte de ellos en Guatemala, Honduras y El Salvador. Sin embargo, hay evidencias de que el número ha crecido en los últimos años con la expansión del fenómeno a otras regiones y que su modo de operar se ha vuelto más complejo y más virulento con los años.

Al contrario de lo que usualmente se piensa, la delincuencia mara no es reciente, no aparece de la noche a la mañana y es posible rastrear su existencia desde finales de la década de los ochenta. Ya para esas fechas, las maras eran consideradas como grupos de jóvenes violentos. De la misma forma en El Salvador, las maras ya existían antes del fin de la guerra y, por ejemplo, según una encuesta de la Universidad Centroamericana realizada en 1993, más del 40 por ciento de los ciudadanos urbanos señalaban que en su vecindario existían maras. El fenómeno de las pandillas centroamericanas tiene ya un considerable historial de existencia y sin embargo, durante varios años, los distintos

gobiernos centroamericanos no le prestaron atención al problema, de tal manera que siguió creciendo de forma relativamente lenta y silenciosa. Las únicas iniciativas en los países de la región se tradujeron en esporádicas respuestas represivas y en intentos por reformar la legislación penal, con el fin de que los menores de 18 años pudiesen ser juzgados como adultos, partiendo de la suposición de que buena parte de los delitos graves eran cometidos por menores de dieciocho años. Sin embargo, ningún plan o política de prevención sobre la violencia juvenil o sobre las pandillas fue elaborado de manera consistente en El Salvador, Honduras o Guatemala, y la integración y evolución de los grupos continuaron en ascenso, decidida e inexorablemente.

Las cosas cambiaron hacia los años 2002-2003 cuando, como producto de políticas electoreras y populistas, aparecieron los planes de Mano Dura o de Cero Tolerancia en los tres países del norte de Centroamérica. Conocidos en Guatemala como el Plan Escoba, en El Salvador como Plan Mano Dura y en Honduras como Cero Tolerancia, estos programas declararon la guerra total a las pandillas e introdujeron una dinámica en la que la aplicación de la fuerza por parte del Estado era el principal eje de enfrentamiento del problema. Consecuentemente, las pandillas se replantearon su propio funcionamiento y, en lugar de disolverse, reorganizaron en estructuras más verticales, más rígidas y más violentas, y comenzaron a reconocer liderazgos –los cuales hasta entonces no existían–, que permitieron comunicaciones formales con otras pandillas y con el crimen organizado. En la actualidad, las pandillas se han convertido en una clara amenaza para la seguridad regional. Ya no solo constituyen un riesgo circunstancial para la seguridad de personas en las ciudades en donde operan, sino que también están en proceso de convertirse en grupos de crimen organizado cuya motivación fundamental es el control criminal de los recursos y de las personas que habitan en las comunidades en donde ellos se asientan. El ejercicio de la violencia se ha convertido en la nota más habitual y definitiva de su presencia.

Causas y orígenes

El origen de las maras centroamericanas no descansa en una sola causa. No es el resultado simple de la pobreza en Centroamérica, tampoco es el resultado particular de la migración centroamericana hacia y desde los Estados Unidos. Si fuéramos a adoptar esas hipótesis sin más, deberíamos explicar por qué en Nicaragua, el país más pobre de la región, no se han podido afincar la MS-13 o la 18. Tampoco su aparición y su reproducción han sido el resultado de la simple suma de factores sociales. Más bien, las pandillas centroamericanas aparecen y se nutren de una compleja interacción de condiciones que provienen de diversos ámbitos: social, comunitario e individual. Las pandillas tampoco constituyen un fenómeno estático e inamovible a través del tiempo. En realidad, su naturaleza ha estado en constante cambio como producto de la interacción de esos factores entre sí, y de los mismos con las políticas erradas que se han llevado a cabo para enfrentarlas.

En realidad, las pandillas centroamericanas de la actualidad ya no son precisamente el mismo fenómeno que preocupaba a los funcionarios, a la prensa y a la población hace algunos años, pero sí son el resultado de un proceso en el que es imposible comprenderlas sin aludir a los grupos de finales de los años ochenta. En tal sentido, las pandillas del presente son las herederas de largo plazo de los grupos juveniles urbanos que sobrevivían en las marginalidades de las grandes ciudades y que las condiciones sociales –y las decisiones políticas también– transformaron para convertirse, primero en pandillas de poca relevancia y después en grupos de crimen organizado. En tal sentido, las maras son, en parte, el producto de los eventos sociales que han marcado a las sociedades centroamericanas en las últimas dos décadas –o quizás más–, los cuales han determinado la manera en que se ha desarrollado el fenómeno. Esos eventos sociales constituyen, por un lado, la concurrencia de ciertas condiciones sociodemográficas: porcentaje de población joven, nivel de pobreza y desigualdad, acceso a educación, salud, vivienda y espacios de esparcimiento, entre otros; pero por otro, son el resultado de la intervención política de las sociedades, es decir, de las decisiones políticas, deliberadas o no, conscientes o no, que los Estados han adoptado para lidiar con su población joven y para enfrentar el problema de las pandillas. De ahí que para comprender el fenómeno de las pandillas en la actualidad, es importante examinar lo que ha hecho o ha dejado de hacer el Estado para enfrentarlas. Eso es lo que ayuda a entender, en parte, por qué la presencia de entornos y de realidades sociales muy parecidas, no necesariamente han derivado en el mismo tipo de fenómeno pandilleril en absolutamente todos los países de la región

Es posible agrupar los factores que están detrás de la aparición y el desarrollo de las maras en Centroamérica en diez grandes categorías de condiciones de causalidad, desde la más amplia y estructural hasta la más concreta. Ninguna explica en términos simplistas el hecho de que en la región norte de Centroamérica se hayan desarrollado las maras, pero es imposible comprender dicho fenómeno sin considerar a todas y cada una de esas condiciones: procesos de exclusión social; cultura de violencia; crecimiento urbano rápido y desordenado; migración; dinámica de la violencia; desorganización comunitaria; presencia de drogas; familias problemáticas; amigos o compañeros miembros de pandillas y las dificultades de construcción de identidad personal. Estas categorías reúnen una serie de condiciones específicas, que influyen directamente en la conducta de los jóvenes, facilitando así su integración en las pandillas, su operatividad como grupo y su evolución como problema social. En el nivel de incidencia más amplio, el social, las categorías de causalidad son los procesos de exclusión social, la cultura de la violencia, el rápido y desordenado crecimiento urbano rápido y la migración.

Los diversos estudios sobre las pandillas que se han efectuado hasta la fecha en Centroamérica señalan que detrás del fenómeno de las maras se encuentran complejos procesos de exclusión social que se cristalizan en condiciones de precariedad socioeconómica, en comunidades que carecen de servicios básicos de calidad, en falta de oportunidades de formación y de empleo y, sobre todo, en mecanismos de expulsión del sistema educativo. La

UN MUNDO RARO

*“Desde el día en que nació hasta el
[epílogo de su vida,
la luz del sol nunca vio*

*Al descubrir que tu lema es la traición (...)
Sos una lucha que no valió la pena.
Dolor sin razón.
Ilusión que se quema (...)
Subversiva de amor.
Quiero censurarte en mi memoria,
Hacer del olvido mi estandarte de victoria*

Daniel Balmore Romero

mayoría de pandilleros provienen de entornos en donde la vivencia de exclusión social va desde las mismas condiciones de vida familiar y comunitaria hasta la expulsión que sufren los jóvenes del sistema escolar. Un marero de 15 años lo expresaba de la siguiente forma:

“Después que me brinqué [integré a la pandilla], porque después que vieron los tintazos (tatuajes) ya no me quisieron recibir [en la escuela]. ‘Está bueno’, dije, y los agarré a papagazos [arrojarles granadas]”.

En el nivel social se encuentra también lo que se ha dado en llamar cultura de violencia, esto es, un sistema de normas y valores imperante en amplios grupos de la sociedad que legitima, aprueba y reproduce el uso de la fuerza en las relaciones interpersonales. Este sistema se cristaliza en la misma socialización de los jóvenes en la familia, en la escuela; con las expresiones de violencia que la reproducen de forma ininterrumpida, con modelos de crianza y enseñanza en donde el uso de la violencia es cotidiano y normal, y se expresa en diversos comportamientos sociales, como por ejemplo, la permisividad social que existe hacia la tenencia y el uso de armas de fuego. El siguiente diálogo entre un investigador y una pandillera salvadoreña de 16 años revela el ciclo de reproducción de la fuerza que implica la pertenencia de las pandillas

Entrevistador: ¿Y qué pensabas el momento de unírte a la Mara-18?

Pandillera: O sea yo tuve un hermano que era [Pandillero] 18, mi hermano me lo mataron, pero hoy soy 18 y me siento feliz.

E: ¿Y vos sentís que el hecho que tu hermano fue de la 18 haya influido en algo para que vos ...?

P: No.

E: ¿No influyó en nada?

P: Eso nace del corazón, nace que uno quiera ser de la Grande.

E: No influyó. ¿Cómo mataron a tu hermano?

P: Mmm... ah... cuetazo [balazo].

E: ¿Pero quiénes fueron?

P: Los Mierda [MS-13].

E: ¿Cuántos años tenías vos cuando lo mataron?

P: Estaba chiquita todavía.

E: ¿Y vos que sentiste en ese momento?

P: Odio.

(Testimonio recogido por Carranza en 2005)

Las maras centroamericanas han aparecido precisamente en los entornos urbanos que sufren de grandes transformaciones producidas por el crecimiento poblacional, territorial e infraestructural caracterizado por la rapidez y la falta de organización. En la vida cotidiana de los jóvenes, esto se traduce en procesos de hacinamiento urbanístico en los que la aglomeración personal y la falta de espacios para los miembros de la familia constituyen la nota dominante, lo cual los expulsa a la calle y, con ello, a los grupos de amistades que se forman en la misma. El crecimiento urbano poco planificado también se traduce en la inexistencia o baja calidad de los espacios de esparcimiento para los jóvenes. Las ciudades en donde crecen las pandillas se caracterizan

precisamente por la falta de espacios públicos positivos y en buen estado, en la existencia de servicios sociales limitados, ineficiente o de poca calidad. La falta de planificación urbanística por lo general impide la mejor distribución espacial en el acceso de los bienes y servicios públicos funcionales, los cuales quedan alejados de las familias y la población más necesitadas de los mismos, que constituyen los focos de reproducción de las maras.

“En la casa de mi mamá no me gusta, a mí me gusta estar aquí (en la casa donde se reúne la mara), pero si uno no tiene dónde tiene que aguantar. Allí (en la casa de la mamá) no me gusta porque no tengo amigos, no tengo ambiente, y ahorita no hay luz allí, pero sí va a haber. El alcalde ha prometido ponerles la luz como regalo de navidad. Intento casi no llegar, llego de vez en cuando a cambiarme, a veces a dormir...”
(Testimonio recogido por Smutt y Miranda, 1998).

La migración ha jugado también un papel fundamental en la ampliación y difusión del fenómeno de las maras. Las pandillas centroamericanas no surgen simplemente porque sean una importación mecánica de jóvenes de Los Ángeles, California, como muchas veces sugieren los reportajes de prensa. Las maras son más bien el producto de la importación del modelo cultural de ser pandilla: con él se han difundido maneras de vestir, de comunicarse y de comportarse, las cuales han sido adoptadas por los jóvenes centroamericanos en busca de identidad. Las diversas consultas que se han llevado a cabo con pandilleros en El Salvador señalan que no más del 15 por ciento de los mareros han estado en los Estados Unidos y que la gran mayoría de ellos se han integrado a la pandilla en las calles salvadoreñas: Esto no significa que las maras sean grupos conformados por jóvenes deportados o emigrados, pero sí que, al menos en un inicio, se vieron fuertemente influenciados por las experiencias de aquéllos en la configuración del modo de ser pandilleros. El testimonio de un pandillero hondureño de la MS-13 expresa el efecto de la migración:

“La primera mara en la que estuve fue en la Latin King. La formaron aquí dos majes [tipos] que vinieron de la ‘USA’. Uno venía de Los Ángeles y otro venía de Miami. Andaban peludos y todos tatuados. Tenían una ‘Van’ [furgoneta] bien maciza [bonita] y allí andaba una chavala bien bonita. Pues yo los miraba y alucinaba andar así porque se miraban bien macizos y que se paseaban por todos lados y nadie les decía nada”.
(Testimonio recogido por Castro y Carranza, 2005)

Aparte del nivel social, existen otros niveles de incidencia en los procesos de génesis y reproducción de las pandillas centroamericanas. La desorganización comunitaria y la existencia de focos de narcotráfico y de consumo de drogas juegan un papel fundamental. En el primer caso, se trata de comunidades en donde la falta de confianza entre los habitantes y la ausencia de mecanismos de participación ciudadana constructiva deterioran la capacidad de la comunidad para enfrentar sus problemas y alcanzar las metas en común, esto es, erosionan el llamado capital social. Las comunidades que están atestadas de mareros son, por lo general, lugares profundamente desorganizados, desestructurados socialmente y desarticulados con respecto a las instituciones loca-

les y nacionales. Las maras florecen, en parte, por la incapacidad de la población de enfrentar el problema de manera conjunta y de orientar los ánimos de los jóvenes por senderos más beneficiosos para la comunidad. La existencia de redes conectadas al tráfico y consumo de drogas se encuentran también asociadas a las maras centroamericanas. Las pandillas se instalan en aquellos espacios en donde existen posibilidades de formar parte de la economía criminal generada por el consumo de drogas, aparte de que ellos mismos se convierten en consumidores y adictos, lo cual incrementa su comportamiento criminal y su vinculación al ámbito más violento de la vida pandillera.

"Primero yo llegaba. O sea, había una esquina en donde se mantenían los pandilleros del barrio que yo soy. Ahí tenían droga: 'yo quiero fumar', 'estás bien chiquito', 'dejá de andar haciendo esto'. Un loco que está preso me decía: 'no hombre, vos no deberías estar aquí, por vos me van a llevar preso'. Yo tenía como doce, once años quizás. Me daban mi purito o si no, yo lo compraba y no les decía nada a ellos y me iba. Y de ahí (me dijeron): 'Vimos que vos mucho andás loquiando, ¿querés ser del barrio?' Porque vieron que yo empecé a vestirme todo flojo. '¿Qué ondas, qué alucín?, pues no hombre, la vida del pandillero es bien firme', me decían. Entonces, así poco a poco me fui quedando y ya no llegaba solo a fumar, sino que me estaba una mañana, viendo lo que ellos hacían. 'Voy a salir a conseguir' decían algunos y se iban y al rato venían con dinero."
(Testimonio recogido por Cruz, 2005).

Pero el nivel que tiene una incidencia todavía más decisiva en los procesos que hacen que los jóvenes se integren a las pandillas es el llamado nivel relacional en las causas de la violencia. Este nivel incluye el hogar del joven que juega un papel fundamental, los amigos y compañeros de la calle y, por supuesto, la misma dinámica de la violencia en las relaciones sociales de los jóvenes. Todos los estudios sobre las maras señalan que los jóvenes que se integran a éstas provienen de familias problemáticas, profundamente disfuncionales, con problemas serios de comunicación, en ocasiones ligadas a la desintegración o a una estructura monoparental. Estas familias se caracterizan, además, por una historia muy intensa de violencia familiar, de la que los futuros niños y jóvenes pandilleros constituyen las principales víctimas y testigos cotidianos. Los hogares problemáticos de los jóvenes se cristalizan en dinámicas familiares en donde, ya sea por las condiciones de vida o por negligencia, los niños viven prácticamente abandonados por sus padres. Por lo general se trata de niños y jóvenes con quienes sus padres no tienen ningún control ni comunicación y, por lo tanto, no tienen la capacidad de saber qué hacen sus hijos, con quiénes se asocian y dónde pasan su tiempo. En tal sentido, las historias personales de los mareros centroamericanos están marcadas por grupos familiares en las que los conflictos, la violencia, el abandono y la incertidumbre constituyen un hecho cotidiano. Las relaciones con la familia sientan las bases para la expulsión habitual del joven del hogar a la calle, a la vez que lo preparan para establecer relaciones con los demás basadas en el conflicto y en el uso de la fuerza. Un pandillero hondureño de la Mara Salvatrucha aconsejaba así a las madres de los jóvenes:

Yo a las mamás les daría un consejo también: que no golpeen a sus hijos, sino que les den más amor, que atiendan a sus hijos cuando lleguen a sus casas, que les den de comer. Porque la verdad es que si eso no pasa, el hijo busca la calle y en la calle empieza todo esto. Yo sé que hoy en día hay muchos jóvenes que tienen a sus papás en los Estados Unidos y que, según dicen, por eso entran en la mara. Pero yo me acuerdo de los Chucos [otra clika pandilleril]. Todos nuestros papás estaban aquí y lo que pasaba era que no les importábamos".
(Testimonio recogido por Castro y Carranza, 2005).

Las relaciones que suelen tener un impacto muy grande en la decisión de los niños y adolescentes para integrar la pandilla son precisamente las que establecen con otros jóvenes con historial de pertenencia a las pandillas o de vida criminal. Son éstos los que se convierten en los modelos o en los inductores de los procesos de afiliación a las pandillas en una etapa de la vida en la cual el joven está en la búsqueda de identidad. Estos pares son los que ofrecen una serie de recursos que no suelen estar al alcance de los jóvenes en su vida dentro del hogar: solidaridad, respeto, pero también acceso a recursos y dinero. Así, la existencia de pandillas en los barrios y en las escuelas en donde se mueven los jóvenes se convierten en claros factores de riesgo, que empujan a la integración de éstos en las pandillas. Muchos adolescentes se integran a las maras, simplemente porque todos los amigos de su misma edad están de hecho en las pandillas y, ni la comunidad ni la escuela ofrecen otras alternativas de asociación más constructiva. Así lo expresaba una pandillera salvadoreña de la Pandilla 18:

"Fíjate que es bonito que lo atiendan bien a uno, o sea que cuando tengas problemas te escuchen, a mí me escucharon bastante, y, o sea, les llegué a tener aprecio un montón [a los pandilleros], porque para mí son mis hermanos, mi segunda familia, yo los aprecio bastante. (...) La homegirl [pandillera] vale más que una civil, porque la homegirl la quieren más los homies [pandilleros], o sea a la homegirl las aprecian más que una civil, sólo que una civil es una bandera [despreciada].
(Testimonio recogido por Cruz, 2005).

El carácter reproductor de la violencia

Pero un factor que claramente marca la dinámica de pertenencia a las pandillas es la violencia en sí misma. El carácter autorreproductor de la violencia se ve claramente reflejado en las maras centroamericanas, y aunque ello no puede considerarse como un factor que induce a los jóvenes a las pandillas, sí juega un papel fundamental en el fortalecimiento de sus lazos de pertenencia a las mismas. Muchos jóvenes que se integran a las maras en Centroamérica lo hacen porque ellas constituyen el único grupo de pares de referencia posible en los barrios que habitan; algunos de ellos entran en las pandillas sin tener muy claro el universo de violencia del que formarán parte, pero una vez se ven tocados por la misma, ya sea porque uno de sus mejores amigos se vio afectado por la agresión de un pandillero rival, o porque

tuvieron que agredir a alguien como prueba de su lealtad a la pandilla, su vinculación con el grupo se fortalece y su compromiso con el uso de la fuerza se vuelve ineludible. Los jóvenes en tal sentido se ven atrapados rápidamente en las maras como producto, en parte, de la misma dinámica que la violencia impone. Ésta es la que dicta el carácter de las relaciones, no sólo hacia fuera de las pandillas sino también hacia dentro, cuando es necesario conservar la lealtad y la fidelidad a los supuestos ideales y normas pandilleriles. Un pandillero salvadoreño de solo 15 años lo exponía crudamente de la siguiente forma:

“Yo quiero seguir en eso (en las pandillas) porque no me voy a quedar picado con lo que hicieron con mi homeboy [compañero], porque se tienen que ir más calaveras [tengo que matar más]... Si la muerte me sorprende, bienvenida sea les digo yo a los homeboys. En mi barrio muero les digo, ¿cuál es la casaca [mentira]? Yo me he metido en una vaina, en la 18, para responderle también: o me matan o mato.”

(Testimonio recogido por Cruz, 2005).

ESPERANZA

*Viajo en el mundo de la nostalgia,
en el mundo de los recuerdos,
en el ayer (...) esta soledad
me está matando, poco a poco (...) camino en el recinto pensando
siempre en ti, mujer*

Daniel Balmore Romero

Finalmente, a nivel individual existe un aspecto que juega un papel clave para comprender la razón por la que algunos jóvenes deciden integrarse a grupos en donde prevalece el riesgo y la violencia, como lo son las pandillas. Este aspecto se refiere a las dificultades por las que pasan los adolescentes en los procesos de conformación de identidad. Si hay algo que explica que personas que aún son niños se decidan por las pandillas, con lo que de amenaza a su propia integridad implica, es que las pandillas constituyen el más cercano –o el único– grupo de referencia que tienen los jóvenes. En un momento en la vida en que los adolescentes se encuentran buscando respuestas a las preguntas sobre su propia identidad y su personalidad, las maras se plantean como la única respuesta plausible y éstas no sólo ofrecen violencia y riesgo, sino sobre todo para los jóvenes marginados ofrecen la posibilidad de satisfacer las carencias afectivas y materiales. Esto se combina con una pronunciada ausencia de modelos positivos tanto en el hogar como en la comunidad y la sociedad. Para niños y jóvenes que han vivido en condiciones de exclusión, en hogares en donde los padres difícilmente han podido cumplir con su tarea de ser padres, en comunidades en donde se privilegian los valores y normas que legitiman la violencia, y en una sociedad que propone modelos de comportamiento frecuentemente ambiguos con respecto a la convivencia y el respeto a los demás, las pandillas callejeras se convierten en el referente más claro y menos confuso para la construcción de su propia conciencia como persona. Eso explicaría ese compromiso con las pandillas, que puede ser llevado hasta las últimas consecuencias. Así, es imposible comprender el fenómeno de las pandillas sin tomar en cuenta esa característica etapa transicional en la que se encuentran los jóvenes que deciden integrarlas.

“Me gustó. Me gustó conseguir dinero fácil, pasarme la vida en la calle, solo vagando. Uno se acostumbra a esa vida, a mí me gustaba que ellos no hacen nada, andan con buenas novias, tienen armas, agarran dinero. No sabía yo lo que faltaba vivir que es la cárcel... no me imaginaba nunca que íbamos a llegar hasta eso... Cuando me dí cuenta ya

era demasiado tarde, ya andábamos manchados [tatuados]. Ya no me los podía quitar, y si me los quitaba...solo muerto".

(Testimonio recogido por Cruz, 2005).

Todo lo anterior constituye sólo un vistazo al complejo sistema de factores sociales, individuales y circunstanciales que están detrás del fenómeno de las pandillas. Obviamente no todos tienen el mismo peso, pero tampoco es posible explicar la complejidad de las maras centroamericanas sin hacer referencia a ellos. Ello no significa, por otro lado que este recuento agota todos los factores causales y explicativos posibles. De ninguna manera. De hecho, sería muy difícil negar la presencia de otros factores a nivel tanto social como individual en la concurrencia del fenómeno de las maras, pero los que se han descrito en los párrafos anteriores constituyen aquéllos de los cuales se tiene evidencia.

Pero el panorama sobre el fenómeno de las maras centroamericanas estaría incompleto si no se considera la responsabilidad que han tenido los gobiernos centroamericanos en su desarrollo. Ya sea por omisión al inicio del mismo como por la represión desatada en años recientes, los gobiernos han tenido mucho que ver en el actual desarrollo del problema de las pandillas. La implementación de las políticas de Mano Dura, que en El Salvador han llegado a renombrarse oficialmente como Súper Mano Dura, y con campañas policiales llamadas Puño de Hierro, agravaron las condiciones que están asociadas a las pandillas, pero sobre todo aumentaron los niveles de violencia en la sociedad ejercida desde el propio Estado. El problema con estas políticas estatales es que partían de un análisis completamente equivocado. Siguiendo el modelo de la "guerra contra el terror" estadounidense, las pandillas fueron enfrentadas más como un desafío terrorista que como un conflicto social.

Las estrategias de Mano Dura, por tanto crearon un clima de guerra hacia las maras de manera directa, pero también hacia la juventud de forma indirecta. Esto no hizo sino incrementar las condiciones que negaban el acceso de los niños y adolescentes a sus derechos fundamentales, y crearon las condiciones para que los que ya estaban enrolados en la violencia respondieran con más organización y virulencia. Los mareros convirtieron a las pandillas en grupos de crimen organizado. En un proceso paradigmático de "profecía autocumplida", se volvieron más violentos no sólo en contra de los representantes del Estado sino también en contra de la población y de sus propios compañeros. Encarcelados por centenas y de manera recurrente, sin programas de rehabilitación y de reinserción social, los mareros encontraron en las cárceles el espacio fundamental para reorganizarse, para generar estructuras, definir roles y especificar objetivos; allí se conocieron mejor y reconocieron que podían controlar el país, los países, las regiones. De acuerdo a las estadísticas oficiales, en el transcurso de un año desde el inicio del Plan Mano Dura en El Salvador, más de 18.000 jóvenes pandilleros fueron capturados, muchos de ellos repetidamente, en ciclos continuos de internamiento y liberación. En la actualidad, más de 3.000 mil jóvenes mareros guardan prisión en El Salvador. Sin embargo, de las cárceles los pandilleros salen fortalecidos y también más envenenados por la violencia.

El testimonio de un miembro de la Mara Salvatrucha lo ejemplifica bien:

Ahí en El Carmen (centro penitenciario hondureño) tuvimos una guerra los 13 contra los 18. Nosotros éramos más porque hay bastantes que son 13: los Vatos Locos, los MS, los 21... Había aproximadamente como 400 jóvenes y fue un pleito grande. Casi desarmamos ese Carmen. Era “sangrerío” que había por todos lados. Lo único que puedo decir del Carmen es que allí nadie se compone, allí uno está como perro amarrado que, cuando sale, sale más maldito que antes.

(Testimonio recogido por Castro y Carranza, 2005).

Los frágiles programas de prevención diseñados por las instituciones estatales no lograron compensar esa acometida y, más bien, se vieron afectados y erosionados en su capacidad para llegar a los jóvenes y en su disposición de recursos para tratar con ellos: muchos jóvenes simplemente se vincularon más a las pandillas o huyeron de los programas por temor a ser alcanzados por los operativos de Mano Dura. Las lecciones de este proceso parecen claras: no es posible enfrentar el problema de las pandillas sin atender la diversidad de factores que se encuentran detrás de ellas. Hasta recientemente, muy poco o nada se había impulsado desde el Estado para resolver los procesos de exclusión social que sufre una gran proporción de jóvenes salvadoreños y centroamericanos, muy poco se había hecho por devolverles las oportunidades de educación y formación, de trabajo y de vivienda digna. Los programas para recibir a los deportados o a los migrantes retornados siguen siendo escasos y los jóvenes que regresan de los Estados Unidos habiendo perdido el “sueño americano”, siguen encontrando un entorno hostil y falta de oportunidades. Tampoco se han desarrollado acciones capaces de reforzar la capacidad de las familias centroamericanas para poder criar y educar a sus hijos; aunque las políticas de prevención de la violencia intrafamiliar comienzan a ser implementadas en la actualidad, aún existe un gran número de niños que viven en condiciones de vulnerabilidad, debido a patrones de crianza basados en modelos culturales de castigo físico y psicológico.

Falta además reforzar la capacidad de las comunidades para que se conviertan en gestoras de su propio desarrollo: las pandillas centroamericanas han surgido en comunidades desorganizadas y sumergidas en el abandono social y político. Por ello, cualquier estrategia de intervención social para reducir las causas que han favorecido la aparición de las maras pasa por la promoción de la participación ciudadana que es capaz de transformar sus propias condiciones en beneficio de todos los integrantes de la comunidad. Finalmente es importante plantear un modelo distinto del quehacer policial, sobre todo de cara a los jóvenes. Esto implica volver los ojos a la policía que trabaja con la comunidad, no sólo como vigilantes sino como socios del desarrollo social, para contribuir con ello en la gestión general de su seguridad y del respeto de los derechos de los habitantes. De lo que se trata, en resumen, es de articular políticas que tengan la capacidad de devolver el respeto a los derechos de los jóvenes, así como de toda la población. De otra forma, los estados centroamericanos pronto se verán derrotados por su propia juventud marginada.■

Referencias bibliográficas

Castro, Misael y Carranza, Marlon. (2005). “Un acercamiento a la violencia juvenil en Honduras” En: ERIC. *Maras y pandillas en Honduras*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.

Carranza, Marlon. (2005). Detención o muerte. ¿Hacia dónde van los niños pandilleros de El Salvador? En: Luke Dowdney. *Ni guerra ni paz. Niños en violencia armada organizada*. Rio de Janeiro: ISER.

Cruz, José Miguel (ed.). (2006). *Maras y pandillas en Centroamérica. Volumen IV. Las respuestas de la sociedad civil organizada*. San Salvador: UCA Editores.

Cruz, José Miguel. (2005). Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 685-686, 1155-1182.

Cruz, José Miguel y Portillo, Nelson. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.

Smutt, Marcela y Miranda, Jenny Lissette. (1998). *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*. San Salvador: FLACSO

delincuencia juvenil, una deuda con el salvador

ROSA MARÍA FORTÍN

En El Salvador el fenómeno de la delincuencia ha sido, es y probablemente seguirá siendo, uno de los problemas más apremiantes y sin una solución aparente. La anterior afirmación, lejos de desalentarnos, debe constituir para quienes trabajamos en los Órganos del Estado una meta a lograr, desarrollar los mecanismos que disminuyan este flagelo que ataca de manera constante a la sociedad salvadoreña. No espero en este documento descubrir las soluciones; sería en este momento ambicioso por mi parte. Tan sólo pretendo expresar mis experiencias como administrador de justicia, con más de dos décadas al servicio de la Administración de Justicia de mi país en materia penal, lo que me permite una visión desapasionada del problema.

Al inicio de mi trabajo en los tribunales penales, la justicia se enfrentaba en El Salvador a serios problemas. El primero es, sin lugar a dudas, el de las precarias condiciones económicas del Órgano Judicial, denominado por mucho tiempo “La Cenicienta del Estado”, por ser, de los tres Poderes, el que menos fondos recibía del erario público. Una circunstancia que, aunque ahora se perciba lejana, constituía un factor determinante en las limitaciones, tanto en la labor de investigación de los hechos delictivos, como en el procesamiento de los casos. Sin olvidar que el sistema penitenciario, que no correspondía al entonces Poder Judicial, también sufría y aún sufre las mismas limitaciones. Estas precarias condiciones económicas llegaron al extremo de que no disponíamos ni siquiera del papel en el que debíamos de asentar las actas en las que constaban las diligencias judiciales; y no digamos ya con las herramientas necesarias e indispensables para desarrollar una correcta investigación de los delitos, cuya responsabilidad correspondía entonces a los administradores de justicia. Los delitos, en su mayoría derivados del conflicto armado que assolaba el país, no lograban ser investigados en profundidad. Las muertes pasaban a engrosar un interminable listado de causas “sobre averiguar”; los secuestros, por considerárseles de carácter político, tampoco eran agotados en su investigación, por lo que la mayoría de los casos que llegaban a Vista Pública, eran sólo aquéllos de los que existía constancia por haber sido sus autores capturados en flagrancia y de que contaban con algunos elementos probatorios de carácter testimonial.

El proceso de paz en el país influyó de manera determinante en la Administración de Justicia ya que, aunque el proceso continuaba siendo de corte inquisitivo, predominantemente escrito, se inició un largo camino hacia el cambio de esquemas en el sistema. La sociedad se interesó cada vez más en la forma de juzgar y se fue orientando hacia un mayor respeto a las garantías individuales. También los jueces nos involucramos en el cambio y los procesos de investigación se tornaron más técnicos; el instituto de medicina legal se especializó y hubo una mejor comunicación entre los administradores de justicia y los expertos que auxiliaban al sistema. Con la ayuda internacional, se creó la Escuela de Capacitación Judicial, a la que asistimos, en un proceso continuado de formación, los diferentes agentes del sistema, posibilitando una administración de justicia más consciente de su labor dentro de la sociedad. El Órgano Judicial dejó de llamarse “La Cenicienta del Estado” para convertirse en un Poder fuerte e independiente económicamente, lo que permitía una independencia funcional en el momento de impartir justicia.

Pero así como se tecnificó la Administración de Justicia, la delincuencia también experimentó una dolorosa metamorfosis: los delitos comunes, que normalmente juzgábamos en precarias condiciones, se transformaron en grandes empresas delictivas; los homicidios, que por pleitos o causas pasionales sucedían, comenzaron a evidenciar características propias del “sicariato”; los delincuentes que por lo general actuaban solos, comenzaron a agruparse y hacerse fuertes; nuestros jóvenes, que entonces se dedicaban a las labores estudiantiles o deportivas, se adentraron tristemente en el ámbito delictivo. En qué momento sucedió esta transformación, es difícil de precisar, pero sucedió y ahora debemos buscar sus orígenes para poder atacar de raíz el problema. Cuando nuestra legislación se transformó con el objeto de cumplir con la normativa internacional relativa a los derechos de los menores, los hasta entonces Tribunales Tutelares de Menores, cambiaron su denominación y la propia Ley que los informaba; surgieron los Juzgados de Menores, dando lugar a que se considerara que este cambio fue el que transformó a nuestros menores en seres violentos e inclinados a la delincuencia. Nada más falso. Estos adolescentes que ahora nos asustan siempre habían estado con nosotros, con la misma condición de siempre, con igual grado de violencia e inclinación al delito. Pero sobre todo enfrentados a una triste realidad de abandono y desarraigo. ¿Cuál era entonces la diferencia? Resulta fácil advertirlo: la normativa con la que debían ser juzgados. Los jóvenes que hoy practican la violencia, antes del cambio eran juzgados como adultos. Por eso no les veíamos y ahora creemos que son un fenómeno nuevo, producto del cambio de la ley, de la nueva sociedad. La historia de estos menores en conflicto con la ley es una historia cargada de violencia familiar, física y psicológica. Esto hizo que nuestros niños encontraran en la calle un lugar en el que podían sentirse seguros. ¡Qué contradicción, más seguros con extraños y a la intemperie que con sus progenitores y dentro de las cuatro paredes de su hogar!

La guerra que desangró al país dejó una estela de resentimientos y violencia, no sólo en los que participaron activamente en ella, sino también en los que sin habernos involucrado directamente, sufrimos las consecuencias. Acostumbrados

a vivir en un clima de violencia, aprendimos a resolver nuestros conflictos mediante el uso de la fuerza. Aunado a lo anterior, debemos señalar un factor importantísimo, la cantidad de armas que de una u otra forma inundaron el territorio, la violencia bélica que dejamos tras la firma de los acuerdos de paz, se recondujo a la violencia social, la que desafortunadamente alcanzó a toda la población en los diferentes niveles económicos. Es necesario apuntar que la delincuencia no es un fenómeno de jóvenes en conflicto con la ley, sino que ha extendido sus tentáculos en adultos y jóvenes, hombres y mujeres. Tampoco es un fenómeno exclusivo de los estratos económicamente menesterosos. Es cierto que éstos son vulnerables; lo son en salud, educación, vivienda, etc. Pero no lo es menos que, además, la delincuencia ha presentado múltiples expresiones en las denominadas clases altas.

Los cambios socio-culturales, el consumismo, la desintegración familiar ocasionada por la migración, la paternidad y maternidad irresponsables, los hogares disfuncionales, el elevado e indiscriminado consumo de drogas son, entre otros, factores determinantes que han influido en el incremento de la delincuencia. No podemos dejar de mencionar que hoy en día, cada vez somos muchas más las mujeres que nos hemos integrado a la fuerza laboral en campos diferentes de El Salvador, debido a los cambios culturales que han permitido que la mujer alcance por fin el lugar que le corresponde en la dirección de los destinos del país, y también al alto costo de la vida y a la creciente paternidad irresponsable. Ello ha traído consigo un coste-beneficio que se refleja también en el tema que nos preocupa, pues si como beneficio tenemos el incremento económico reflejado en los hogares, el coste ha sido indiscutiblemente en detrimento del tiempo que dedicamos a la educación y formación de nuestros hijos. Las mujeres hemos tomado el papel que nos corresponde y ahora somos económicamente productivas, pero por desgracia no todos los hombres han asumido su parte del cambio social y se resisten a colaborar en su papel de educadores en el hogar, manteniendo su rol de proveedores en el mejor de los casos, pero sin intervenir activamente en la labor de formación de los hijos.

Sin embargo, no son éstos los únicos factores que debemos considerar. La tan llevada globalización industrial, comercial y cultural, se ha manifestado también en los ámbitos delictivos. Nuestra delincuencia no reviste únicamente características locales; se ha visto influenciada por tendencias criminológicas foráneas, con mecanismos de ejecución que se alejan de nuestra delincuencia tradicional. Para combatirla deberían ejecutarse también actuaciones legales con una perspectiva, asimismo global. Los mecanismos de reinserción social, deberán también considerar las experiencias que van más allá de nuestras fronteras. Sin embargo, estos mecanismos deberán responder a la cultura de nuestro país, tendrían que experimentar un proceso de “tropicalización” y, en tanto que es un problema común a los países del área, conveniente sería un verdadero esfuerzo conjunto. Estos mecanismos tendentes a la disminución de la delincuencia, serán preferentemente producto de un trabajo común de los diferentes órganos del Estado, asumiendo cada uno el rol que

CANDIDATO PRESIDENCIAL

Mago de palabras

Ilusionista del verbo

Transformista de identidad

Que te disfrazas de paloma blanca

Siendo un cuervo

Atractivas promesas vocíferas

Cuando en tu memoria no existe

El recuerdo (...)

Daniel Balmore Romero

le corresponde. Es importante que dejemos de buscar responsables del problema y orientemos nuestros esfuerzos al ámbito que a cada uno corresponde, ya sea en educación, en prevención, en la propia aplicación de las leyes, con el fin de minimizar la impunidad. Importante es también una rehabilitación, que debe orientarse a una efectiva reinserción.

Aunque con numerosos tropiezos, la Administración de Justicia ha logrado evidentes avances hacia un sistema de corte acusatorio, en el que los jueces cumplimos nuestra labor de impartir justicia con el más elevado concepto de independencia e imparcialidad. Estos avances tienen sus defensores y detractores; sin embargo, no es lo único que debe transformarse. Hay que adoptar una visión de país que genere las políticas necesarias, que generalmente están orientadas a que las personas que han transgredido la ley paguen su deuda con la sociedad. Esto es lo que parecería que a ésta le interesa, cuando lo que realmente debería preocuparnos es precisamente lo que debe ser nuestro derrotero; que estas personas en conflicto con la ley, encuentren el espacio que les corresponde, que se sientan útiles y aceptadas, que no vean en el delito su única forma de vida.

Debemos reconocer que nuestra delincuencia no es sólo de jóvenes. Sin embargo, son éstos, precisamente por su inmadurez, por su escasa edad, los que más nos angustian, pues sabemos que somos, como adultos responsables, quienes debemos encontrar los mecanismos que los inserten en la sociedad. Los delincuentes adultos han encontrado en la delincuencia juvenil un pasaporte de libertad. Cabría entonces preguntarse, quién debe responder realmente ante la sociedad: los menores que se ven orillados por un mundo que les es hostil, o los adultos que los llevan a este ambiente de podredumbre. La respuesta es obvia y no requiere de ninguna explicación. Soy plenamente consciente de que es un esfuerzo arduo el que como país debemos realizar, pero es una tarea impostergable. Es preciso que encontremos las verdaderas raíces del problema, no para cambiarlas, pues ya dejaron una huella indeleble, sino para que no se repitan en más jóvenes de nuestro país. Para que quienes han incursionado en el ambiente delictivo puedan dejarlo atrás y se transformen en un ejemplo para los demás. Hasta ahora los casos son aislados, pero podemos aumentar el número en la lista y que se produzca el efecto multiplicador. Sólo necesitamos creer en nosotros mismos, creer en nuestros jóvenes y esperar para El Salvador un futuro mejor.■

las maras, el nuevo rostro de la **violencia juvenil** en el salvador

JOSÉ MORATALLA

- Tengo ganas de matar. Tengo ganas de darle mecha a un man. Hace seis meses que no mato. No me lo puedo creer. Esta pequeña cicatriz de la frente es el colmo. Me la pegó un chavo sin querer. Cuando estoy a su lado sonrío. Hasta guaseo con él. Él no se cala el pedo. ¡Si supiera! Por mucho menos están enterrados otros. Y este vato todavía sigue vivo. ¿Qué hago? Estoy desesperado y no aguanto más. Simón, tengo ganas de matar. Mi mamá sólo llora y llora cuando llego a la casa. Y mi haina me ha pedido que deje la mara. Por enveces me enchibolo y no sé qué hacer. ¿Qué opinás vos?

- ¿Cómo fue el inicio? ¿Cómo empezaste la vida loca? ¿Por qué te brincaste al barrio? ¿Por qué permitiste que los sentidos y los poros de tu piel se hicieran adictos a la violencia y a la sangre? ¿Qué pasó con tu familia?

- De cipote vivía en mi casa con mi nana, una hermana por parte de mamá mayor que mí y un primo también mayor. A mi propio papá nunca lo conocí ni tampoco me importó. Mi mamá me cuenta que lo dejó porque andaba siempre bolo. Cuando mi hermana se fue a la Usa, a mi primo le rifaron el barrio. Se hizo marero. Quería controlar el barrio y que lo respetaran. Yo envidiaba su carácter, lo tranquilo que hablaba y el temor y respeto que el gentío de gente le tenía. Quise ser como él. Por eso, cuando me pusieron la 38 en las manos, no me achiqué. Apreté el gatillo sin miedo y dejé ir el cargador completo. ¡Qué rápidamente estiró los hules el bayunquito de eme de la mara contraria! Lo caché volteado. Nadie sabía que me había brincado. Pero, en veces, cuando pienso en mi nana y en mi haina, quisiera ser otra persona. ¿Cómo la ves vos?

- Ni psicólogo, ni sacerdote, ni amigo puede decir lo que tú tienes que hacer. Eso sólo te incumbe a ti. Pero si quieres saber lo correcto, lo verdadero y bueno pregúntale al corazón. Él nunca se equivoca en esos asuntos. Porque es dentro de ti, y no fuera, donde has de buscar. Comparto contigo lo absurdo e injusto de tu vida. ¿Por qué jóvenes nacen con oportunidades de superarse y tú no? ¿No es la misma dignidad humana la de todos? Eso duele y no es justo. Dios nos regaló la fantasía y el chacalele para inventar el bien. Para realizar el mal, en cambio, hay que violentarse y ascender por una senda demasiado ardua y complicada. Tú recorriste ese camino y lo conoces bien. Esto es lo antinatural y lo no humano. Además, de continuar en la vida loca, ¿cuántos años más vivirás? Cualquiera te podrá matar, tanto un niño

como un donnadie. No habrá duelos ni avisos previos. Morirás en una emboscada o de un disparo por la espalda. Dime, si no, cuántos de tu clica logran sobrepasar los treinta años. No son muchos quienes gozan su juventud, ¿verdad?...

Reflexiones, preguntas, respuestas de Chalo. Su vida la truncaron a los diecisiete años. El cambio sólo duró seis meses. Al dejar embarazada a una muchacha de su misma edad y por querer, según él, asumir la responsabilidad de llevársela a su casa, lo asesinó salvajemente la mara contraria. Otros muchos, no obstante, lograron aprender un oficio y se insertaron en el mundo laboral. Algunos otros también, después de una adecuada preparación, fundaron su propia empresa y proporcionaron nuevos puestos de trabajo a muchos compañeros. A todos les supuso un gran esfuerzo el dejar atrás el negocio de la droga, la violencia, el homicidio siempre absurdo o el sicariato

Panadería del Polígono Industrial Don Bosco, en el barrio de las Iberias de San Salvador.



arbitrario. Pero valió la pena. Un pandillero reinsertado afirmaba: *-Ahora, si me matan por haberme salido de la mara, que me maten. Estoy orgulloso de mi decisión. Y frente a esta alegría que siento, no me importa lo que pase.*

Las pandillas salvadoreñas, anteriores a la consolidación del fenómeno, no dejaban de ser grupos de adolescentes indómitos frente a la autoridad o la ley. Manifestaban especialmente su rebeldía y pubertad en las competiciones deportivas intercolegiales. La violencia, en estos casos, no pasaba de insultos y alguna que otra pedrada o huevo podrido lanzados a la barra contraria. Era el reclamo de autonomía y novedad de la adolescencia. Sin embargo, su cambio y sistematización de los métodos violentos son oriundos del país del norte.

El inicio surgió de la continua deportación de jóvenes ilegales o delincuentes. Concretamente a partir de 1992, año de la firma de la paz en El Salvador. En un país que acababa de sufrir un cruenta guerra civil hallaron una tierra fértil bien regada y abonada. Los *homboys* o *homies* (pandilleros), traían una nueva cultura: vestían ropas flojas llamadas *tumbado*; ostentaban tatuajes artísticos en el cuerpo; les apasionaba el rock metálico y el rap; hablaban inglés o *hispaningles*; caminaban balanceándose de una manera peculiar; demarcaban la territorialidad de las *clicas* (grupo de una misma pandilla perteneciente a un barrio) con *graffiti* vistosos; se supeditaban a sus propias reglas celosa y radicalmente; utilizaban *fierros* (armas cortopunzantes), *chacas* (armas hechizas) y *cuetes* (armas automáticas); asistían a *meetings* (reuniones) de la clica periódicamente; convivían también en *destroyers* (espacios colectivos donde viven jóvenes de maras, generalmente casas abandonadas)...

La nueva moda arrasó las expectativas de grandes sectores adolescentes y juveniles. Especialmente cuando la familia está desintegrada; cuando los hijos carecen de modelo de identidad; cuando no se tiene acceso fácil a los estudios; cuando los espacios culturales y deportivos escasean; cuando la vivencia de la guerra civil abrió una cultura de sangre... En tales situaciones, ni la opción por el tipo de mara la asume el propio individuo. La elección, en realidad, la impone la clica que controla la territorialidad. Es decir, la pertenencia a una pandilla u otra depende fundamentalmente de la ubicación domiciliaria. Territorio, clica y pandillero se unen e identifican. En ese ambiente frustrante, la nueva figura, el pandillero deportado brilló como el héroe circunstancial. Y terminó atrayendo adolescentes y jóvenes salvadoreños como una gota de miel atrae al montón de moscas. No por casualidad las personas deportadas de los Estados Unidos a Guatemala en el año 2004, según el propio gobierno chapín, fueron 92.000. En El Salvador, más pequeño y mensualmente, se aproximan a los 5.000 deportados. Son la consecuencia de los más de dos millones de inmigrantes salvadoreños en ese solo país y de los setecientos nuevos inmigrantes diarios que se lanzan a la aventura de alcanzar el sueño americano. Así las cosas, los miembros de todas las maras violentas de El Salvador sobrepasan la cantidad de treinta mil, según datos del IUDOP (Instituto Universitario de Opinión Pública). Y sólo la MS (Mara Salvatrucha), según el Discovery Chanel, supera los 100.000 miembros en todo el mundo.

A pesar de todo, la mayoría de los *batos* o *homies* (pandilleros), según confiesan ellos mismos, estarían dispuestos a calmarse e iniciar una nueva vida de reinserción en la sociedad si se les ofreciera una buena oportunidad de empleo o de superación personal. Los planes represivos de Mano Dura y Supermano Dura; la ilegalidad de los exterminadores Escuadrones de la Muerte; la aplicación de la cárcel como medida absoluta a la violencia, sin utilizar simultáneamente programas de prevención y reinserción equilibrados y sin una adecuada coordinación interinstitucional, se convierten en medidas ineficientes. No hay cárceles suficientes ni presupuesto económico nacional para meter en prisión a los más de treinta mil mareros. Aunque tampoco al victimario se le puede justificar o condonar la pena, por el hecho de haber sido él mismo una víctima de la sociedad en su infancia. Ni, de la misma manera, se puede aplicar cualquier

tipo de alternativas que violen la ley. Mientras tanto, y por carecer de respuestas idóneas, las deportaciones masivas han convertido a los pandilleros en una gran familia sin fronteras. Y las cárceles, al no ser castigos correctivos, se han transformado en los *destroyers* nacionales e internacionales.

El fenómeno de las pandillas es un fenómeno tan viejo como generalizado. Comenzó en los Estados Unidos en los años veinte y, en ese mismo país, las pandillas violentas y no violentas superan la cantidad del millón de afiliados. El crecimiento, tanto cuantitativo como cualitativo, lo nutre la marginación y discriminación que el Primer Mundo vierte en los emigrantes de los países subdesarrollados. Como, también, las incongruencias y corrupción de las sociedades opulentas y en extremo consumistas. Por ejemplo, ¿cómo poder explicar que un ciudadano primermundista pueda consumir droga en su país,



Talleres de trabajo del Polígono Industrial Don Bosco, fundado por los sacerdotes salesianos en San Salvador.

que no sólo no la produce, sino que, también, tiene prohibida la comercialización? ¿Cómo poder justificar que las armas, fabricadas en el Primer Mundo, son instrumentos defensivos? ¿Cómo hacerlo, si fueron diseñadas para destruir y matar y ofensivas, y precisamente para esto son compradas y utilizadas en el Tercer Mundo? Es obvio, de esta manera, que muchos emigrantes desempleados que no consiguen alcanzar legalmente el dinero necesario para vivir, traten de procurárselo con creces, con la venta de droga o con la práctica del delito. A la violencia de la marginación y discriminación del Primer Mundo, responde el Tercer Mundo con una violencia superior. No por casualidad algunos pandilleros ganan tres mil dólares diarios con la venta de la droga. ¡Hallaron así un buen empleo y una buena fuente de remesas familia-

res! ¿Cuál es, en realidad, el concepto que define mejor el fenómeno de las pandillas violentas o maras? ¿Se consideran delincuencia común, crimen organizado, terrorismo político o nueva mafia? A pesar de no contar todavía con estudios serios y profesionales que generen una opinión pública consensuada, pecando de individualidad y subjetividad, valdría la pena, proponer algunas sugerencias. Pareciera, a primera vista, que no se trata de mera delincuencia común, sino de simples delincuentes. Si el crimen organizado tiene como fin la opulencia y el lujo, fundamentalmente, no es esto lo propio del pandillero. Tampoco la intencionalidad política e ideológica del terrorismo se les aproxima. Tal vez debamos hablar de la aparición de nuevas mafias, cuya razón de ser sea lo absurdo del poder por el poder. Y, para conseguir esto último, utilicen de todo un poco y se mezclen con todas las manifestaciones de la violencia.



Taller de carpintería del Polígono Industrial Don Bosco, que lleva a cabo una importante labor de rehabilitación de jóvenes delincuentes.

Es cierto que algo debe hacerse. Lo que se haga, sea lo que fuere, debe ser bien hecho. Sabiendo que el remedio ha de ser proporcional a la enfermedad. Una medicina mal recetada, puede agravar el padecimiento, en vez de curarlo. Tanto por exceso, como por defecto. Mientras tanto, la triste realidad de la violencia es la consecuencia de una injusticia acumulada y de una mal respuesta. A un sector significativo de la juventud se le siguen negando sus derechos y se les sigue tratando con sólo buena voluntad, o con sólo la represión de la cárcel. Tal vez la solución deba buscarse en la línea de la educación y del trabajo como de la coordinación interinstitucional y en equipo. Sin inmediatas recetas milagrosas y con visión de mediano y largo plazo. Cuando Julio César a España por primera vez y contempló en Cádiz el busto de Alejandro

Magno enfatizó: - “A mi edad, Alejandro ya había conquistado el mundo; y yo aún no he hecho nada memorable”. Porque la historia muestra a la juventud como el momento en el que se forjan los más grandes ideales. Alejandro empezó a destacar rápidamente después de la educación con su maestro Aristóteles. En su adolescencia, nadie podía domar un potro negro que destacaba en un hato de caballos. Sólo él logró controlar al indómito animal marcado por una estrella blanca en la frente. Lo bautizó con el nombre de Bucéfalo y lo utilizó, hasta su muerte, en todas las batallas. En Gordium cortó en dos el nudo gordiano con la espada. Se cumplió la profecía que vaticinaba la posesión de Asia al que lo deshiciera. En poco más de doce años conquistó Asia occidental, Egipto y todo el mundo conocido. Fundó trece ciudades con el nombre de Alejandría. Y cuando murió era un joven de apenas treinta y dos años de edad. Muchos pandilleros suelen morir alrededor de esa edad. No de fiebres altísimas, sino, la mayoría de las veces, de muerte violenta. Pero, así como jóvenes célebres legaron nombre y leyenda a la posteridad, difícilmente le espera esa suerte a un pandillero. Quizás porque decidieron proyectar inteligencia y corazón, ingenio y arte negativamente.

Así, suelen morir en el anonimato y en el silencio. La humanidad pierde su palabra y su aporte único y creador. Se cumple lo que afirmara Salvador Dalí: - “La mayor desgracia de la juventud actual es no pertenecer a ella”. El peor mal de la juventud es haber perdido la conciencia de formar parte de ese grupo. De igual manera, tal vez, uno de los peores males de los jóvenes pandilleros sea haber renunciado a la juventud. Porque si bien es cierto que todos nacemos con vocación de libertad, también es cierto que todos necesitamos el coraje de personalizarla y cultivarla. Con otras palabras, la cara con la que uno nace, la da la madre; la cara con la que uno muere, es la que uno quiere.■





RIP
GET
YH

RIP
SHARK

RIP
CRINEN
SAYAN
PPLS

RIP
SLOW

RIP
BLES

RIP
DARWIN
29.10.20

RIP
PLS

RIP
EUEVO
CLLS

RIP
PULGA
OTLS

RIP
CHETA
TLS

RIP
GOYO
DLCS

RIP
BUDA
MELIA

RIP
STOOPY
X

RIP
ATM
PLS

el rap de i. m. en las cárceles de el salvador

LOLA HUETE MACHADO

Mundo guerrero

Los de la mara observan, los de la mara vienen, los de la mara van por todos los rincones de las prisiones y miran y miran a la fotógrafa extranjera y algunos prestan su cara, estiran sus cuerpos, el cuello, los brazos, las piernas, enseñan tatuajes, su lenguaje, repletos de frases que son testimonio, “para qué enamorarme de la vida si me voy a casar con la muerte”, se lee en uno, y ahí está escrita toda su biografía, hay demonios, un payaso que ríe y otro que llora según el instante de la existencia, la letras MS de mara salvatrucha que es la 13, la más numerosa, los signos XV3, si es la dieciocho, los homeboys o homegirls, los suyos, el grupo, la clicca, la hija o el hijo, la novia, la mujer, la madre, la virgen marcada en la piel, cruces, crucifijos, las lápidas de los muertos propios que se han ido, los tres puntos de la vida loca (droga, mujeres, asesinatos), lágrimas que son víctimas y telarañas que son los años en las marañas, su organización, y así, mira, miran el objetivo y esperan quietos los disparos, disparos que no matan, disparos que no duelen, aquí no, hoy no, la muerte, tu religión, hoy no procede, verás que hoy no hay razón, verás qué bien quedas les dice ella, Isabel Muñoz, medio siglo de vida para venir ahora desde España a retratarnos hasta esta esquina perdida de El Salvador, verás, verás, insiste y apunta desde el otro lado de la lente mientras alrededor se acumula la gente que mira, y mira, lo que quiere con esto Isabel es mostrar su cultura, ese mundo profundo escondido más allá de la piel, que habla desde la mirada, el músculo, el gesto, la fuerza, la hiel, y nadie tiene reparo y posan porque son guerreros, ésa es la cosa, sois guerreros les dice ella, llevan todos vaqueros caídos, pesqueros, están todos afeitados al uno o al cero, normas de la prisión, enseñan en el torso cicatrices tremendas, que son grados, la mayor sensación: el abdomen abierto de arriba a abajo por las balaceras...

El cura que tiene la llave

Los de la mara observan, los de la mara vienen, los de la mara van, y prestan sus rostros, sus cuerpos, posan gracias a la ayuda de Pepe Moratalla, un salesiano que trabaja por la reinserción, la rehabilitación de muchos asesinos o no, en el polígono industrial Don Bosco en Las Iberias, que tiene una escuela con medio millar de personas, talleres y hasta panadería, un cura que sabe mucho de este mundo, un cura que no duda y le da a la fotografa la llave para entrar, la llave que sin ella no hay aquí ni cerradura, y ésta y ésta son las cárceles buscadas y éstos y éstos son los jefes, y entran en ellas avalados por la clíca de aquél barrio, estos españoles que hoy os visitan son legales les dicen a los presos y vienen a hacer esto y esto, debéis colaborar y todos lo hicieron menos uno un día



Isabel Muñoz retratando a los mareros en el patio de la prisión de Ciudad Barrios.

(Fotografía de Roberto Ranero).

que se negó y no hubo modo, recuerda Isabel, ni el director de la prisión consiguió convencerlo, la autoridad de fuera no sirve de nada aquí dentro, que a los mareros no les interesan las normas, ni la política, ni siquiera sólo el dinero, dice Moratalla, que es algo más, es el poder, el gusto por la violencia y la desestabilización, matar por matar, el estado más bajo de la condición humana, una conducta antisocial, criminal, que crece y que crece como una marea y que nadie quiere, sabe, puede o se atreve a analizar, detener, controlar, canalizar...

Matanzas

Hasta seis penitenciarías visita el equipo, Cojutepeque, Zacatecoluca, Ciudad Barrios, Quezaltepeque..., en cuarenta días y dos viajes distintos, en febrero y mayo de 2006, en ellas se guarda a los mareros, los pandilleros, se les oculta, se les encierra, penales para eliminar los males de las calles, penales que son ciudades enteras territorio de bandas, con subordinados en cada panda, misioneros que son los que ejecutan, con capos que extorsionan y controlan desde dentro lo que pasa fuera, el mercado de personas, de drogas, de mercancías entre fronteras, que aquí el que no habla es el que sabe y el que habla todo lo ignora, penales donde se asesina como hace nada en el centro de Apanteos, que se puso feo, y una matanza originó 21 víctimas, lo cantaban las agencias internacionales acostumbradas a narrar los males, el portavoz del organismo Centros Penales de El Salvador informó ayer, 7 de enero de 2007, de que tras la revisión de las instalaciones se han identificado a 16 de los 21 muertos, cinco no, cinco tenían desfiguradas todas las facciones y dice la Fiscalía que ha sido la mara 18, la pandilla, enemiga de la trece o Salvatrucha, la primera, o así lo cuentan ellos.

Calle 13

Como el número de la calle salvadoreña en Los Ángeles de Norteamérica, así se llamaron cuando todo comenzó en los ochenta, nacieron para defenderse de negros y chicanos, que en la pirámide de bandas, los salvadoreños no pintaban nada, por todos lados les daban, no imponían, hasta que deciden ir a muerte y se acabó la charla y la tontería, o matas o mueres, nada que perder tenían y era por huevos, cuestión de valentía, tan despiadados que el FBI creó una unidad para combatirlos y Estados Unidos los deporta en cuanto los tiene a mano, y ahora unos se recriminan a otros ser demasiado norteamericanos y dicen nosotros aquí somos los originales y sigue que sigue, que ser un trucha en salvadoreño es ser un aguillilla, un vivo, o quizá un salmón que como el atún emigra del sur al norte, que allí nos fuimos durante la guerra en busca de mejor vida y mira, aquí estamos de vuelta funcionando como la marabunta, hormigas enmarañadas que arrasan y destrozan juntas y sigue que sigue, nosotros estamos por hacer lo que nos da la gana, que en El Salvador se cuentan 9.600 pandilleros, ni uno más ni uno menos, lo dicen calculando a la baja las autoridades que otros los cuentan en 40.000 miembros activos, de ellos tres mil están encerrados, y mira, el fenómeno ha crecido y crecido, se ha extendido bastante, ha llegado a la plácida Europa, y eso ya es otro cante, que lo tienes cerca, aquí mismo, aquí delante.

Making off

Las miradas de los mareros traspasan y congelan la imagen del vídeo que graba María, ayudante de Isabel, durante el tiempo que pasan dentro de las prisiones y en él se va viendo que es poco lo que se necesita para las fotografías, una pared, un rincón, una tela de fondo, un suelo de hormigón, unas sillas, agua para el calor, las cámaras, el paraguas de luz y los modelos preparados para largas sesiones, ahí se ven, alrededor, los patios repletos de sujetos y ropa tendida secándose al sol, un predicador que grita entre las alambradas la palabra de Dios, muchas voces de fondo, mucho jaleo, habitaciones con camastros, telas de colores y mucha mugre, paredes engalanadas de graffitis góticos y lemas estrambóticos, pasillos hacinados donde instalan puestos de comestibles variados, las escaleras, la



*Isabel Muñoz en plena faena.
Zona de lavaderos de la prisión de Ciudad Barrios.
(Fotografía de Roberto Ranero).*

enfermería, rincones y secciones del penal de Ciudad Barrios e internos que se cruzan con Isabel y María por los corredores, dos mujeres de fuera, dos bombones, las miran y remiran, de arriba a abajo, de abajo a arriba, las desnudan con la boca y los ojos y los brazos, allí mismo se las comen, allí mismo, si no fuera porque van con el jefazo, con los guardias custodios, la policía ("Estamos permanentemente rodeados de gente y también de policías, aunque la proporción no tiene nada que ver", cae en la cuenta de repente María, tal es el ambiente), que aquí hay gente ruda, dura, pura sangre envenenada, coagulada... presos aquí de la trece y en otras cárceles de las otras o de la dieciocho, juntos no, juntos no que se asesinan...

La fotógrafa I

Y los de la mara vienen, los de la mara van cuando se les elige para las sesiones, que no conocen a Isabel ni vieron nunca sus fotografías, esos cientos de cuerpos que ha inmortalizado, desde luchadores de lucha turca hasta bailarines clásicos, desde capoeiros a flamencos, desde niñas obligadas a prostituirse en Camboya hasta adultos que gustan del sexo limpio, voluntario, el gusto exhibicionista pero sin daño... imágenes todas de esa energía que tienen los cuerpos que es una riqueza por naturaleza.

La pistola

Los mareros la miran y miran intrigados, una profesional y encima una tía, que viene en busca de cuerpos que son como mapas, la geografía fascinante de un mundo intrigante, y ella, para eliminar dudas, les muestra los retratos de los guerreros surma que tomó en Etiopía, y no sois menos, qué tontería, les dice, te lo voy a mostrar, te lo imprimo y a cada chico le saca al momento una copia en papel de su fotografía y ellos miran y miran, alucinan, nunca se vieron así, este arte que os muestro es vuestro, y ellos se entregan, se creen los mejores durante ese instante, Javier, Juan Carlos, Fernando, Jeffrey, Josué, César, tan jóvenes, o Flor y Goofi, una pareja con hijos pequeños, y éste último, el padre, allí, delante de ellos, se quiere retratar pistola en mano porque mola y apuntando a la sien porque así además impresiona.

La fotógrafa radiografiada

Es la fragilidad de Isabel, su seguridad, su fe en lo que hace lo que causa respeto a los mareros que la observan, no la pierden de vista, no dan crédito, se acercan pero no la tocan, casi ni la rozan, y ella que no duda, se agacha, se sube a una silla, a una cama, lo que sea para encontrar el ángulo, la perspectiva, el detalle, la toma adecuada, no hay obstáculos para la barcelonesa, y Roberto, su ayudante, que prepara los trastos para que todo salga bien y adelante, también la mira y recuerda ahora, sí, que ella se agachaba, se estiraba, se tumbaba si hacía falta, se retorció, y todos admiraban las partes de su cuerpo, hasta los policías, la fotógrafa fotografiada, radiografiada por aquellas miradas, y yo pensaba jay, Dios mío, que aquí todos son hombres sin mujer, sin desahogo, que salgamos vivos de ésta; que ellos le habían contado un día que veían porno por televisión, mucha tía en pelotas, qué buenas las españolas, decían, y para quitar hierro, en plan camaradería, un día él les cuenta del festival porno de Barcelona y todos quieren salir ya del penal, irse ahora mismo hasta allá, y danos un contacto, una dirección,

te buscamos y vamos, todo esto ocurre allí delante pero Isabel no se entera, que sólo ve rostros, manos, cabezas, símbolos, tatuajes, ese lenguaje que la domina, que le fascina y dispara una y otra vez poseída, quiere llevárselo todo, atrapar en imágenes esas pieles, brazos, espaldas, de aquí o de allá, en África, en Asia, dondequiera que estén y sean, y en la prisión entonces alguien le comenta que llevan no sé cuánto bebiendo agua enfangada y al día siguiente ella se presenta con su cargamento: pastillas potabilizadoras para que nadie sufra, para que nadie se resienta o muera.

Deportación

Los de la mara vienen, los de la mara van y cuando los pandilleros salvadoreños son deportados de USA, y se cree que han sido 20.000 sólo en los pocos años que lleva este siglo, y regresan a El Salvador están perdidos y en su devaluación sólo les queda la unión, la protección de la mara y la afición a los tatuajes hasta en las cejas ("Viva mi familia grande", se lee sobre una), pero hasta esto ya queda antiguo, que las nuevas leyes represivas encarcelan ya sólo por las incisiones en la piel, por las marcas, y las nuevas generaciones buscan otros modos de identificación, la ropa, la música norteamericana y latina, el hiphop, los gestos de las manos y hasta de los cinturones y de los cordones de las deportivas, ahí se ve, que forman una eme o una ese, sus letras, sus metas, vivir la vida loca que no vale nada, ni la tuya ni la mía, todo ese lenguaje que sirve de anclaje, aunque ahora aquí en la prisión de Ciudad Barrios lo que se escucha en los casetes de fondo es Enrique Iglesias, que tragedia, y en el fútbol van también todos a una, en comunión, el Real Madrid o el Barca, no hay más, sus camisetas, que son lo más elegante, les sirven de traje hasta para casarse.

Los tatuajes

Ponte así o así les dice la fotógrafa y ellos que por sistema no obedecen. lo hacen ahora, fríos e indiferentes unos, entusiasmados los otros, quizá colgados del bazuko, ese desecho de cocaína que los envenena y asesina, así, gira la cabeza, a la izquierda, más arriba, les indica, así, bájate el pantalón, que se vea el calzón, coloca las manos y lo haces tan bien... pareces un modelo, qué cielo, mira que te enseño lo que ya tenemos, para todos tiene ella un poco de su tiempo, los hace partícipes, colaboran, así estás quedando estupendo, ¿te gusta? ¿te gustas? cosas del digital y si alguna foto sale mal desde aquí controlas, ¿ves? la repetimos, e Isabel, siempre vestida de colores claros, con gafas y sombrero, el pelo recogido, los dirige tranquila, se vuelve ya una experta, que hasta en los tatuajes se



Secciones de trabajo en la cárcel de Ciudad Barrios y en la casa de Goofi, miembro de la Mara 18.

(Fotografía de Roberto Ranero).

ve quién ha viajado y se ha formado en Los Ángeles y eso para ellos es lo importante, la mejor escuela, que es fácil huir y cruzar la frontera, muy fácil, comentan, que los de la mara vienen, los de la mara van sin descanso y en sus cuerpos mismos se aprecia el dibujo profesional, el artesanal, el que tiene mundo y el que lo sueña y así es la cosa aquí, hasta por un cuarto de dólar quitas de en medio a alguien por encargo y no le importa a nadie, ¿a quién le tendría que importar? y observa esas miradas, dice Isabel, tan vacías, mira a Giovanni, a Walter, a Julio posar, que sólo verles enmudeces, que tras sus ojos no hay nada que aprecies, nada humano o quizá esté

perdido, escondido en el lado oscuro, porque a uno, a Julio, le cogió cariño ella y la segunda vez que se encontraron, él la miraba y miraba hasta con emoción, la única persona quizá en su vida que le había distinguido, sin más, con su atención.

La apatía domina

¿Y cuál es la impresión cuando ves a los mareros por vez primera? No abres la boca para que parezca que sabes, que controlas, que nada te da miedo, que no se te inmuta ni un pelo, y ellos te prueban y prueban, tantean, nos dábamos con el codo cada vez que algo nos sorprendía pero de cara a ellos, todo natural, no hay que darles pistas sobre ti, si estás



Isabel Muñoz retratando a la familia de Goofi, en un barrio suburbial de San Salvador.

(Fotografía de Roberto Ranero).

fuerte te respetan, es la regla, pero vas cayendo en su telaraña y a medida que cogen confianza te van preguntando hasta que los policías del penal lo veían y decían pero no les des información que este tipo ha matado a veinticinco y tú mirabas y no lo creías ¿veinticinco? y si te entra el pánico, estás perdido hermano, fundido.

El arrepentido

¿Qué es la mara? le preguntan a un arrepentido que salió de una, un grupo de amigos que nos reunimos para defendernos, el lugar donde entramos de niños influidos por mayores que son nuestros ídolos, crecemos con violencia, a mí me quitaron la chava, la novia, dos tiros le metieron y así es esto o haces tú o te hacen, y yo he matado mucho, a dos amigos les cortaron los huevos, se los metieron en la boca, los quemaron, los enterraron vivos, y no es que no seas humano, es que crece y crece el desinterés por la vida, la muerte es tu amiga, todos vamos a morir, qué más da, inmolarse o suicidarse, la apatía domina la existencia, hasta que entras en depresión, qué ironía este círculo vicioso, y ahora que he salido, que lo he visto todo detrás mío, no le veo el sentido, estoy rehabilitado, desenganchado y quiero tirar para adelante, hacer algo positivo...

Heroínas

En Sensuntepeque, cárcel de mujeres, instala Isabel también su tenderete, una tela roja, una pantalla blanca y allí está Esmeralda, hermosa, engatusadora, la primera dispuesta a ser retratada y las otras chillan, parlotean, cantan, la contemplan con envidia, se hacen las uñas, las cejas, se pintan unas a otras allí mismo sentadas sobre las escaleras, mujeres de mareros, heroínas perdidas que mantienen la sociedad, el grupo, la clica, a las que para entrar antes, ahora no, que los ingresos femeninos no están permitidos, les daban primero una paliza colectiva, las violaban, y la modelo posa con soltura, y mira y mira mi figura, que a nuestros hombres les gustan los cuerpos rotundos... mujeres mareras, de bandera, verdaderos soldados de batalla, tan duras que organizan la retaguardia, la infraestructura, les dan hijos, se dejan follar cuando ellos las desean y, mientras un altavoz recita los nombres masculinos de las visitas que llegan, Esmeralda posa sus ojos oscuros sobre el objetivo y se convierte en la reina de este mundo, guapa le gritan las otras llenas de energía, indomables, que en las cárceles femeninas hay muchas más cosas prohibidas que en las otras, porque las mujeres se las saben todas, saben cocinar, por ejemplo, y todo lo fermentan, hacen lo que sea para conseguir alcohol, a los cigarrillos les ponen clorofila, se la fuman, se colocan y nadie se entera, controlarlas no es posible, dice el jefe de clica, aunque yo ordene, ellas harán lo que les dé la gana, y ahora algunas sujetan la tela delante del cuerpo de Esmeralda para que no se le vea la delantera en la cámara y se mueren de risa cantarina mientras Isabel termina, el trabajo se acaba, ellas se acercan, tocan a la española, le soban el pelo, admiran su piel tan blanca tan distinta a la suya tan latina y los niños chicos corretean entre sus piernas, muchos son nacidos aquí dentro, no conocen otra escuela. FIN.■

english texts

The photographer Willy Ronis claimed that a beautiful image is a "geometry modulated by the heart." This sentence also holds true for the work by Isabel Muñoz, an artist who, for many years, has been travelling the world and capturing with her lens sequences of movements and bodies in the intricate weaving and mapping of images suggestive of a personal sensuality and feeling.

As a result of several trips made to El Salvador in 2006, Isabel Muñoz managed to enter into a hermetic universe, traditionally removed from the eyes of art practitioners. Her incursions into Salvadorian jails allowed her to approach, without aprioristic judgements, the phenomenon of the *maras* or gangs that emerged in the 1980s in the United States to vindicate the Latino identity and which have since become a major focus of insecurity for Latin America.

The works on show display some of the issues that instil a personal quality to her work: the treatment of the body as a tactile texture inundating the surfaces to produce a metaphor of wider realities. In this case, the skin of the members of the gangs becomes the canvas illustrating the vicissitudes of lives truncated by violence. The tattoos covering the bodies comprise the vocabulary of a language that is only recognisable to the members of the group, and that Isabel Muñoz brings closer to our yes with rigor and technical veracity.

Those encounters allowed the artist to engage in an aesthetic dialogue with those using the language of violence. And by so doing, she elicits deeply aesthetic questions, for she invites us to reflect on the social and economic conditions underpinning the violence that has taken over those societies.

The result of these works, a product of the collaboration between the State Society for Exterior Cultural Action (SEACEX) and Caja Duero, is exhibited at Casa de América, a space dedicated to strengthening mutual knowledge and of the construction of a cultural Ibero-American space, an emblematic venue for this artistic project that brings to the fore one of the most serious problems that our society must face.

LEIRE PAJÍN

State Secretary for International Cooperation

One of the priority goals of SEACEX (State Society for Exterior Cultural Action of Spain) is to publicise our country's historical and present-day reality and also to support the dissemination of a better knowledge about other realities that are particularly germane for Spain. In this case, very particularly, of the Ibero-American community, whose past and present trajectory is, in so many aspects, inseparable from our own. Hence, the interest of the exhibition we are presenting at Casa de América which intends to foster the cultural dialogue between the two shores of an increasingly shared ocean and that it is yet another initiative inscribed within the cultural activities that SEACEX wants to extend to the widest possible range of genres and themes, from the memory of Spain in Europe, America, the Islamic domain and the rest of the world, to the most recent contributions by our artists.

In this specific case, *Maras*, a project by the photographer Isabel Muñoz, is the result of a new cooperation undertaken by several institutions, and the fruit of a rigorous work developed in the context of an open programme. Through the suggestive and innovative gaze of an artist refined but also socially committed, we are given access to a social and aesthetic overview of the already well-known Salvadorian gangs. An overview deploying before the spectator's eyes a whole range of images whose power acknowledges the anxieties, contradictions and also the vitality of a people placed at the tough crossroads of our time. From the very beauty of the selected photographs, the show provides us with an opportunity to reflect upon the reality and problems of a society immersed in a process of accelerated progress where marginality represents a problem for everyone.

The scrupulous unravelling of reality, the superseding of clichés and prejudices, the filling of gaps inherent to the research and dissemination of art and knowledge, are essential challenges to promote the progress of all peoples. In this path of education, freedom and service to society, based on dialogue and on the collaboration with all the individuals and with the public and private institutions able and willing to make pertinent contributions, we have the firm intention to explain, through exhibitions such as this, the many aspects of a cultural reality that is less and less possible to reduce to conventional and limiting national boundaries. Therefore, it makes even more sense to open even further to all influences, to the power of assimilation of experiences from other peoples and to the cosmopolitan nature, that is to say, to a global civilisation in which denunciation and social awareness are inseparable from creation immersed in constant renewal.

CARMEN CERDEIRA

President of State Society for Exterior Cultural Action

For Caja Duero, the possibility to collaborate in this project with Isabel Muñoz (Barcelona, 1951), one of the most prestigious contemporary photographers, is a source of pride. Her camera has frozen unforgettable series devoted to flamenco, tango, oriental dances or to the world of bullfighting, but without overlooking the darkest side of reality focusing on child prostitution in Cambodia or, in this occasion, the dangerous world of the Maras.

Her works have always met with widespread and fully deserved international recognition. And there are plenty of reasons for that.

For many, Isabel Muñoz's photographs will wake them up to a reality that, given its remoteness, might have just registered on the periphery of our vision. But there is where the commitment of Caja Duero precisely lies: to open our exhibition venues to the world. To open, as in so many occasions before, to the visual beauty, but also to the harsh living conditions of millions, in this case, in Latin America.

Still placed on the divide between the 20th and 21st centuries, over ten years after the end of the civil wars in Central American, a new type of violence is spreading throughout Honduras, El Salvador, Guatemala and threatens to invade other neighbouring countries like Mexico or even the southwest of the US. According to experts, a large part of this violence would be attributed to gangs of teenagers known as Maras, that are a direct outcome of destitution and social marginalisation, dysfunctional families, and of the violence that has devastated Central American countries throughout their history.

Caja Duero, an institution always working within parameters of solidarity and social engagement, has carried out a number of projects in Latin America aimed at improving the living conditions in the continent. This is a further step in the creation of social awareness. We invite you to open up your eyes to the harsh daily existence of millions of individuals.

We must not end without expressing our gratitude to Seacex, Casa de América and to the rest of institutions and individuals—very specially to Father Pepe Moratalla, totally dedicated to the rehabilitation of *mareros* in El Salvador—who made this great project possible.

CAJA DUERO

MARAS. THE LEGACY OF VIOLENCE

Pablo L. Monasor

At the turn of the century, over ten years after the end of the civil wars of Central America, a new type of violence sweeps the cities of Honduras, El Salvador, Guatemala – and threatens to spread to other neighbouring countries such as Mexico. According to the experts, a good part of this violence originates from the youth gangs known as the Maras, which are the natural exorcism of poverty and social exclusion, the disintegration of the family unit and the powers of extortion that have ravaged Central American countries throughout their miserable history. In order to understand the current wave of violence –revived by hunger, illiteracy, exploitation, inequality, and poverty– we need to be acquainted with the unfortunate legacy of institutional repression experienced by most Central American countries. Between 1930 and 1982 alone, El Salvador was ruled by six generals, four colonels, and seven military juntas, and suffered the trauma of seven coups d'état. We'll never be happy, predicted Simón Bolívar, and it seems clear that history has insisted on proving him right in this suffering Continent of hopes killed and resurrected a thousand times over.

According to United Nations data, in 1967 six million privileged individuals from Central America hoarded the same amount of income as one hundred and forty million needy people, and a tiny minority held on to five thousand million dollars in their private accounts in Switzerland and the United States. Almost 91 million people have sunk to living below poverty levels in the past 20 years, raising the number of people whose income does not suffice to live with dignity to 102 million. At the turn of the millennium, 23 million formerly middle-class Latin Americans fell below the poverty line, turning Central America into the most unequal region of the planet. In El Salvador, the data are outrageous. According to the various associations grouped under Control Ciudadano El Salvador, in 1992 20% of the wealthiest families received over half of the national income, while the poorest 20% only reached 3.2%. And then years later, the gap had broadened. In 2003, unemployment rates in Latin America were the highest in history. One out of three children experiences hunger, about two and a half million are compelled to seek work in the streets, and the gap between the rich and the poor is becoming unsalvageable. According to David de Ferranti, vice president of the World Bank, the most equitable society in Latin America is less fair in the distribution of its wealth than the most unequal country in Europe. The United Nations Development Program (UNDP), which measures human development in 177 countries world-wide, ranked El Salvador in the 104th place in 2006. The data on infant mortality rates are also disheartening, as it is a full-blown epidemic affecting 32 out of 1000 children, as is the fact that over 6% of the 6,822,378 inhabitants of El Salvador have never had the opportunity to learn how to read or write. In this country alone, 2,500,000 people had no choice but to emigrate to the United States, where about two million Salvadorans reside today. According to the Central Reserve Bank, in 2003 over two thousand million dollars entered El Salvador as remittances. A year later, these increased to 2,547 million dollars, accounting for 20% of the GDP. If these remittances were to be cut, 360,000 families would be left in a state of extreme poverty, dooming their members to marginalisation and violence. Josué de Castro expressed this half a century ago: "Underdevelopment is not the lack of development. It is the result of an ill-guided kind of universal development. Unfortunately, the only alternative left for Latin America is violence. One hundred and twenty

million children are caught in this storm. Each minute a child dies of disease or starvation. In 2000 there will be 650 million Latin Americans, and half of them will be less than 15 years of age; a real time bomb". When Josué de Castro wrote his now classic *Geography of Hunger* more than a half century ago, 50 out of the 280 million Latin Americans lacked stable employment, half of them lived in insanitary shacks, and 100 were condemned to the wretchedness of illiteracy.

By that time, the political storms that would devastate the country had already started in El Salvador, leading to a civil war that would result in 75,000 deaths and thousands of missing people, most of them civilians. But worst of all, the war was but the tip of the iceberg of this outbreak of violence that has settled like a plague in Central American societies. "You people from the United States" remarked a member of the Base Christian Communities to Charles Clemens, a former North American pilot stationed in El Salvador in 1982 "are very worried about gun and machete violence. But there is a worse kind of violence: to watch powerlessly as your children die, falling prey to the hunger and disease that we have been enduring in silence for too many years. Why don't you worry about this kind of violence?" Jeane Kirkpatrick herself (who had been in charge of Latin American affairs under the Reagan Administration) acknowledged that a fourth of the population had been compelled to flee or forced to leave their homes. In that bloodbath of cruelty, El Salvador probably fared worst of all. In 1980, the Office of Human Rights of the Archdiocese of San Salvador counted over 8,000 deaths of people "from progressive and populist factions, assassinated for their political beliefs as a result of operations carried out by the army, security forces, and paramilitary organisations coordinated by the high command of no less than the armed forces." It is in those infamous extermination and torture techniques, described in detail in a report by the delegation of the United States Congress that visited El Salvador in January 1981, that we ought to look for the roots of the violence that ravages the country today. The Church Legal Aid Service recorded 12,501 murders in 1981, in addition to other unresolved cases that may be attributed to the police and military forces, while Human Rights groups have continued to denounce the continuous practice of torture, castration, dismemberment, and physical and sexual assault.

But this rampage was not the product of chance. The Salvadoran military had been carefully trained by the United States, while the security forces were trained by Argentinean torture experts recruited for the purpose. John Loftus, commissioned to investigate Nazi war criminals by the U.S. Department of Justice, wrote these terrible words: "In the year 2025, when the Central American death squad documents are released in the National Archives to take their place alongside the records of Nazi genocide, I am going to take my grandchildren for a visit [so that they learn that] those who do not know the mistakes of history are condemned to repeat them". Governmental repression applied to the entire opposition, and was manifested most infamously in the figure of Archbishop Romero, assassinated in March 1980, following his plea to President Carter in January to withdraw his support to the civic-military Junta that had risen to power by the use of violence a year before. The archbishop wrote: "It would be unjust and deplorable for foreign powers to intervene and frustrate the Salvadoran people, to repress them and keep them from deciding autonomously the economic and political course that our nation should follow". This desperate plea fell on deaf ears. The repression of Salvadoran peasants proceeded with obstinate virulence in the following months. The terror promoted by the North American administration had succeeded in its purpose. Their sharks in El Salvador eliminated unions and popular organisations, professors,

teachers, priests, mass-media, and over 10,000 civilians. In October 1980, the successor of Monsignor Romero, Bishop Rivera y Damas, denounced the armed forces "for their exterminating genocidal war against the helpless civilian population", while president José Napoleón Duarte praised the same forces for their "brave services against subversion".

Institutional terror drove many youth to join the guerrillas: their numbers increased from 2,000 in 1979 to 5,000 in 1984. But this seeming failure of repression is not such, for the purpose of the U.S.A and their Salvadoran sharks was no other than to bring the conflict to their terrain, which was always that of subjugation and force. In 1980, once president Reagan had entered the White House, the Catholic Church of El Salvador released some bloodcurdling data, according to which 30,000 civilians had been killed in the country, while 600,000 people–13% of the Salvadoran population–had been compelled to flee their homes and villages to seek refuge in the mountains. State terrorism, poverty and inequality have not ceased to grow, severely damaging the social fabric of El Salvador. "The use of force as a resource" wrote Joaquín Villalobos, a former guerrilla commander and a chairman in Oxford University "is deeply ingrained in our culture. Since it was always the *modus operandi* of the government, it was assimilated by the governed, and now prevails in the left and the right, among civilians, military men, the poor and the rich". One of the manifestations of this continuous use of force is the social and political phenomenon that is developing around the Mara gangs which, after first appearing in the U.S., spread to El Salvador, Guatemala, Honduras and now are expanding, as an uncontrollable metastasis, to the rest of Mesoamerica. And the worst part is that this violence is reinforced by the spurious propaganda that the governments use to frighten the population in their attempt to gain electoral votes. In El Salvador, the president Elías Antonio Saca has no scruples in warning that his ally George Bush would deport over 6,000 Mara gang members if his party, the extreme right-wing ARENA, did not win the elections. "The danger posed by the Mara violence is severe," explains Gustavo Zelaya, from the NPO Casa Alianza, "but we need to be very careful: the Maras are the new enemy that the authorities provoke to distract attention from the true problems suffered by youth in Latin America".

The culture of violence

The phenomenon of urban gangs, of organised youth groups, started spreading through Central America in the sixties, groups known as Mau Mau, Sacaojos, Comemueitos, Piojo, Morazán, Babybang, Gallo and Vatos Locos, which later evolved into Maras, Galladas, Marras, or Parches, depending on the country. Their members call themselves chavos, vatos, pandilleros, cholos, mareros, chapulines, depending on where they are from (Mexico, Honduras, Guatemala or El Salvador). These youth gangs emerged in Los Angeles and gradually branched out as a deathly epidemic into other North and Central American cities. As early as the 50s, youth gangs in California started to group to gain control over entire cities. The most famous groups may be the *Crips* and the *Bloods*. Drugs were still not in the picture, nor were the AK-47 assault rifles, or the 9 mm guns. When a racism generated by uncontrolled immigration led these gangs to attack Mexicans, these organised to defend themselves following the same structural schemes. These burgeoning gangs grew in South-Central Los Angeles, and in the 1960s each street between 10th and 20th had a gang of its own, with their organised "cliques", a sort of cell whose mission is to recruit new members, plan new actions against rival gangs, the distribution of drugs and weapons, and collecting the so-called revolutionary tax. The effects of

the economic crisis generated by the end of the boom, the subsequent government attack on democratic and workers' organisations, the drastic cuts in social programmes, and the arrival of refugees from the successive wars in Central America resulted in the uncontrollable growth of the gangs. In Los Angeles, as factories and workshops shut down in South Central and South West, and thousands of workers lost their jobs, the streets started to fill with angry men, unemployed and hopeless. Until 1992, when the Chapultepec accords put an end to the long civil war in El Salvador and some gang members were among the leaders of the riots that devastated the centre of the capital, the city's police force seemed unaware of the existence of the powerful Mara Salvatrucha. Other Hispanic youth that arrived in the 1980s started grouping in the Mara 18, an old Mexican gang that got its name from having been born in 18th Street in the Rampart neighbourhood of Los Angeles. Soon the number of known gangs in L.A. reached 1,350, comprising about 150,000 youth between the ages of 11 and 18 who had been recruited in school yards. A genuine plague that started to settle in the everyday life of North American cities and led the authorities to devise special plans to deport violent juveniles to their countries of origin. In 1996, the U.S. Congress passed a law by which any foreigners sentenced to terms exceeding a year were to be deported to their countries of origin. Thus, 20,000 criminals were expelled from the United States between 2000 and 2004. "They returned them to us" claims Óscar Álvarez, the Honduran Ministry of Security "without letting us know of their backgrounds. They arrived to our countries with full freedom to do as they pleased. And what they knew how to do best was crime".

And what did those youth find upon returning to their countries? More of the same: poverty, unemployment, marginalisation, hunger, institutional violence, broken families, malnutrition, and a level of illiteracy that had reached a disheartening 30%. According to a report by the El Salvador National Council on Public Security, at that point there were 39,000 active mara members: 22,000 from the Mara Salvatrucha (M13); 12,000 in the Mara-18; and 5,000 in all the others combined. However, we must take this numbers with a grain of salt considering the difficulties involved in quantifying gang members, and the obvious interests that may influence this process of counting and evaluation. Peter Peetz quotes four different sources, with estimates ranging from 70,000 to 500,000 mareros in all of Central America. One of the sources is the renowned analyst Thomas Bruneau, a professor of National Security Affairs at the U.S. Naval Postgraduate School, who in 2005 estimated the number of mareros to be 69,145. According to official records, by the year 2000 there were about 30,000 of them in El Salvador alone, double the number of guerrilla members during the civil war. In 1998, the estimated number of mareros in Honduras was 60,000, and 28,000 in Guatemala, while Costa Rica had the smallest number of *chapulines*. The first gangs that settled in El Salvador emerged in 1988 with the arrival from members that had been deported from Los Angeles. The names of the first three cliques—*Teening Locos*, *Shadow Park Locos*, *Bunny Dream Locos*—speak volumes about their origins. Without a doubt, the most important gang is the M-13 or Salvatrucha, a contraction of *salva* (for Salvadoran) and *trucha* (smart, cunning), though the most likely root was that of "xatrachos", which joined to "salvadoreños" would give rise to the denomination of *Salvatruchos*. Today, the Salvadoran maras have the strongest presence in the metropolitan area of San Salvador and in the cities of Soyapango, Apopa, Ciudad Delgado, San Martín and Cuscatancingo.

According to internal reports of the National Council of Public Security of El Salvador, the causes that give rise to child and adolescent gangs are "broken homes,

parental abuse or neglect, the consumption of drugs and alcohol, high levels of participation in violent acts, and serving time in penitentiary centres". In contrast to the ordinary criminal, who breaks the law to enrich himself, the marero does not enter crime seeking money. His profile would be that of an unemployed youth from a poor and broken family, from a devastated society, a functional illiterate in many cases, the victim of social exclusion and violent parents consumed by alcohol. What he seeks in the Mara may be the home he does not have, the family whose warmth he never felt. They are not professional criminals, like the ones involved in drug cartels, immigration networks, or weapon trafficking. "These mafias" wrote Frédéric Faux, author of the book *Les maras, gang d'enfant* "are motivated by money; mareros are not. None of them is rich, with the exception, perhaps, of their hidden bosses, but every one I have known cannot even afford shoes, live in dilapidated houses, ask for five dollars to buy milk for their kids, they have nothing. They are poor, very poor". "They seek the rules of other rules" wrote Rafael Ramírez Heredia, in his novel *La mara* "that don't resemble any known down south, where they used to be prison garbage, landlord cats, stinky gringo bitches, of the fucking capos that have it all and only give away trash".

The experts of the National Council of Public Security of El Salvador believe that the diffuse ideology of the members of the Mara-13 (Salvatrucha) rests on comradeship, the loyalty to the gang above oneself, obedience to the leader, and the feeling that its source and strength comes from the Beast or Devil. These experts think that the organisational structure of the Mara includes a central command based in the United States and Canada, which branches out into the national commands (one in society and one in prison), and the leaders of departments, cities, and cliques. At present, some of their best-known leaders are held in the prisons of Chalatenango and Cojutepeque. Each of them counts on two unconditional followers, the so-called *chuchos* (mutts) that serve as their bodyguards. In most cases the *chuchos* are also "missionaries" engaged in assassinations. According to data from the World Bank, Latin America and the Caribbean have homicide rates around 20 deaths per 100,000 people, and these statistics escalate to 100 homicides per 100,000 people in Colombia, El Salvador and Guatemala. If we trust the statistics of the FBI and the Central American Police Forces, about 50% of the crimes committed in these countries can be attributed to the maras, though this percentage drops to as little as 8% according to university and church sources. During the 1980s, 80% of the mareros in Guatemala were between 15 and 19 years of age, and none were older than 25. Each year, their new members tended to be younger. In the 1990s, the ages of 72% of the mareros in El Salvador fell into the same range as it did in Guatemala ten years earlier, while in 2000, the average age at which members joined the mara was 15 years old for males and slightly older for females. Today, the new members that enter the mara are between 11 and 14 years of age.

The mareros spend a good part of their time in the streets, although most of them have access to shelter, dilapidated and unsanitary as it may be. "The street teaches one to live and die" a marero states, "I've been living in the street since I was nine, and it is better to be with the mara than to be alone". Belonging to the Mara gives them a sense of identity. Thus their endless fights to mark their territory, their turf. And it is here, at the heart of the mara, that what their members call "La Vida Loca" (the crazy life) unfolds. Those three dots tattooed on their knuckles (One: la, Two: vida, Three: loca), that sour sensation that dries the mouth in the clamour of fights against rival gangs, that ineffable pleasure in risky behaviours that society considers scandalous and that are not only forbidden but severely repressed; what they

call "vaciles", which may mean just about anything. According to the results of a recent survey of mareros, the vaciles, along with the brotherhood, the self-esteem, the solidarity, is what appeals most to them about the Mara. And what they like the least about it is the discrimination, the constant harassment by the police, and the risk of being arrested, incarcerated, and killed. Most of them steal and use drugs: marihuana, alcohol, crack, and riskier ones. There are drugs in the life of the marero, but they are not the cause of his behaviour: the cause is social exclusion. But the drugs and the crime that leads to them is where the merit system of crime begins, that point of no return at which a teenager starts his path of self-degradation until he becomes a criminal, a murderer.

In time, the mareros have developed a specific language, a slang of their own, a disquieting mix of Spanish and English, local expressions, and the archaic version of Spanish that they call "malespín". They also use graffiti and "placazos", used mostly to mark their turf or encode specific messages or instructions from the bosses, most of whom are hiding in remote places (in the United States, it is said) that even the mareros do not know of. They communicate to a great extent by means of signs, gestures, slam—a mixture of English, Spanish and Chicano—in addition to the kabbalistic language of their spectacular tattoos, the signs in their hands, their fingers, the walls spiked with references to darkness, with appeals to the Devil; the graffiti with which they mark their territory in the belief that each wall they cover with their sinister iconography holds a Satanic spirit that watches and protects them. These signs conform the criminal *performance* of the marero, along with other codes of their own such as punk music, rap and hip hop, break dance and heavy metal, the brutal rituals of initiation and the horrifying Satanic rites, whose very description is chilling. Serapio Umanzor, a former boss of the M 13 that is in the process of re-entering society, related to *La Prensa*: "The rite consisted of offering the life of another person to the hood. We had agreed to perform a Satanic rite each Friday, and we always chose the victim from among the drunks, the prostitutes and the homosexuals. But then we decided that to make the hood stronger, we had to offer the bodies of girls who were not mareros but who sympathised with our group [...] I've never been able to get those rites out of my head. Up to 50 members of the Mara would participate, taking the chosen person by force, while I stabbed their body 13 times, representing the number of the Mara. Then the boys would cut her neck and I had to take three sips of blood, while the "Littleone" recited the Satanic prayer".

Violence as a pretext

The first studies on violence were conducted in 1997 by the Institute of Public Opinion (IUDOP), the Center for Information, Documentation and Research Support (CIDA) and the José Simeón Cañas Central American University (UCA), to the apparent confusion of the Salvadoran government and its president Armando Calderón Sol. These studies debunked the official discourse, which claimed that the violence of the years that followed the 1992 Peace Accords was almost exclusively the work of youth gangs, and of the Maras in particular. A theory defended by every successive term of ARENA, while academic research keeps insisting that such violence has multiple facets and a variety of causes and agents which reveal the existence of a crime world—contraband, prostitution rings, money laundering, kidnappings, assassinations, drug trafficking, gender violence, weapon trafficking, illegal immigration networks—whose leaders are not members of the maras, but criminals with a high degree of political influence and close ties to a corrupt administration. None of this prevented the Salvadoran government from

implementing their Mano Dura and Super Mano Dura plans against the maras, based on the hypothesis that diminishing gang violence by means of incarceration would result in a proportional decrease in social violence. The facts have proven that these regressive plans resulted not only in a monumental failure, but also in severe infringements of constitutional law.

The Mano Dura programmes are not unique, but fit in the repressive policies of the entire area, along with the Acero programme in Mexico, the Escoba plan in Guatemala; or the Libertad Azul Plan in Honduras. Perhaps the worst consequence of such repressive policies is that by gathering gang members in the country's prisons, they have put them in direct contact with organised crime. Thus, the Mano Dura policies may have exacerbated the problem they sought to fight. According to Vicente Rodríguez, the administrative coordinator of the IIDH, the result of Mano Dura policies has been to transfer the problem to the prison system and make it worse, since mareros learn new ways to commit crimes in prison, and strengthen their connections in the streets. "In fact" he says, "they are trying to put out a fire with gasoline". According to the directors of the Centre for Justice and International Law of El Salvador, the apparent successes of the police are a mere illusion, in spite of the 4,300 gang members that have been incarcerated this far as reported by the Ministry of Interior Affairs. In opposition to the triumphant attitude of the government, experts from the José Simeón Cañas Central American University (UCA) offer a disturbing datum: before the iron-fist policies, the rate of homicides was 35 out of 100,000 people, whereas now it is close to 45. In the opinion of Bernardo Kliksberg, leader of the Inter-American Initiative on Social Capital, the merely repressive approach of the Mano Dura has proven itself inefficient and counterproductive "because it neglects social reinsertion, and only reinforces and expands the police system, penalises the most basic forms of law infringement, lowers the penal age in order to incarcerate children and adolescents, and there are even those who ask for the incarceration of the parents of the juvenile delinquents". An opinion shared by the Inter-American Commission on Human Rights (IACHR) and UNICEF in El Salvador, Guatemala and Honduras, which hold a variety of reinsertion programmes since 1990, such as the Programs of Assisted Liberty. The heads of such programs say: "We are not unaware of the state of extreme violence and insecurity created by the Maras, and want to express our deep solidarity with their victims. But we must point out that many boys and girls of the most deprived sectors of society do not have access to education, food, shelter, security, personal protection, and employment opportunities".

In opposition to the repressive official discourse, the United Nations affirm that the main factors that need to be eradicated to put an end to this social plague are the continuous deterioration of the socioeconomic situation, the dramatic imbalance of families, and the indiscriminate tendency of individuals and private security guards to carry weapons. Something that the authorities are trying to ignore in order to conceal the magnitude of the weapon trade, which moves millions of dollars, and in which some police and government officials are involved. According to data from the very National Civil Police (PNC) in 2003 there were over 170 private security companies in El Salvador, employing over 23,000 guards, 3,000 more than the police. In an unstructured State, many fear that delinquents of every sort, organised crime, security companies, the Maras themselves, are creating their own parallel State. The economist William Pleitez stated recently that "El Salvador is one of the Latin American countries that invest most in security, and paradoxically is one of the least secure ones". The Salvadoran government spends

over 11% of its GDP in this area, a considerable figure that doubles the national budget for health and public safety. There are those who believe that the State itself could end the violence of the mara with only half of its security budget by formulating a preventative training and employment plan to integrate marginalised youth. "But the State", affirms Santo Alberto Fernández, director of the programme *Fé y Alegría* (Faith and Joy), which works on the reinsertion of about 700 gang members from the Colonia Zacamil, "has not the slightest interest in eliminating the Maras, because if they did, it would be the end of the security business, which today is the largest in the country". Even though organisations such as the ITAM, BIB and the Central American University Consortium differ in their evaluation of the severity of Mara violence, all of them agree in recommending to political and security forces to concentrate more on prevention and offering services to the families that suffer from violence on a daily basis. According to UNICEF, the mass media have ended up turning the mareros into a media spectacle, when they are not truly responsible for all the violence endured in the countries of the region, but for a certain amount of crimes, terrible as they may be, that amount to between 5 and 10% of the total.

The message sent by the United States is precisely the opposite, as indicated by the higher numbers of prisoners and guilty sentences, which have led to a significant increase of the State budget devoted to repressive policies: 154% in the past twenty years. This seems to be the official approach of the great northern neighbour, which has decided to include youth gangs in their famous Axis of Evil, which has influenced an increase in international repression that results in very profitable business for the companies that manufacture and sell weapons, which happen to have strong supporters within the very Administration. In February of 2005, the *Boston Herald* was diffusing the rumour that the Mara Salvatrucha may have ties to the Al-Qaeda network; and a year later president Saca did not hesitate to affirm that the mareros will be the terrorists of the future during the Anti Gang Convention of San Salvador, in which he was accompanied by experts from the FBI, the DEA and the Mexican and Central American police corps. But opposing these arguments, those of others who, like Rodrigo Ávila (head of the Salvadoran police), affirm that the gangs would be over in two months "if war strategies were to be applied", evidence indicates that repression not only has proven to be inefficient, but has drastically exacerbated the evils it was trying to fight. One needs only consider Iraq, a tortured country that has lost 650,000 people (most of them civilians) in three years of a clearly illegitimate war, while three million people have been forced to flee their homes leaving their property behind. In El Salvador, in spite of the repressive policy of the government—or because of it—the yearly homicide rate rose to 2,500 in 1990, then to 3,800 in 2005, and experts predict the trend will continue. The Mano Dura laws have generated an armed escalation motivated by self-defense as much as by revenge. Just as it happened in Iraq. Robert Kennedy had announced this already, a few days before being assassinated: "violence only begets violence and extreme violence only provokes revenge". This is the only way to account for the increase in criminal violence that can be seen in El Salvador today. José Miguel Cruz wrote "Until the implementation of the Mano Dura Plan, the criminal trend was stable. Since then, the number of homicides has skyrocketed. It is truly astounding".

In spite of the relentless evidence provided by such numbers, politicians, analysts, and police experts with close ties to the Bush Administration, the FBI and the North American South Commando are still promoting an interpretation that views the maras as a sort of

transnational macro-organisations with inexhaustible financial resources and sophisticated weaponry, as we have been reminded by Sebastian Huhn, Anika Oettler and Meter Peezt, from the German Institute of Global and Area Studies of Hamburg. "The transnational level combat led by the United States indicates that this discourse is very powerful. A discourse of fear and threat generated mostly by the mass media, and political, military, and scientific circles, and is based on insufficient and questionable evidence". According to these German analysts, in December 2005 alone *La Prensa Gráfica*, the highest-selling newspaper of El Salvador, printed a total of 312 articles about delinquency. And almost half of them—110 to be exact—referred to the mareros as the perpetrators. Thus, a statal and parastatal violence is being established in Central America in the framework of what Amnesty International has called a Corporate Mafia State.

José Miguel Cruz believes that the police strategy followed by the extreme right-wing government of El Salvador, politically and financially encouraged by the United States, is very similar to an actual war. According to John Carlin, a journalist that specialises in international conflicts, the response of the gangs has been to increase their use of weapons at a massive scale, so that El Salvador has become the seventh largest importer of small arms from the United States. Salvadoran experts note that in this war that the government is waging on the Maras, not only is the policy of arrests highly arbitrary, but numerous special assault units have been created, as reported by the United Nations and UNICEF, and even the different churches, the press, and the University. Faux states "The Honduran organisation Casa Alianza has recorded the death of 2,600 youth between 1998 and 2005, and this country has the famous 316 army battalion that is attributed many murders, as well as a group known as "Los Magníficos" that brags that they leave no trace of their operations". Villalobos warns "If the strategy to address violence is wrong, the premonition of Walter Bénéke (Minister of Education in 1970, assassinated by the Ecuadorian death squads) may come true: the country will end up badly".

Most of the academic institutions that research the issue of Mara violence, the Churches, the United Nations, the OAS, and quite a few members of the Central American governments themselves believe that the solution to the problem involves the integration of mara members in society and the social prevention of crime. José Moratalla, a Salesian friar in charge of the Don Bosco Industrial Triangle, where he works on the social and occupational integration of hundreds of gang members, the problem is dire: "The public powers have not paid this epidemic of youth violence the attention it deserves. The only thing we have seen to this point is a mediatic boasting, sensationalistic and obscene rather than contemplative. And we are talking about thousands of youth, about half of the population of Central America, precisely the half that has to build the future of these countries". An opinion shared by no less than Vilma Morales, president of the Supreme Court of Justice, who believes that Central American states "have largely neglected doing a thorough analysis of the Maras, of the gangs and their genesis". Created in 1985, the aforementioned Don Bosco Industrial Triangle, in the Iberia neighbourhood of San Salvador, carries out an important training programme through 10 industrial cooperatives, which has already benefited hundreds of high-risk and formerly imprisoned children, including many mara members seeking an opportunity to leave the criminal sphere. Similar programmes are offered by organisations such as *Homies Unidos* (Homies United), created by about fifty former gang leaders; *Adiós tatuajes* (Farewell, tattoos), supported by the Luis Chávez Vicariate; *Fe y Alegría*, founded in 1969 by the Jesuit

Joaquín López, who was murdered by the Salvadoran army in 1989; and the Association of Training, Service, and Prevention of Child and Youth Abuse (ACAP), that carries out an exemplary programme to reinsert about 200 members of the Mara-18. The very Salvadoran administration has launched a variety of reinsertion programmes in the prisons, serving about 300 inmates in the women's prisons of Ilopango (50 inmates), Ciudad Barrios (250 inmates) and Quezaltepeque (300 inmates). These initiatives are clearly insufficient, as noted by Gema Santamaria of Mexico's Autonomous Technological Institute. Perhaps, for this reason, there may be no going back for violence in this tortured country where one out of every hundred and fifty youth belongs to a criminal gang. The psychologist Coralía Cruz, of ACAP, states that "it is very hard for the mareros to stop being criminals. To do so, they have to relinquish the safety that the group offers, risking being captured by the police or murdered by their former peers". This may be one of the largest problems faced by the various sectors that seek the end of gangs. "The Mara" confesses Edwin, a former gang member that is currently at the Don Bosco Industrial Triangle; "is a labyrinth with no way out. I got out because I wanted to see my children grow. They killed my girl (my partner) barely two months ago, shot my baby, and destroyed me for leaving the gang. Now I cannot even approach my daughter, for her own safety". There are thousands of cases like Edwin's. What to do? There is no easy solution, and it becomes even harder given the scarce or nonexistent governmental support for reinsertion programs. The Control Ciudadano.El Salvador (Citizen Watch) affirms that "The State must establish a culture of peace by promoting preventative measures, administering justice effectively and offering reparations to the victims of violence. However, there is no State policy on the issue, and its actions have been repressive rather than preventative. One instance of this is the Law of Arms, which allows citizens to own weapons to defend themselves against delinquents in view of the police's ineffectiveness, and which was supported both by the Executive Power and by the main right wing parties in the Legislative Assembly".

Everybody knows that even though social integration policies offer more sustainable solutions, in the short term repression succeeds better at assuaging a frightened population. This encourages the official discourse, which almost unfailingly brandishes the threat of gangs to influence the vote of citizens. Something which can be profitable during election times, even if it is morally and politically obscene. In the opinion of José Miguel Cruz, the biggest danger is not that "U.S. military and State Department officials may eventually support markedly authoritarian options, but that the citizens themselves may approve of this return to authoritarianism". Other international observers, including the Institute of Global and Area Studies in Hamburg, share this view. The views of North American diplomat Douglas Barclay are just as firm, as he states that "we must put a stop to criminal violence, now", a formula that is not going to earn him much in royalties given that it is the one that his government has been preaching to the wide world. Even if it does not convince the Central Americans, who cannot understand how those who have created this problem for them have the nerve to suggest ways to fix it. "The words of ambassador Barclay are ironic" wrote John Carlin, "in that, far from having the answer for the problems of El Salvador, Washington has contributed, and continues to contribute to a great extent, to the crisis the country is facing at the moment. Because it has played a significant role in creating the conditions of extreme violence in which the current generation of gang members emerged. During the Civil War of El Salvador, the United States supported the death squads responsible for the deaths of 30,000 people. We should not forget this".

Perhaps it was their distorted approach to solving the problem that led the repressive authorities themselves to push marero youth into organised crime and drug cartels. By now, these must have become the source of income for gangs, along with "turf tolls" and the blackmailing of small businesses, neighbours, and hapless passers-by that come into their territory. The problem has reached such proportions that regional statesmen recently committed to fight against what they have defined as a real criminal plague. In the opposite front, the recent summit of Cochabamba also touched on the issue of the Maras, and on the "true civil war" strategy encouraged by the United States and its sidekicks, who wish to include the gangs in the worldwide Axis of Evil. Therein lies the true dilemma, the one that concerns the keenest and best informed experts, who wonder which response would be the most appropriate and intelligent: repressive policies, the extermination that may come in the future, or reinsertion and integration programs for children and youth in the torn social fabric of Central America? In the meantime, the juvenile delinquents that belong to the Maras, those thousands of criminal gang members whose violence disturbs us in their atrocity and irrationality, struggle in a dark existence, without a sense of future, confined behind bars and in their own criminal insanity, in that tremulous frontier that lies between life and death.

ISABEL MUÑOZ AT THE HEART OF THE MARA

Publio López Mondéjar

There are times when an artist does not choose her subjects, but is instead chosen by them. This is the case of the risky photographic essay that culminates the path that Isabel Muñoz started off a few years ago on a long professional pilgrimage across the most miserable countries of Africa and Asia. It was not by chance that she reached the prisons of the body and the soul where hundreds of *mara* delinquents gather in El Salvador. Her previous works already had bore witness to the moral leprosy of the society we live in, for instance those devoted to girls forced into prostitution in Cambodia, and to the devastation produced by the Bam earthquakes. At a time in which frivolity has led art to the sumptuous foam of the banal, Isabel Muñoz has not hesitated to penetrate the darkest recesses of conscience in order to extract from them what is true and lasting, as seen in this gut-wrenching gallery of portraits taken in the prisons of El Salvador, which could have been the work of Dostoyevsky in Siberian cells. They convey to us their distressed perplexity, as well as her fascination, the anguish in her gaze, seeking a ray of light in the searing secret of these doomed beings.

Life, as photography, often offers us strange, disconcerting encounters, as the one that led Isabel Muñoz into the company of these captive beings, who live hanging over an abyss. And she has had the resolved determination to face the risks of this deformed world and expose it to our horrified eyes: the eyes of tranquil citizens, merry in their ignorance, sanitarily detached from the debris that society gradually suppurates. When a creator chooses to face the challenges posed by her work, she knows that she is going down a road plagued with thorns, cliffs, and raging winds. When Isabel Muñoz decided to do this piece she knew, or perhaps only intuited, that she was penetrating the sewers of marginalisation and violence. Once there, before those rugged men and women that stared at her menacingly, yet helpless, she felt she could not go back, that she must surrender impetuously, passionately to her work. In actuality, she could not have done it otherwise. Perhaps at the time, blinded by her own vehemence, she was unaware of the real dimension of her project, but she certainly knew that she was going to succeed in capturing the full horror she was facing in her camera lenses. This is a time when a true artist does not waver. "The painter and the writer—wrote Antonio Saura, and he would have included the photographer in this—seemed drawn to become, increasingly so, allies against the invasion of silence, screaming together in an identical and fascinating fall". Isabel Muñoz did not sink in the vastness of this social and moral wreck; on the contrary, she penetrated it gradually with obstinate determination, until she reached the very heart of the shadows.

One could reproach her choosing this deformed mirror of the human species, of ourselves, this moral devastation that impregnates the skin, the gaze of these juvenile delinquents at the core of their tortured lives. But darkness has always been the partner of the arts, the partner of artists themselves, and of the subjects pursued by the palette, the chisel, or the camera. In the geography of evil that condenses in these disturbing portraits of *mara* members, we feel as if we could perceive everything in us that is monstrous and abhorrent. This may be why we shudder on meeting these gazes, because we feel their threat, their accusation and their pleading. Above all others, the portrait is a genre that plays with the risks of chance and unpredictability. Because there is nothing as shifting as a

portrait, in which an honest photographer will always
 ... what she knows and does not
 ... to portray these delinquents
 ... without the risk of stumbling, of rolling down the hills
 ... imprecision? In any case, should the photographer
 ... penitentiaries, of social dumps, of
 ... the latter may pose one of the
 ... Between the cruelty of the individual who
 ... and the pity of the one who watches,
 ... ing cover behind the camera, lies a territory of
 ... stress. With the elements found in this
 ... ietling expanse of the unknown, the photographer
 ... trace a sort of turbulent beauty, even if it is found
 ... the most atrocious depths of reality, in its darkest,
 ... most forsaken shore. This is, in my opinion, one of the
 ... greatest merits of Isabel Muñoz, who has managed to
 ... capture the warped and terrifying world of violence
 ... without justifying or criticising it. The portraits will not
 ... reveal a trace of any leanings, any commitment other
 ... than with photography itself, with the reality that the
 ... images reveal, with the need to transport this reality and
 ... offer it to society as a moral and artistic legacy.

Isabel Muñoz has carried out her work with the humility
 of the great masters, from a fiercely human impulse,
 with curiosity and respect, with compassion, also with
 that certain fascination characteristic of man, that
 animal bent on proving to itself that he is the most
 harmful amongst all the creatures that God put on Earth.
 Hell is there, Giacometti warned us; hell is other people,
 asserted Sartre. One only needs to look closely at the
 faces rendered eternal by Van Gogh, Picasso, Freud,
 Bacon, Saura himself, feel the fright conveyed by Goya's
 black paintings, the agitation in the gazes gathered by
 Diane Arbus, the morbid obscenity of the neo-pictorialist
 creations of Joel-Peter Witkin, to realise this is true. In
 the tattooed faces displayed by the portraits of Isabel
 Muñoz, crossed with the lines of death, we can also
 perceive the proximity of hell. Isabel Muñoz found a
 way to show us. With delicacy, with passion, but also
 with compassion.

"There is no creature so small and vile" Thomas à
 Kempis told us over half a millennium ago, "but that it
 showeth us the goodness of God." I have not quoted this
 words here on a whim, for they not only announced a
 more merciful interpretation of Christianity, but also
 because they opened the way to the appreciation of what
 is human, which is so essential to the art of our times.
 From the Renaissance on, artists have been indebted to
 this embrace of the individual, which includes even the
 cruellest ones, the most ferocious perpetrators, such as
 those presented by the portraits of Isabel Muñoz. "I am
 never going to stop" the photographer asserted, "Each
 day, my photography is going to get more tinted by
 social issues". Those of us who are well acquainted with
 the work of this pilgrim of beauty, who has been leaving
 traces of her exquisite gaze across the world, know this
 to be true. It suffices to feel the visual lashing of these
 images, the unease they provoke in us, the alarm of our
 own gaze as we observe them. What is visible in them is
 no longer at the service of the intelligible. Rare works
 like this evince the truthfulness of Berger's statement
 that the apparent reminds us that art often introduces us
 in a universe in which we run the risk of foundering. We
 observe these disquieting faces, these vermin in pain, the
 thousands of dots sealed in the skin that form a
 constellation of skulls, of swastikas, of tombs, of virgins
 raped by the devil, but hardly manage to comprehend
 what they are trying to tell us beyond the shudder that
 they elicit. And when one thinks about it, this is one of
 the most disturbing elements of these portraits: that they
 evoke a feeling of confusion when what we want is to
 understand everything, to control it. For if there is
 anything that man needs it is certainties, he seeks them
 obsessively, he sinks into despair if, as with these
 perturbing portraits, he cannot find any.

Isabel Muñoz has not only shown us the sinister
 darkness of these faces, but the very career in violence
 of the members of the mara, the record of their criminal
 life, the inventory of their insanity certified by the
 appalling tattoos that weave about the geography of
 their skin, as *fleurs de mal* rooted in the flesh: cells,
 dragons with flaming jaws, the face of a merciless
 Christ, birds with penetrating eyes, the numberless black
 stabs that compose a sinister constellations of signs
 mirrored in the walls of courtyards, cells, and corridors.
 Their photographs also show us the skulls, the serpents,
 the crosses, the enmeshed tombs, the kabbalistic lines
 traced by the needle of a gangsta devil, frontiers of the
 mockery of Satan invading hands, arms, backs, eyelids,
 skulls, noses, the bodies of every member of the mara,
 conforming the dark web of their lives. She also has
 shown us death, which we perceive in their evasive and
 defiant eyes: theirs, and their adversaries', their peers in
 misfortune and crime. Over there, on the other side of
 life, in the sordid cells of El Salvador, the photographer
 has approached the heart of the mara. Her work is much
 more than an excellent photographic essay, one of the
 best in her work. It is also an edifying report, a vast
 panorama of prison, social chronicle, moral portrait, and
 a tool of invaluable anthropological worth.

Isabel Muñoz has had the moral courage to approach
 these tattooed delinquents of El Salvador, victims and
 perpetrators, who by now are perceived by a terrified
 society as the very children of Lucifer. And she has
 done so with extreme generosity and mercy. After years
 of performing her job passionately, she knows that
 reality can be found in everything, that one needs only
 believe in it, arm oneself with attentive perseverance for
 it to manifest itself before the eyes of those who seek its
 secrets. And she also knows that when a fragment,
 small as it may be, of the most enigmatic reality is
 revealed to us, it has to be captured. Without hesitation.
 And this is precisely what she has done in the
 penitentiaries of El Salvador. This is why the truth is
 never welcome by the powerful, who obstinately try to
 hide it. For they intuit that their darkest side, the most
 sinister and shady, is partly the product of the same
 dark powers that rule the lives of men: some of which
 they exert, and other, the inaccessible ones, of which
 they are merely servants. If only for this, we should feel
 thankful for the work of Isabel Muñoz, for having let us
 enter hell with her, approach the unimaginable world of
 the mara, and place it before our incredulous and
 horrified eyes. For we now know, too, that everything
 that is hidden, that we try to hide in vain, ends up
 falling into oblivion.

ORIGIN AND EVOLUTION OF THE MARAS IN CENTRAL AMERICA

José Miguel Cruz

Psychologist, expert in maras, director of the Central American University (UCA) Public Opinion Institute.

The phenomenon of the youth gangs commonly known as “maras” has become a dire problem for the northern region of Central America. In a variety of ways and to different degrees, the maras are responsible for a great part of the homicides, robberies, kidnappings, and drug and weapon trafficking in Guatemala, El Salvador, Honduras and southern Mexico. For instance, data from the Salvadorian police attributes over 30 percent of the homicides in this country to the gangs, adding up to over 850 murders per year. In Central America, the maras are basically urban street gangs formed mostly by marginalised youth, of ages ranging from 12 to 30 years old, who identify as belonging to one of the groups known as Mara Salvatrucha (the MS-13) and the 18th Street Mara (the 18) which can be traced down to the streets of Los Angeles; these gangs are characterised by a strong sense of identity and group loyalty, and by their extreme use of violence. The exact number of members belonging to Central American maras is not known. The security agencies in the region, the INTERPOL, the FBI and the national police corps estimate that about seventy thousand youth are affiliated to these groups, with a great part of them in Guatemala, Honduras, and El Salvador. However, new evidence suggests an increase of this number as the phenomenon expands to other regions; and their operations are becoming more complex and violent as years go by.

Contrary to popular belief, the maras problem is not a recent one, it did not appear overnight, and indications of their existence can be found as early as the late 1980s. At that point already, the maras were considered as groups of dangerous youth. Similarly, the maras existed in El Salvador before the end of the war, and, for instance, according to a 1993 survey by the Universidad Centroamericana, over 40 percent of urban residents reported the presence of maras in their neighbourhoods. The gangs of Central America have a considerable history, yet for years the different local governments did not address the issue, and allowed it to continue its silent and gradual growth. The only measures implemented in the countries of the region resulted in sporadic repressive responses and attempts to reform the penal code, to allow the trial of youth under 18 as adults, based on the assumption that a large number of the most serious crimes were being committed by minors. However, no consistent plan or policy was developed to prevent gangs or youth violence in El Salvador, Honduras or Guatemala, and the integration and evolution of these groups continued their slow but determined ascent.

This state of affairs would change around 2002-2003 when, as a result of populist, vote-seeking initiatives, firm hand or zero-tolerance plans appeared in these three Central American countries. Known as the Escoba (Clean Sweep) Plan in Guatemala, the Mano Dura (Firm Hand) Plan in El Salvador, and the Cero Tolerancia (Zero Tolerance) in Honduras, these programmes declared open war on the gangs and introduced a dynamic by which the exertion of power by the State was the main strategy to resolve the issue. As a result, the juvenile gangs reconsidered their own system, and instead of dissolving, they reorganised into more vertical structures, more rigid and violent, and started to acknowledge leaders—which had not been recognised before—leading in turn to formal communications with other gangs and with organised crime. They now stand as a clear threat to

regional security. They no longer constitute a circumstantial danger for the neighbours of the cities where they operate, but are in the process of becoming organised crime groups whose main motivation is the illegal control of the resources and people of the communities in which they settle. The use of violence has become the most common and patent indicator of their presence.

Causes and origins

The origin of the Central American maras did not have a single cause. It is not merely the result of poverty in Central America, nor the particular effect of Central American migrations to and from the United States. If we were to assume these hypotheses, we could not account for the reasons why the MS-13 or the 18 have not managed to settle in Nicaragua, the poorest country in the region, and why their expansion has been smaller in Mexico. Their emergence and growth cannot be explained by a mere accumulation of social factors, either. Instead, gangs appear and thrive in our countries due to a complex interaction of conditions in a diversity of spheres: at the social, the community, and the individual level. Furthermore, they do not constitute a static and unchangeable phenomenon through time. In fact, the nature of gangs has been in constant flux as a result of the interaction of these factors among themselves, and with the misguided policies that have been implemented to fight them.

In fact, the gangs that exist in Central America today are no longer the same phenomenon that alarmed government officials, journalists, and citizens a few years ago, yet are the result of an ongoing process and cannot be understood without referring to the groups of the late eighties. In this sense, today's maras are the eventual successors of the urban youth groups that struggled in the slums of the great cities, which social conditions—as well as political measures—transformed first into low-level gangs, and eventually into groups of organised crime. Thus, the maras are in part the product of the social events that have marked Central American societies in the past two decades—or maybe longer—and which have determined the course that the phenomenon has taken. On one hand, such developments are due to a concurrence of certain socio-demographic conditions: the percentage of youth in the population, the levels of poverty and inequality, access to education, healthcare, housing, and leisure spaces among others; but on the other, they have been shaped by the political decisions, which may or may not have been deliberate or conscious, that the States have made to handle their youth and to address the issue. Thus, if we are to understand the current gang phenomenon, we need to examine what the State has done or failed to do in its attempts to fight it. This gives clues as to why the existence of very similar environments and social realities has not developed into the same type of gang phenomenon in every single country of the region.

The factors underlying the emergence and development of the Central American maras can be grouped in ten categories of causality conditions, from the broadest and most structural in nature, to the most specific. None of them in isolation can account for why the mara phenomenon developed in the northern region of Central America, yet each and every one of them are essential to understand it: processes of social exclusion; a culture of violence; a rapid and untamed urban growth; migration; violence dynamics; disorganised communities; the presence of drugs; conflict-ridden families; friends or peers affiliated with gangs; and difficulties in shaping individual identities. These categories gather a series of specific conditions that directly influence the behaviour of youth, encouraging their integration into gangs, their functionality as a group, and their evolution as a social

phenomenon. At the broadest level of influence, the social one, the causality categories include the processes of social exclusion, the culture of violence, the rapid and disorganised urban growth, and migration.

The various studies that have been made on the gangs of Central America up to the present indicate that complex processes of social exclusion underlie the mara phenomenon, which are manifested as conditions of socioeconomic strife, communities lacking quality basic services, a scarcity of educational and employment opportunities, and above all, in mechanisms of expulsion from educational institutions. Most gang members come from environments in which the experience of social exclusion ranges from the conditions of family and community living to youth being expelled from the school system. A 15 year old marero (homie) expressed this with these words:

“After being jumped [entering the gang], and with the following inking [tattoos], they no longer wanted me [at the school]. ‘That’s cool’, I said, and I fragged them [threw grenades at them]”.

Also at the social level is what has been called the culture of violence, that is, a system of norms and values prevalent in large groups of society that legitimises, condones, and perpetuates the use of violence in interpersonal relationships. This system takes hold in the very socialisation of the youth in their families, in school; by means of the expression of violence that recur ceaselessly, in models of upbringing and education in which the use of violence is commonplace and frequent, and is expressed in a variety of social behaviours, such as a social permissiveness towards the ownership and use of firearms. The following exchange between a researcher and a 16 year old female gang member from El Salvador reveals how belonging to a gang perpetuates the cycle of violence:

Interviewer: So what were your thoughts when you joined the Mara-18?

Gang member: Well see, I had a brother who was an 18 [gang member], my brother, he got killed, but today I’m an 18 and I’m happy for it.

I: And do you feel that the fact that your brother belonged to the 18 in any way influenced your decision to...?

G: No.

I: It did not influence you at all?

G: That comes from the heart, comes from one’s desire to belong to the Great One.

I: It had no bearing. How did they kill your brother?

G: Hmmm... uh... a gun shot.

I: But who did it?

G: The Shits [MS-13].

I: How old were you when he was killed?

G: I was little still.

I: And what did you feel at the time?

G: Hatred.

(Testimony recorded by Carranza in 2005)

Central American maras have appeared precisely in those urban environments that undergo wide transformations due to rapid population, regional, and infrastructural growth characterised by a lack of planning. In the everyday life of youth, this translates into processes of urban congestion in which the crowding and the lack of individual space for the family members become prevalent, pushing youth to the streets, and leading to the formation of peer groups within that environment. Poorly planned urban growth also results in the inexistence or questionable quality of leisure spaces for youth. The cities in which youth gangs develop happen to be characterised by the lack of healthy, well-kept public spaces, and a scarcity of social services, which are either inefficient or of poor quality. In general, growth devoid of urban planning prevents the appropriate

spatial distribution of functional public services and goods, which end up located far from the families and population that needs them most, setting up the stage for the development of the maras.

"I don't like it at my mom's. I like it here (where the mara gathers), but if one has nowhere to go one has to put up with it. I do not like it over there (at the mother's house) because I have no friends, no scene, and right now there is no power, though there will be eventually. The mayor has promised to give them power as a Christmas present. I try to avoid even going there, I go there at times to change, sometimes to sleep..."

(Testimony gathered by Smutt and Miranda, 1998).

Migration too has played a key role in the expansion and diffusion of the maras. Central American gangs did not result from the mechanical importation of the gangs that were already operating in Los Angeles, California, as has been stated frequently in the press. Instead, the maras are the product of the assimilation of the cultural model of being a gang: introducing new ways of dressing, communicating and behaving, which have been assumed by youth in Central American who were searching for an identity. The various surveys that have been conducted with gang members of El Salvador indicate that no more than 15 percent of the mareros have been to the United States, and that the great majority of them joined the gang in the streets of their country. Therefore, the maras are not groups consisting of deported or emigrant youth, but what is true is that at least in the beginning, they were influenced heavily by the experiences of such youth in regard to the conception of what being in a gang meant. This statement from a member of the MS-13 in Honduras conveys the effect of migration:

"The first mara I joined was the Latin King. It was formed here by two dudes that came from the U.S. One came from Los Angeles and another from Miami. They wore their hair long and had tattoos all over. They had a real cool 'Van' [English in the original] and in it was a real pretty chick. So I'd look at them and be tripping, you know, they looked real strong and they walked all over and no one would mess with them".

(Testimony gathered by Castro and Carranza, 2005)

In addition to the social sphere, there are other levels that influence the emergence and breeding of Central American gangs. The disorganisation of community life and the existence of drug use and trafficking foci play a fundamental role. In the first case, communities in which residents do not trust each other and which lack a means to participate constructively in their development are hampered in their ability to address problems and achieve common goals; that is, their so-called "social capital" has eroded. In general, communities infested by the maras are deeply disorganised, lacking a social structure, and isolated from local and national institutions. One of the reasons why maras thrive is the inability of a population to unite to confront the issue and to inspire youth to follow paths that are more beneficial for the community. The existence of drug use and trafficking networks are also associated to the Central American maras. The gangs settle in areas where there are opportunities to partake in the criminal economy generated by drug use, furthermore, their members end up using and becoming addicted to the drugs, which intensifies their criminal behaviour and their association to the most violent aspects of the gang scene.

"At first I'd just come. I mean, there was a corner where the homies of my hood hung out. They had drugs there: 'I want to smoke', 'you're way young', 'quit doing them'. A thug that's locked up would tell me: 'no, man, you shouldn't be here, I'll end up in prison because of you'. I was like twelve years old,

maybe eleven. They gave me my joint or else I bought it and told them nothing and left. So then (they told me): "We seen you been hanging out, you want to be part of the crib?" Cos they seen me wear all loose clothes. "What's up, you trippin'? no way man, a gangsta's life is hardcore", they told me. And so I started hanging out, I didn't just come to smoke, but would stay a whole morning, checking out what they did. "I'm fittin' to get me some", someone would say, and they went and would come back with money"

(Testimony gathered by Cruz, 2005).

But the level that has the most impact in the processes of youth being jumped into gangs is the so-called relational level of the roots of violence. This includes the family of the youth, which plays an essential role, friends and street peers, and, of course, the violence dynamics in the social relationships of the youth. Every study on the maras has noted that their members come from troublesome families, that is, dysfunctional families with serious issues of communication, which may be associated to family disintegration or to single parenthood. Such families are also characterised by an intense history of violence, in which the children and youth that eventually join gangs are usually the main victims and witnesses. The dynamics of these dysfunctional families usually result in the practical abandonment of the children by their parents, due to living conditions or neglect. In general, the parents have no control or interaction with the children and teens, and therefore have no way of knowing what their children are doing, who they associate with, or where they spend their time. In this sense, the personal histories of Central American mareros are marked by family units in which conflict, violence, abandonment and uncertainty constitute the core of the family dynamics. The family relations set the stage for the routine expulsion of the youth from the family group into the street, while shaping him to develop interpersonal relationships based on conflict and the use of violence. A Honduran member of the Mara Salvatrucha had this advice for the mothers of young people:

I would give this advice to mothers: not to hit their kids, but rather to give them more love, to pay attention to their kids when they get home, to give them food. Because the fact is, if this does not happen, the kid seeks the street, and all of this starts in the street. I know that nowadays many young people have their parents in the States, and according to them, that is why they join the mara. But I remember about the Chucos [another gang-like clique]. All our parents were here, it was just that they did not care about us".

(Testimony gathered by Castro and Carranza, 2005).

The relationships that tend to influence strongly the decision of children and adolescents to join the gang are precisely the ones they develop with other youth that have a history of gang involvement or criminal behaviour. They become the role models and instigators of the process of joining the gang at a stage in which a young person is seeking an identity. These peers offer a series of resources that the youth usually cannot access at home: solidarity, respect, but also access to material resources and money. Thus, the presence of gangs in the neighbourhoods and schools where the youth spend their time is a clear risk factor for their integration in the gangs. Many teenagers join the maras simply because all of their same-age peers belong to them, and neither the community nor the school offer more positive alternatives for socialisation. A female gang member from El Salvador expressed it thus:

"You know how good it feels when one is taken care of, that is, that they listen when you have problems, they listened to me plenty, and, so, I ended up appreciating them [the gang members] a lot, because

they are my brothers, my second family, I really appreciate them (...). A homegirl [female gang member] is worth more than a civilian, because the homies [male gang members] love a homegirl better, that is, they value a homegirl more than a civilian, they despise the civilians."

(Testimony gathered by Cruz, 2005).

The self-perpetuating nature of violence

But the factor which most marks the dynamics of gang membership is the very nature of violence. Its self-perpetuating character is clearly reflected in Central American maras, and though it cannot be considered a factor that induces youth to join them, it plays a crucial role in the reinforcement of the bonds with the gang. Many of the youth that join the maras in Central America do so because they constitute the only peer group they can identify with in their neighbourhood; some join them without having a clear idea of the violence in which they will be engaging, or of its intensity, but once they are touched by it—either because one of their closest friends is attacked by a rival gangster, or because they are compelled to attack somebody to prove their loyalty to the gang—their bond to the group becomes tighter and their commitment to violence is final. In this regard, youth are quickly trapped in the maras as a result, at least in part, of the very dynamics that violence imposes. It is violence that dictates the nature of relationships, not only with those outside of the gang, but also within the gang, due to the need to remain loyal and ascribe to the presumed ideals and the norms of the gang. A marero from El Salvador, who was just 15 years old, stated it crudely with these words:

"I am going to stay in (the gangs) because I am not just going to eat what they did to my homeboy [mate], I have to pull more skulls [kill more]... If death comes upon me, she's welcome, I tell my homeboys. I die in my neighbourhood, where's the lie? I have entered a crib, the 18, to answer to it too: either I get killed, or I get to kill."

(Testimony obtained by Cruz, 2005).

Finally there is a factor at the individual level that plays a key role in the decision of some youth to join groups in which violence and risk prevail, such as gangs. This factor refers to the challenges met by teenagers as they try to shape their personalities. If anything can account for individuals that are still children to choose gangs, in spite of the threat they pose to their own integrity, is that gangs are the closest—if not the sole—reference group available to youth. At a stage in life in which adolescents are seeking answers to questions about their identity and personality, the maras present themselves as the only plausible answer, and they do not only offer violence and risk, but can provide for the unmet material and emotional needs of marginalised youth. This is compounded by the pronounced absence of positive role models both at home and in the community or society. For children and youth who have lived in conditions of exclusion, in homes where the parents have had little opportunity to perform their role, in communities that condone norms and values that legitimise violence, and in a society that presents behaviour models that are often ambiguous in their approach to violence, coexistence, and respect for others, street gangs become the clearest and least confusing reference for youth to shape their individual conscience. This would account for the commitment to these groups, sometimes taken to its direst consequences. Consequently, it is impossible to make sense of the phenomenon of the maras without taking into consideration the characteristic transitional stage that the youth are undergoing at the time they choose to join one of them.

"I liked it. I liked getting easy money, spend all day in the street, just wandering. One can get used to

that life, I liked that they did nothing, that they had good girls, had weapons, got money. I did not know that what was left to experience was prison... I never thought we'd reach that point... When I realised it, it was too late, we were already tattooed. It was too late to have them removed, and if I were to remove them... only if I were dead".
(Testimony gathered by Cruz, 2005).

What has been said this far is but a glimpse at the complex system of social, individual, and circumstantial factors that underlie the gang phenomenon. Of course, not all of them carry the same weight, but nevertheless the complexity of the maras cannot be accounted for without taking them into consideration. This is not to say that this enumeration accounts for all the causal and explanatory factors of the maras. By any means. In fact, it would be pretty hard to deny the existence of other factors in the growing phenomenon of the maras, at both the individual and the social levels, but the ones described in the paragraphs above are those for which empirical proof has been gathered.

Still, an overview of the Central American maras would be incomplete if it failed to consider the degree to which regional governments are responsible for the development of this phenomenon. Both in their initial unresponsiveness to the issue as well as the subsequent repression in recent years, governments have played a significant role in the ongoing development of the gang issue. The implementation of highly punitive policies, which in El Salvador have even received official names such as "Super Mano Dura" (super firm hand), with police department campaigns labelled "Puños de Hierro" (iron fists), exacerbated the conditions that are associated to the development of the maras, but above all increased the overall level of violence in society, as the State contributed to it. The flaw in these governmental policies is that they were based on a complete misunderstanding of the problem. Following the American model of the "war on terror", the gangs were addressed as a terrorist threat rather than as a social problem.

Thus, such zero-tolerance strategies created a direct war-like confrontation with the maras, but also an indirect attack on youth. This simply worsened the conditions that had been preventing children and adolescents from exercising their fundamental rights, and compelled those who were already practicing violence to respond in increasingly organised and virulent ways. The mareros turned the gangs into groups of organised crime. In a textbook example of a "self-fulfilling prophecy", they became more violent not only against government officials, but also against the general population and their own peers. Incarcerated by the hundreds and recurrently, not being offered rehabilitation and social reinsertion, the mareros found in the jails an optimal space to regroup, to define roles and set objectives; while in there, they grew more self-aware and realised that they could control the country, the countries, the regions. According to official statistics, within a year of the start of the Mano Dura Plan in El Salvador over 18,000 young gang members had been captured, many of them repeatedly, in continuous cycles of imprisonment and release. At present, over 3,000 marero youth are incarcerated in El Salvador. However, the mareros leave jail stronger and more tainted by violence. This statement of a member of the Mara Salvatrucha exemplifies this issue:

Over there at El Carmen (a penitentiary in Honduras) we had a war, the 13 against the 18. There were more of us, since many belong to the 13: the Vatos Locos, the MS, the 21... There were about 400 young men and it was a huge fight. We almost tore El Carmen apart. The "butchering" all over the place.

All I can say about El Carmen is that no one gets it together there, inside one is like a tied dog, and when the dog's out, he comes out more rabid than ever.
(Testimony gathered by Castro and Carranza, 2005).

The fragile prevention programmes designed by governmental institutions have not managed to compensate for this showdown, as the latter eroded their capacity and resources to reach out to the youth: many young people simply grew tighter bonds with the gangs or left the programmes for fear of being found by "mano dura" operatives. This process seems to offer a clear lesson: it is impossible to address the issue of gangs without attending to the host of factors that underlie the phenomenon. Until recently, the State had taken few or no measures to resolve the processes of social exclusion that affect a great proportion of Salvadorian and Central American youth; little had been done to restore their access to education and training, to employment and decent housing. Programmes to aid returning or deported migrants are scarce, and those who return from the United States having lost their "American dream" come back to a hostile environment devoid of opportunity. Little has been done to strengthen the ability of Central American families to raise and educate their children; though policies to prevent violence within the family are starting to be implemented now, there are still a great number of children vulnerable to violence due to parenting patterns based on cultural models of physical and emotional punishment.

It also remains to reinforce the ability of communities to manage their own development: Central American maras have emerged in disorganised social environments adrift in social and political neglect. Therefore, any social intervention-strategies aiming at the roots of the maras needs to empower citizens, who can then transform their own conditions to the benefit of the entire community. Lastly, a different model of police intervention needs to be developed, particularly in relation to youth. This involves a view of the police officers that work in the community not only as watchmen, but also as participants in social development, contributing to the betterment of their management of security and the respect of the citizens' rights. In short, the point is to formulate policies capable of restoring the observance of the rights of the youth, as well as of the entire community. Otherwise, the Central American states will soon find themselves defeated by their own marginalised youth.

JUVENILE DELINQUENCY, A DEBT TO EL SALVADOR

Rosa María Fortín

Magistrate of the Supreme Court of Justice of El Salvador

Juvenile delinquency is and probably will remain one of the most pressing problems in El Salvador, and one seemingly without a solution. Far from discouraging us, this statement should set a goal for those of us who work in governmental institutions, to develop mechanisms to ameliorate this scourge that has been ravaging the society of El Salvador. I do not expect this document to offer any solutions, as it would be too ambitious at this point. I only intend to convey my experience as an officer of justice, with over two decades of service in penal matters in my country's Administration of Justice, which affords me an objective view of the issue.

When my career in the penal courts started, the justice system of El Salvador faced some serious challenges. The most important beyond a doubt was the precarious financial situation of the Judiciary, which was known as the "Cinderella of the State" for a long time, since out of the three Powers, it was the one allotted the least money out of the public budget. Though it may be perceived now as ancient history, this contributed significantly to the body's limitations, both in the investigation of criminal acts and in the prosecution of court cases. Not to mention that the penitentiary system, which was not attached to the Judiciary at the time, suffered from the same limitations (as it continues to do today). The financial struggles of the body reached such an extreme that we could not even avail ourselves of paper to state the deeds to institute judicial proceedings; let alone the necessary tools to develop proper investigations of criminal acts, for which justice administrators were responsible then. The crimes, most of which derived from the armed conflict that was ravaging the country, could not be investigated thoroughly. The deaths would be added to an endless list of causes "to be determined"; the kidnappings, which were considered to be political in nature, were not investigated exhaustively either, so most of the cases that made it to a Public Hearing were those that could be prosecuted only because the perpetrators had been caught in the act, and thus were supported by some material evidence and witness accounts.

The peace process in the country had a profound effect on the Administration of Justice; though proceedings continued to have an inquisitorial approach and were in great part conducted in writing, a long-term process to change the schemas of the system was initiated. Society became increasingly interested in how justice was administered, resulting in a higher observance of individual rights. We too, the judges, became involved in the change, and investigation procedures became more technical; the institute of legal medicine specialised, and the communication between justice officers and supporting experts improved. The Judicial Service Training College was established with international aid, and the agents of the system attend it in an ongoing formative process, increasing the Judiciary's awareness of its role within society. The Administration of Justice is no longer known as "the Cinderella of the State", and has become a financially strong and independent power, which affords it an operational independence in the administration of justice.

But just as the Administration of Justice became more technical, delinquency also experienced a painful metamorphosis: common crimes, which we had judged in precarious conditions before, become vast criminal enterprises; homicides, which used to be due to hot-

blooded fights or passions, started to show the signs of hired assassinations; criminals who used to operate independently started to group and gain power; our youth, who were in the past occupied with studying and sports, sadly entered the criminal sphere. It is hard to determine at which point this transformation occurred, but it did take place, and now we must research its causes so we can fight the problem at its roots. When our legislation changed to comply with international regulations on children's rights, the former Tutelary Courts of Minors changed their name and the very Law that informed them, leading to the assumption that it was these changes that turned our youth into violent beings driven to delinquency. This could not be further from the truth. The same youth we fear today have been with us all along, in the same conditions as before, with the same degree of violence and proclivity to engage in crimes. But above all, facing a sad reality of neglect and isolation. So what had changed? It is easy to determine: the laws by which they are being judged. Before the change, these youth were tried as adults. This is why we did not see them, and why we now believe that they are a new phenomenon, the result of changes in law and society. The history of this youth at odds with the law is one pervaded with family, physical, and psychological violence. This made our children find a safe place in the streets. What a contradiction, to be safer among strangers in the outdoors than with their parents in the shelter of the home!

The war that bled the country left an aftermath of violence and resentment, not only among those who had participated in it actively: those of us who did not partake in it directly also suffered the consequences. Used to living in a violent environment, we learned to resolve conflict by resorting to physical force. This aside, we must point at a very important factor: the enormous amount of weapons that in one way or another flooded our land, the violence of war that remained after the peace treaties were signed was redirected into social violence, which unfortunately reached the entire population at every income level. We must note that delinquency is not an issue of youth against the law, but that it has spread among youth and adults, men and women. It is also not restricted to the economically disadvantaged. It is true that the poor are more vulnerable: in health, education, housing, etc. But it is no less true that many instances of delinquency have been found among the so-called upper classes.

Socio-cultural changes, consumerism, the disintegration of families caused by migration, irresponsible parenting, dysfunctional households, the high and indiscriminate use of drugs are, among others, key factors that have contributed to an increase in criminality. We cannot obviate that today, the number of women in El Salvador that are entering the workforce in different fields is growing considerably due to the cultural changes that have granted women their rightful place in the management of the country, as well as the increased cost of living and of single motherhood. This has both pros and cons that affect the subject at hand, as the additional income benefits the household while the working hours take away from time that used to be devoted to parenting and education, at a high social cost. We, women, have claimed the role that was rightfully ours, and are now active in the economy, but unfortunately not every man has assumed his contribution to the social change and some resist their new childrearing responsibilities. In the house, retaining their role as providers at best, but without participating actively in the education of their children.

Yet these are not all the factors that need to be considered. The much-talked about globalisation in technology, trade, and culture has reached the criminal spheres as well. Delinquency in our country not only has

local characteristics, but has been influenced by foreign criminal trends, introducing new modes of operation. In order to fight this, the law too must act from a global perspective. Mechanisms of reinsertion in society need to consider experiences that transcend our borders. However, these mechanisms must also fit the culture of our country, they need to be "tropicalised", and, since this problem affects every country in the region, it is going to require a considerable joint effort. These mechanisms to decrease criminality would best result from the cooperative work of the different branches of the State as each of them performs their duty. It would behoove us to quit seeking who to blame and to concentrate our efforts in fulfilling our share in the work, be it on education, on prevention, or the administration of the law, to minimise impunity. It is also important that we develop a model of rehabilitation toward successful reintegration in society.

Though hampered by numerous obstacles, the Administration of Justice has achieved obvious milestones in the development of a prosecution-style system, in which we the judges perform our role to impart justice with the highest standards of independence and impartiality. Such developments have both their supporters and their critics; however, there are other things that need to change. We must assume a view of the country that will generate the necessary policies, which at this point mostly aim at having transgressors pay their debt to society. This seems to be what society is interested in, when in fact we should be concerned with our future: with how these individuals at odds with the law can find their place in society, feel useful and accepted, and stop feeling that crime is their only option in life.

We must recognise that our delinquency is not restricted to youth. However, we are most anxious about the youth because of their immaturity and their tender age, aware that it falls upon us, as responsible adults, to find the means to integrate them in our society. Adult criminals have found a passport to freedom in juvenile delinquency. One has to wonder who should be accountable to society for this issue: the youth that are marginalised by a hostile world, or the adults that push them into this rotten environment. The answer is obvious and requires no explanation. I am fully aware that it is a strenuous effort that we are facing as a country, but the task cannot be put off. We must find the real roots of the problem, not in order to change them, for they have left an indelible mark, but to prevent them from affecting any more youth in our country. So that those who have entered the criminal world can leave it behind, and set an example for others. So far such cases are few and far between, but we can increase their numbers and promote a ripple effect. We just need to believe in ourselves, believe in our youth, and hope for a better future for El Salvador.

MARAS: THE NEW FACE OF YOUTH VIOLENCE IN EL SALVADOR

Pepe Moratalla

Salesian priest, director and founder of the Don Bosco estate in San Salvador

— I feel like killing someone. I feel like blowing a guy away. I haven't killed anybody for six months. I can't believe it. This little scar on my forehead is the last straw. A kid did it to me by accident. When I'm with him I smile. I even joke with him. He doesn't suspect a thing. If he only knew! Other people have been sent to their graves for much less. And this dude is still alive. What should I do? I'm desperate and I can't stand it any longer. Simon, I really want to kill someone. My mom just cries and cries when I get home. And my girl wants me to leave the mara. Sometimes I get confused and I don't know what to do. What do you think?

— How did it begin? How did you get into the "crazy life"? Why did you join the gang? Why did you allow your senses and the pores of your skin to become addicted to violence and blood? What happened with your family?

— When I was a little kid I lived at home with my older sister, who looked after me —she's my half-sister on my mother's side— and my cousin, who is also older than me. I never knew my own dad and I didn't care. My mom tells me she left him because he was always drunk. When my sister left for the US, my cousin was invited to join the gang. He became a marero. He wanted to control the neighbourhood and get respect. I envied his character, how calmly he spoke and the fear and respect that so many people had for him. I wanted to be like him. That's why I didn't chicken out when they put the 38 in my hands. I pulled the trigger with no fear and fired off the whole clip. That dirty little son of a b... from the other mara croaked pretty fast! I caught him with his back turned. No-one knew I'd joined. But sometimes, when I think of my sister and my girl, I'd like to be a different person. How do you see it?

— No psychologist, priest or friend can tell you what you've got to do. That's entirely up to you. But if you want to know what's right, what's true and good, ask your heart. It's never wrong about these things. Because it's inside yourself, not outside, that you need to look. I agree with you about how absurd and unjust your life is. Why are other young people born with opportunities to better themselves and not you? Isn't human dignity the same for everyone? It hurts and it's not fair. God gave us an imagination and a heart to enable us to find goodness. But to do evil, on the other hand, you have to force yourself, you have to climb a path that is too tough and too complicated. You travelled that road and you know it well. That is the unnatural, inhuman option. Besides, if you carry on living the "crazy life", how many years will you stay alive? Anyone could kill you; it could be a child or a nobody. There'll be no duels or advance warnings. You'll die in an ambush or from a shot in the back. If you don't agree, tell me, how many of your group make it past thirty? Not many of them get to enjoy their youth, do they?...

Thoughts, questions, answers from Chalo. His life was cut short at seventeen. The change only lasted for six months. He got a girl of his own age pregnant, and because he wanted to shoulder his responsibilities and take her into his own home, according to what he himself said, he was savagely killed by the rival mara. However, many others have managed to learn a trade and joined the labour market. Some, moreover, after appropriate training, have started their own businesses and provided new jobs for many of their comrades. For all of them it was a big effort to give up drug peddling, violence, murder —always for absurd reasons— and arbitrary

contract-killing. But it was worth it. One reformed gang member declared: *If they kill me now for quitting the mara, so be it. I'm proud of my decision. And I feel so happy that after this I don't care what happens.*

The Salvadorean maras, before the phenomenon really took hold, were simply groups of unruly youngsters confronting authority and the law. They manifested their teenage rebelliousness particularly at intercollegiate sporting events. The violence, in these cases, was limited to shouting insults and throwing the odd stone or rotten egg at the opposing fans. It offered adolescents the lure of independence and novelty. However, the change to a more systematic use of violence by the maras originated in the United States. It was sparked off by the continual deportation of young illegal immigrants and criminals, beginning, specifically, in 1992, the year a peace agreement was signed in El Salvador. A country which had just emerged from a bloody civil war provided them with fertile ground, well watered and manured. The "homeboys" or "homies" (gang members) brought a new culture: they wore baggy clothes called *tumbado*, they displayed artistic tattoos on their bodies, they had a passion for heavy metal and rap, they spoke English or Spanglish, they had a distinctive rolling walk, they marked the territory of each *clica* (a group of members of a gang from a particular neighbourhood) with colourful graffiti, they obeyed their own rules with radical zeal, they used "fierros" (knives), "chacas" (home-made weapons) and "cuetes" (automatic weapons), they periodically attended "meetings" of the *clica*, they also lived together in "destroyers" (communal homes shared by young mara members, generally abandoned houses)...

The new trend ruined the prospects of large sections of the adolescent and juvenile population, especially in a society full of broken families, where children lacked role models, where there was no easy access to education and very few cultural and sports facilities, and where the experience of the civil war had established a culture of bloodshed... In this kind of situation, individuals do not even choose for themselves what sort of mara to belong to. The choice, in practice, is imposed by the *clica* that controls the territory. In other words, whether you belong to one mara or another depends essentially on where you live. The territory, the *clica* and the gang member are connected and identified with each other. In this atmosphere of frustration, the new figure of the deported gangster possessed the glamour of a circumstantial hero. And it ended up attracting Salvadorean adolescents and youths the way a drop of honey attracts a swarm of flies. It is no accident that the number of people deported from the United States to Guatemala in 2004, according to the latter's own government, was 92,000. In El Salvador, a smaller country, there are close to 5,000 deportees a month. They are the consequence of the fact that there are over two million Salvadorean immigrants in that country alone and seven hundred new immigrants a day embarking on the adventure of trying to attain the American dream. That being so, the members of all the violent maras in El Salvador total more than thirty thousand, according to figures from the IUDOP (University Institute of Public Opinion). And MS (Mara Salvatrucha) alone, according to Discovery Channel, has over 100,000 members throughout the world.

In spite of everything, most *batos* or *homies* (gang members), as they themselves admit, would be willing to settle down and begin a new life reintegrating into society if they were offered a good opportunity to get a job and better themselves. The "Mano Dura" (Firm Hand) and "Super Mano Dura" (Super Firm Hand) repressive programmes, the illegal methods of the exterminating Death Squads, the use of imprisonment as a complete answer to violence without the simultaneous implementation of prevention and rehabilitation

programmes and without adequate inter-institutional coordination, have turned out to be ineffective measures. There are not enough penal institutions or economic resources in the country to put over thirty thousand *mareros* in prison. Although it is also true that you cannot justify murderers or remit their sentences just because they themselves were victims of society in their childhood. Nor, by the same token, can you adopt any kind of alternative solution that violates the law. Meanwhile, in the absence of an appropriate response, the mass deportations have turned the gangsters into one big family without frontiers. And since the prisons do not function as a corrective form of punishment, they have become national and international "destroyers": gang communes.

The gang phenomenon is as old as it is widespread. It began in the United States in the twenties, and the gangs in that country, violent and non-violent, number over a million members. Their growth, in both quantitative and qualitative terms, is fuelled by the marginalization and discrimination which the developed world metes out to immigrants from Third World countries, as well as by the contradictions and corruption of prosperous and highly materialistic consumer societies. How, for example, does one explain the fact that citizens of developed nations consume drugs in their own country, which not only does not produce them but actually prohibits their sale? How do you defend the notion that guns manufactured in the developed world are defensive weapons? How can you, when they were designed to destroy and kill, as offensive weapons, and are bought and used in the Third World for precisely these purposes? Thus it is obvious that many unemployed immigrants who find themselves unable to earn enough money to live on by legal means will seek to obtain far more by selling drugs or committing crime. The violence of marginalization and discrimination imposed by the First World is met by the Third World with greater violence. It is no accident that some gang members make three thousand dollars a day from selling drugs. After all, from their point of view it's a good job and a good source of income for their families! Which concept, in reality, best defines the phenomenon of violent gangs or maras? Are they to be regarded as common crime, organized crime, political terrorism or a new mafia? Although as yet there are no serious professional studies available to serve as the basis for a consensus of public opinion, it is worth offering a few suggestions, albeit laying oneself open to the charge of anecdotalism and subjectivity. It would seem obvious that it is not merely a matter of common crime, because those involved are not merely common criminals. If the object of organized crime is essentially wealth and luxury, this is not what characterizes gang members. Nor do the political and ideological aims of terrorists have anything much to do with them. Perhaps we should talk in terms of the emergence of new mafias, whose *raison d'être* is the absurdity of power for its own sake, and who, in order to achieve it, use every means at their disposal and involve themselves in every kind of violence.

The fact is that something must be done, and whatever is done must be done right. We have to realize that the remedy must be proportionate to the disease. The wrong prescription can aggravate the illness instead of curing it. Too much is as bad as too little. Meanwhile, the sad reality of violence is a consequence of accumulated injustice and of an inappropriate response. A significant proportion of young people continue to be denied their rights and continue to be treated just with goodwill or just with the repression of imprisonment. Perhaps the solution is to be sought in the realm of education and work, as well as inter-institutional coordination and teamwork, avoiding instant miracle cures and taking a medium- to long-term view. When Julius Caesar visited Spain for the first time and contemplated the bust of Alexander the Great at Cadiz, he exclaimed: "At my age, Alexander had already conquered the world, and I have

not yet done anything memorable at all." For history tells us that youth is the time when great ideals are formed. Alexander began to shine very quickly after being educated by his teacher Aristotle. When he was an adolescent, there was a black stallion which stood out amid a herd of horses and which no-one had been able to break in. He alone managed to control the untamed animal, marked by a white star on its forehead. He named it Bucephalus and used it in every battle until his death. In Gordium he cut the Gordian Knot in two with his sword. He went on to fulfil the prophecy which foretold that whoever undid it would possess Asia: in just over twelve years he conquered Western Asia, Egypt and the entire known world. He founded thirteen cities called Alexandria. And when he died, he was a young man of barely thirty-two. Many gang members tend to die around that age. Not from raging fevers, but in most cases by violence. But whereas famous young men bequeath their name and legend to posterity, this fate is unlikely to lie in store for a gang member. Perhaps this is because they chose to project intelligence, heart, ingenuity and art in a negative way.

And so they usually die anonymously and in silence. Humanity is deprived of their words and their unique creative contribution. It bears out what Salvador Dalí once said: "The greatest misfortune of the youth of today is not being part of it." The worst affliction of youth is no longer being aware of belonging to that group. Similarly, perhaps one of the worst afflictions of young gang members is that they have renounced their youth. Because although it is true that we are all born with a natural inclination towards freedom, it is also true that we all need the courage to cultivate it in our own terms. To put it another way, the face we are born with is our mother's; the face we die with is the one we choose.

Warriors' World

The maras watch, the maras approach, the maras come from every corner of the prisons and stare and stare at the foreign female photographer, and some offer their faces, stretch out their bodies, their necks, their arms, their legs, and display their tattoos, which are their language, full of phrases that are personal statements, "why should I fall in love with life if I'm gonna marry death", reads one, and that's the whole story of his life written right there: there are devils, a laughing clown and a crying clown to match the mood of the moment, the letters MS for *mara salvatrucha*, which is number 13, the one with the most members, the sign XV3 if they are from number 18, their "homeboys" and "homegirls", their crew, their group, their *clica* or posse, their daughter or son, their girlfriend, their wife, their mother, the Virgin Mary engraved on their skin, crosses, crucifixes, the gravestones of their dead comrades who have left them, the three essentials of the "crazy life" (drugs, women, killing), tears, which are victims, and spiders' webs, which are the years spent enmeshed in their organization; and so they stare and stare at the lens without moving and wait for the shots, shots that don't kill, shots that don't hurt, not here, not today; death, your religion, is not on the agenda today, there's no call for it, you'll see, you'll look great, you'll see, she tells them, she, Isabel Muñoz, half a century old and then she comes over from Spain to this godforsaken corner of El Salvador to take our pictures, you'll see, you'll see, she keeps telling them, as she aims from the other side of the lens while people gather to stare and stare; what Isabel is trying to do here is to reveal their culture, that dark hidden world beyond the skin, speaking from their stares, their muscles, their gestures, their strength, their bitterness, and nobody objects and they pose because they are warriors, that's the point, you're warriors, she tells them, they're all wearing saggy jeans and pirate trousers, they're all more or less completely shaven-headed, prison rules, displaying fearsome scars on their torsos, which are marks of prestige; the most sensational: a belly split open from top to bottom by a hail of bullets...

The Priest who Holds the Key

The maras watch, the maras come, the maras go, and offer their faces, their bodies, and pose through the good offices of Pepe Moratalla, a Salesian working for the reintegration and rehabilitation of many of them, killers or not, in the Don Bosco industrial estate in Las Iberias, which has a school with five hundred students, workshops and even a bakery, a priest who knows a lot about this world, a priest who doesn't hesitate to give the photographer the key that will let her in, the key without which there isn't even a lock here to open, and explains that these are the most sought-after prisons and these are the leaders, and they enter with the endorsement of the local neighbourhood *clica*, these Spanish people who are visiting you today are legit, they tell the prisoners, and they've come to do this and this, you've got to co-operate, and they all did, except one who refused one day and there was no way round it, Isabel recalls, not even the prison governor managed to persuade him, outside authority counts for nothing in here, the *mareros* are not interested in rules, or politics, or even just money, says Moratalla, it's something else, it's power, a taste for violence and creating havoc, killing for the sake of killing, the lowest state of humanity, antisocial, criminal behaviour which rises and rises like the tide and which nobody has the will, the knowledge, the ability or the courage to analyse, halt, control or channel...

Massacres

The team visits no fewer than six penitentiaries, Cojutepeque, Zacatecoluca, Ciudad Barrios, Quezaltepeque..., in forty days and on two different trips, in February and May 2006, places where the *mareros*, the gang members, are kept hidden away, locked up, penal institutions designed to eradicate trouble on the streets, penal institutions that are complete cities in themselves, gang territory, with underlings in every crew, "missionaries", who are the enforcers, with "capos" who practise extortion and control from the inside everything that leaves the prison, the cross-border trafficking of people, drugs, and merchandise, because in here those that don't speak are the ones who know and those that speak know nothing; penal institutions where people get killed, as happened just recently in the Apanteos facility, things got out of hand and there was a massacre with 21 victims, widely reported by the international agencies that are accustomed to relating bad news; a spokesperson for the organization Penal Institutions in El Salvador announced yesterday, 7 January 2007, that following a check of the facilities 16 of the 21 dead had been identified, but five hadn't, five had had their features completely disfigured and the public prosecutor's office says it was the mara 18 gang, the enemy of mara 13 or *salvatrucha*, which is number one, or at least that's what they themselves say.

13th Street

The number of the street where the Salvadoreans lived in Los Angeles USA is the name they chose for themselves when it all began back in the eighties; they originally formed to defend themselves from the blacks and the Chicanos, because in the hierarchy of gangs the Salvadoreans were nowhere, they were getting it from all sides, they were not gaining any respect, until they decided to go all out to the death and no more talking and fooling around, it was kill or be killed, they had nothing to lose and they did it for the hell of it, a matter of guts, so ruthless that the FBI created a unit to fight them and the United States deported them as soon as it could lay hands on them, and now some of them criticize others for being too American and say we were here first, and so on and so on, because in Salvadorean Spanish to be a *trucha* – a trout – is to be sharp, on the ball, a fox, or perhaps a salmon which emigrates from south to north like a tuna fish, for that's where we all went during the war in search of a better life and now look at us, back here again living like the trapped killer ants in Marabunta, devastating and destroying everything together, on and on, and we're going to do whatever the hell we like, because in El Salvador there are no fewer than 9,600 gang members, according to the authorities, a conservative estimate, since others put the figure at 40,000 active members, of whom 3,000 are behind bars, and lo and behold, the phenomenon has grown and grown, spreading far and wide, as far as the placid shores of Europe, and that puts a different complexion on it, now you've got it close to home, right here, right in front of you.

Making Off

The *mareros'* eyes pierce and freeze the frame of the video which Maria, Isabel's assistant, records during the time they spend inside the prisons, and watching this video it becomes clear that very little is required for the photographs, a wall, a corner, a backcloth, a concrete floor, some chairs, water for the heat, the cameras, the lighting umbrella, and models prepared for long sessions, and all around you can see courtyards full of characters and clothes hung out to dry in the sun, a preacher yelling the word of God amid the wire fences, a lot of voices in the background, a lot of noise, cells with hard old beds, coloured fabrics and lots of grime, walls decorated with Gothic graffiti and outlandish slogans, crowded corridors with stalls set up in them supplying a variety of food, the stairs, the infirmary, corners and sections of the Ciudad Barrios penal institution, and inmates who pass Isabel and Maria in the corridors, two women from outside, two babes, and they stare and stare at them, looking them up and down, stripping them naked with their mouths and their eyes and their arms, and they would have them right there and then if it weren't for the fact that they have the big boss, the warders and the police with them ("We are permanently surrounded by people and also by police officers, but out of all proportion", Maria suddenly catches on, that's what the atmosphere is like), because there are rough, tough people in here, full of poisoned, congealed blood... prisoners from the thirteenth here and those from the others or from the eighteenth in other prisons, but not together, not together or they'll kill each other...

The Photographer I

And the maras come and the maras go when they're chosen for the sessions, and they don't know Isabel and they're never seen her photographs, those hundreds of bodies she has immortalized, from Turkish wrestlers to classical ballet dancers, from capoeiro artists to flamenco dancers, from little girls forced into prostitution in Cambodia to adults who enjoy clean, consensual sex, a taste for exhibitionism but of a harmless kind... all of them images of that energy bodies possess, which is by its nature a treasure.

The Gun

The *mareros* stare and stare at her, intrigued, a professional, not only that but a woman as well, who has come looking for bodies which are like maps, the fascinating geography of an intriguing world, and in order to dispel any doubts she shows them the portraits of Surma warriors she took in Ethiopia, and you're just as good as them, of course you are, she tells them, I'll show you, I'll print it for you, and straight away she makes each of the boys a paper copy of his photograph and they stare and stare at them, they're amazed, they've never seen themselves like this, this art I'm showing you is yours, and they give themselves over to it, for that moment they think they're the greatest, Javier, Juan Carlos, Fernando, Jeffrey, Josué, César, who are so young, and Flor and Goofie, a couple with small children, and Goofie, the father, wants to have his portrait taken right there in front of them with a gun in his hand, because that's cool, pointing it at his temple, because that's impressive as well.

Radiographing the Photographer

It is Isabel's fragility, her confidence, her faith in what she is doing that win the respect of the *mareros* who watch her, who can't take their eyes off her, they just can't believe it, they approach her but don't touch her, they hardly even brush against her, and she, without a second thought, crouches down, climbs on a chair or a bed, whatever it takes to find the angle, the perspective, the detail, the right shot, there's no obstacle that can stop this woman from Barcelona, and Roberto, her assistant, who prepares the gear so that everything works smoothly and on to the next shot, also looks at her and remembers now, that's right, how she crouched, stretched, lay down if necessary, twisted round, and how they all admired the various parts of her body, even the police officers, the photographer photographed, radiographed by their x-ray eyes, and I was thinking, oh my God, all of them in here are men without a woman, with no relief, I just hope we get out of this alive!, because they had told him one day that they watched porn on television, lots of naked women, those Spanish girls are really hot, they said, and one day, to ease the tension, all pals together, he tells them about the porn festival in Barcelona and they all want to get out of the penal institution at once and go over there right now, give us a contact, an address, we'll look you up and go together, all this takes place right in front of them but Isabel is oblivious to it, all she can see is faces, hands, heads, symbols, tattoos, that language which obsesses her, which fascinates her, and she shoots again and again like one possessed, she wants to take it all away with her, capture in images those skins, those arms, those backs, from here and from over there, in Africa, in Asia, wherever they may be, and then someone in the prison mentions to her that they've been drinking muddy water for God knows how long and the next day she turns up with the goods: water purification tablets, so that no-one suffers, no-one falls ill or dies.

Deportation

The maras come, the maras go, and when the Salvadorean gang members were deported from the US —and there are believed to have been 20,000 of them just in the first few years of this century— and returned to El Salvador, they were completely at a loss, and all they were left with in their debasement was membership of the group, the protection of the mara and their liking for tattoos, even on their eyebrows (one of these reads "Long live my great family"), but even that is now a thing of the past, since under the new repressive laws they can be imprisoned just for having incisions in their skin, just for the marks, and the new generations seek other means of identification, clothes, American and Latin music, hip hop, hand gestures and even their belts and the laces of their sneakers, there they are, forming an M and an S, their letters, their goals: living the "crazy life" that is not worth a damn, neither yours nor mine, all that language which serves as a bond, although here and now in the Ciudad Barrios prison what you can hear on the cassette players in the background is Enrique Iglesias, what a tragedy, and in football too they are all as one, in communion, Real Madrid and Barcelona, there are no other teams, their shirts, which are the height of fashion, serve as their suits even for their weddings.

The Tattoos

Stand like this or like that, the photographer tells them, and they, who never obey anyone on principle, obey her now, some with cold indifference, others enthusiastically, perhaps high on bazuko, that cocaine derivative that is poisoning and killing them, that's right, turn your head, to the left, higher, she instructs them, that's it, lower your trousers so we can see your shorts, put your hands there, you're doing really well... anyone would think you were a model, what an angel, look, I'll show you what we've got so far, she gives a bit of her time to all of them, she makes them join in, they collaborate, you look great like that, do you like it? do you like how you look?, that's the thing with digital cameras, if a photo doesn't come out right you can check from here, do you see?, we just do it again, and Isabel, who always dresses in light colours, wearing glasses and a hat, with her hair tied back, calmly directs them, she's becoming a real expert, even from the tattoos you can tell who's travelled and done their training in Los Angeles, and that's what really matters to them, the best school, it's easy to run away and cross the border, very easy, they explain, and the maras come and the maras go, incessantly, and on their actual bodies you can distinguish the professional artist, the amateur, the man of the world and the dreamer, and that's the way it is here, for just a quarter dollar you get rid of someone to order and nobody gives a damn, why should anyone care?, and just look at those stares, says Isabel, so empty, look at Giovanni, or Walter, or Julio posing, just looking at them leaves you speechless, there's nothing you can detect behind their eyes, nothing human, or perhaps it's been just been mislaid, hidden on the dark side, because there was one of them, Julio, that she took a liking to, and the second time they met he gazed and gazed at her, with real emotion, perhaps the only person in his whole life that had honoured him with her attention, just like that.

Apathy Rules

So what impression does it make on you when you see the *mareros* for the first time? You keep your mouth shut to make it look as though you know, you're in control, nothing scares you, you don't give a damn, and they keep testing you, probing, we nudged each other every time something surprised us, but we did it facing them, in a perfectly natural way, you mustn't give them any clues about yourself, if you look strong they respect you, that's the rule, but gradually you fall into their web and as they grow more confident they start asking you questions, until the prison police officers spotted this and said: don't give them any information, this guy's killed twenty-five people, and you looked and you couldn't believe it, twenty-five?, and if you start to panic you're finished, brother, done for.

The Reformed Gang Member

What is a mara?, they asked a reformed member who left one of them: it's a group of friends who get together to defend ourselves, it's the place we entered as children under the influence of older kids that we idolized, we grow up with violence, they took away my *chava*, my girlfriend, they shot her twice, that's the way it is, either you do them or they do you, and I've killed a lot of people myself, two friends of mine had their balls cut off, they stuffed them in their mouths, burned them, buried them alive, and it's not that you're not human, it's just that your lack of interest in life grows and grows, death is your friend, we're all going to die, what the hell, sacrifice yourself or commit suicide, apathy dominates your existence, until you fall into depression, it's so ironic, this vicious circle, and now that I've got out and put it all behind me, I can't see the point of it, I'm rehabilitated, I've kicked the habit, and now I want to move on, do something positive...

Heroines

In Sesulzepeque, a women's prison, Isabel also sets out her stall, a red cloth, a white screen, and there is Esmeralda, beautiful, winsome, the first one who was prepared to have her portrait taken, while the others shriek and chatter and sing, watching her enviously, doing their nails, their eyebrows, painting each other right there sitting on the stairs, wives of *mareros*, lost heroines who keep their society, their group, their *clica* going, who, when they joined in the old days — not now, because women are not admitted any more — were first given a collective beating and raped, and the model poses with easy fluency, look, just look at my figure, our men like their women well rounded... *marera* women, the finest of their kind, true fighting soldiers, so tough that they organize the rearguard, the infrastructure, they bear their children, they give them sex whenever the men feel like it, and while a loudspeaker recites the names of the male visitors that are arriving, Esmeralda fixes her dark eyes on the lens and turns herself into the queen of this world, hey, beautiful, the others call out to her, these women who are full of energy, indomitable, because a lot more things are forbidden in women's prisons than in the others, because women know every trick in the book, they know how to cook, for example, and they brew everything, they do whatever it takes to get some alcohol, they put chlorophyll in their cigarettes, they smoke it, they get stoned and no-one finds out, it's impossible to control them, says the leader of the *clica*, whatever orders I give, they'll do whatever the hell they want, and now some of them are holding the cloth in front of Esmeralda's body so that you can't see her front in the camera, with gales of tinkling laughter, while Isabel finishes off, the job is completed and they approach the Spanish woman, touch her, fondle her hair, admire her skin, so white, so different from their own Latin complexion, and the little boys scamper round their legs, many of them were born in here, they have never known any other school.

THE END









Para realizar las fotografías que se publican en el presente libro he necesitado la colaboración de numerosas personas e instituciones, que me prestaron su tiempo, su ánimo y su amistad. A todas deseo expresar aquí mi más sincero reconocimiento: a Rafael Ruiz, que guió mis primeros pasos en El Salvador; a Miguel Azucena, Guadalupe Leyva, Pepe Moratalla y Raúl Ramírez, del Polígono Don Bosco, que me abrieron los ojos y las puertas de las cárceles salvadoreñas; a María Lastra y Roberto Ranero, que me auxiliaron en mi trabajo en el interior de las prisiones; a Urs Albrecht, Josué Andavert, David Arranz, Daniel Balmore Romero, Magic Besoli, coronel Guilbert Cáceres, John Carlin, Mónica Castellanos, José Miguel Cruz, Leonora de Sola, Eva Escuerdo, Christian Font, Rosa María Fortín, Gabriela González Pichel, Pierre Guillemin, Jorge Hevia, Lola Huete, Hugo, Joaquín Izquierdo, Pilar Gómez, Laura López, David López, Mercedes Lorente, Laurine Malengreau, Eduardo Margareto, Pedro Moreno, Ana Pellicer, Alicia Piquer, Antonio Pita, Marta Rincón, Jaime Roberto Vilanova, Rocco y Esenia de Projóvenes, Gregorio Rodríguez, Jean-François Roux, Consuelo Salvá, Juan Sánchez, Antonio Sánchez Puerto, Maribel Serrano, Esther Suárez Monreal, Ana Toledo, Inmaculada Turbau, Pilar Urruticoechea Zabala, por su ayuda inapreciable; a Publio López Mondéjar, Andrés Martín y Roberto Turégano, que han concebido y diseñado este libro; a Caja Duero, Casa de América y Seacex, que han asumido desde el principio este proyecto; a Brizzolis, Canon Francia, Epson España, Lucam, Magallarte y Picto, por su excelente trabajo técnico; a la Embajada de España, Polígono Industrial Don Bosco, Asociación Projóvenes, a las Instituciones Penitenciarias y Policiales de El Salvador, por su firme y ejemplar colaboración.

Quiero expresar mi gratitud a los funcionarios de prisiones de El Salvador y un agradecimiento muy especial a los miembros cautivos de la Mara-13 y la Pandilla 18 que, paciente y generosamente, posaron para mí.

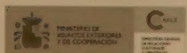
Es éste el último y, quizás, el más arriesgado ensayo fotográfico de Isabel Muñoz, una peregrina de la belleza que ha ido dejando la huella de su exquisita mirada en las anchas geografías de la tierra. Es también su trabajo más maduro, el que resume mejor sus plurales talentos para el retrato, un género en el que el fotógrafo bordea, más que en ningún otro, el riesgo del albur y la imprevisión. En un tiempo en el que la intrascendencia ha conducido al arte a la suntuosa espuma de la frivolidad, Isabel Muñoz no ha dudado en adentrarse en las tinieblas más penumbrosas de la conciencia, como en esta sobrecogedora galería de retratos de los miembros cautivos de la Mara obtenidos en las cárceles de El Salvador. Y aún en este universo contrahecho y espeluznante de la violencia ha sabido hallar una suerte de azarosa belleza, por más que ésta se oculte en las simas más atroces de la realidad.


Isabel Muñoz ha tenido el coraje moral de acercarse a estos delincuentes tatuados de Centroamérica, víctimas y victimarios, que son ya percibidos por una sociedad amedrentada como uno de los mismísimos hijos de Lucifer. Y lo ha hecho con talento, generosidad y misericordia. "Tras largos años de apasionado ejercicio de su oficio -ha escrito Publio López Mondéjar-, sabe ya que en la realidad está todo, que sólo es preciso creer en ella, armarse de atenta perseverancia para que se manifieste ante los ojos de los que buscan su secreto. Sólo por esto hay que agradecer a Isabel Muñoz el habernos permitido penetrar en el universo insoñable de la Mara y ponerlo ante nuestros ojos incrédulos y horrorizados. Porque ahora ya sabemos que todo aquello que se oculta, que trata de encubirse, acaba convirtiéndose en olvido".



**SEA
CEX**

Sociedad Estatal
para la Acción
Cultural Exterior



CAS  MÉRICA

Caja Duero

